PANDEMIA Y ESCUELA en Bogotá

Crónicas de maestras y maestros 2020

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
BOGOTÁ

PANDEMIA Y ESCUELA en Bogotá

Crónicas de maestras y maestros 2020

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
BOGOTÁ

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D. C.
Secretaría de Educación del Distrito

Alcaldesa Mayor de Bogotá
Claudia Nayibe López Hernández

Secretaria de Educación
Edna Cristina Bonilla Sebá

Subsecretario de Calidad y Pertinencia
Andrés Mauricio Castillo Varela

Directora de Formación de Docentes e Innovaciones Pedagógicas
Nancy Martínez Álvarez

Equipo de acompañamiento
Jorge Orlando Castro Villarraga
Luz Sney Cardozo Espitia
Carolina Pabón Rodríguez

Colectivos de maestras y maestros participantes
Red de Directivos Docentes Coordinadores Investigadores Red - DDCI

Nodo de Orientación Educativa

Maestros en Colectivo

Colectivo Caja de Pandora

Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo

Red Distrital de Docentes Investigadores - REDDI

Red Distrital Referentes de Discapacidad

Semillero Pensamiento Político

Mesa Ruralidad Distrital

Semillero INCLUTEC

Semillero SECUOYAS: Enredados con Nuestras Raíces

Nodo Distrital Actividad Física y Cuerpo

Edición, diseño y diagramación
Freddy Antonio Vargas Echavarría
Laura Henríquez Bermúdez

Agradecimientos
Andrés Pabón – Soporte técnico memoria sonora (podcast).
Estudiantes, maestros y maestras participantes en podcast.

PANDEMIA Y ESCUELA EN BOGOTÁ:
Crónicas de maestras y maestros 2020

© Secretaría de Educación Distrital, 2021
© Red de Directivos Docentes Coordinadores Investigadores (RED - DDCI)
© Nodo de Orientación Educativa
© Maestros en Colectivo
© Colectivo Caja de Pandora
© Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo
© Red Distrital de Docentes Investigadores (REDDI)
© Red Distrital de Referentes de Discapacidad
© Semillero Pensamiento Político
© Mesa Ruralidad Distrital
© Semillero INCLUTEC
© Semillero SECUOYAS: Enredados con Nuestras Raíces
© Nodo Distrital Actividad Física y Cuerpo

Bogotá, Colombia, 2021

ISBN: 978-958-5140-20-2

CONTENIDO

Presentación 8

Preámbulo 10

Raíces que tejen historias en época de pandemia 13
- Semillero Secuoyas: Enredados con Nuestras Raíces

La vida de Maestros reclama ser narrada 34
- Maestros en colectivo

Tejer memorias en tiempos de pandemia 61
- Mesa Ruralidad Distrital

Escuela a la carta: Prácticas de coordinación en tiempos de coyuntura 94
- Red Distrital de Directivos Docentes Coordinadores Investigadores (RED-DDCI)

Bienvenidos a mi morada 112
- Semillero INCLUTEC

Recetario para hacer de la cuarentena escolar un libro .. 128
- Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo

Del patio escolar a la sala de la casa 145
- Nodo Distrital Actividad Física y Cuerpo

Viajando entre historias de orientadores escolares en tiempos de Sindemia 164
- Nodo de Orientación Educativa

Un sentir inclusivo 189
- Red Distrital de Referentes de Discapacidad

Voces, espacios y tiempos de la escuela en estos tiempos 210
- Red Distrital de Docentes Investigadores (REDDI)

Hablar de Vietnam o del Frente Nacional 227
- Semillero Pensamiento Político

La Caja de Pandora entre signos de puntuación y sintomas de malestar 244
- Colectivo Caja de Pandora

Conociendo a los autores 274

Escuchando a los autores 296

Presentación

La Dirección de Formación de Docentes e Innovaciones Pedagógicas (DFDIP) se complace en compartir con la comunidad educativa del Distrito Capital el resultado de una experiencia de formación situada, desarrollada con doce colectivos de maestras y maestros que participaron activamente de este proceso en el último trimestre del 2020. Esta experiencia hace eco del ideario del Movimiento Pedagógico, afianzando y potenciando los grupos de reflexión en torno a lo que pasa en la escuela, lo que sucede con las prácticas, los retos que plantean los saberes; un reconocimiento en últimas a la capacidad de pensamiento e invención de las maestras y los maestros, esta vez convocados dentro de un ejercicio de memoria y territorio. En el caso que nos ocupa, este ejercicio exploró aquellas vivencias y testimonios, en clave pedagógica, del confinamiento suscitado a propósito de la emergencia sanitaria y su incidencia en la vida personal y profesional de los doce colectivos participantes.

Desde la DFDIP, la SED y la ciudad en su conjunto, hacemos extensivo nuestro agradecimiento a cada uno de los doce colectivos participantes, por su aporte y su compromiso en la reflexión crítica hacia la transformación pedagógica de la escuela, y por mostrarnos de manera tan clara y sentida sus visiones y anhelos pero, ante todo, los retos que todavía hoy

tenemos para continuar en el mejoramiento de las condiciones en las que nuestros niños, niñas y adolescentes se educan.

Nancy Martínez Álvarez
Directora
Dirección de Formación de Docentes e Innovaciones Pedagógicas

Preámbulo

Podría parecer que son relatos de ayer, testimonios del año 2020, de aquel año en el que el confinamiento cambió nuestras vidas o por lo menos las formas como nos relacionábamos, en nuestra intimidad, en el trabajo, con nuestra ciudad. Un año en el que la vida en las escuelas se trastocó para ceder sus tiempos y sus espacios al ámbito del hogar: casa-escuela, comedor-salón de clases, sala-gimnasio o patio de recreo, en fin. Ni que decir de las maestras y los maestros, convertidos, sin quererlo, en una suerte de avatares, constreñidos a una mediación esencialmente remota, descorporizada, dentro de un incesante bombardeo de mensajes que van y vienen, megas y más megas de información diluidas en un entramado casi infinito de canales, rutas, enlaces, links; en donde apenas somos puntos en una red de conexiones tan eficientes como vulnerables. Todo lo sucedido, la suma de eventos y la creciente incertidumbre que hoy nos acompaña, también han hecho aún más visible, la desigualdad, la inequidad, las contradicciones de nuestra estructura social, no solo en Bogotá, sino en todo el país, del mundo en su conjunto. De ello dan cuenta, a su manera, estos relatos de ayer, que también son gestos de vida, de resistencia ante el desvarío y la crisis; memoria de nuestro presente vivido a través de la escritura y la palabra.

Cuando compartimos la idea de una actividad expedicionaria hacia nosotros mismos, desde nuestras

vivencias y testimonios desde los territorios, entendimos que era un viaje, un viaje formación que tenía como pretexto un asunto que en ese momento parecía coyuntural, aunque hoy ya no lo es. Se trataba de levantar unas crónicas por parte de maestras y maestros, crónicas pedagógicas en clave de la escuela y la ciudad, urbana y rural, nutridas desde la experiencia del colectivo, tejidas de fragmentos escritos y muchas voces, en últimas: un taller de memoria testimonial, de memoria sonora. La dinámica, el compromiso y la pasión suscitada por esta actividad, desbordó todas las expectativas, ratificando una vez más el potencial y la capacidad inagotable de los colectivos de maestras y maestros, mostrando así, un hecho que no parece obvio a muchos y que otros tantos sostenemos con ahínco, siendo nuestra apuesta: los mejores cronistas de su tiempo, de la escuela y de la pedagogía en los territorios son las maestras y los maestros, aquellos que por circunstancias adversas, han sido sustraídos de su hábitat y que, aún a pesar de todas las vicisitudes, entre vítores de batallas ganadas, nostalgias de encuentros matutinos y vespertinos con sus escolares, se han volcado con alma y sombrero hacia aquellas casas-escuela, comedor-salón de clases, sala-gimnasio o patio de recreo para no perder el contacto con sus pupilos. Cuántos otros relatos podrían recogerse, miles de miles. He aquí sólo algunos de ellos, de aquellos que aceptaron la invitación a este viaje de formación, que hoy por hoy resulta siendo un registro irrefragable para la posteridad, un aporte invaluable a la memoria escolar de nuestra ciudad.

Cabe anotar que este preámbulo no lo es de un libro convencional, sino de una libreta de viajes, y por ello requiere de otra disposición de quien lee y quien escucha, pues incluye un hipertexto en el cual puede accederse a doce relatos y doce registros de memoria sonora bajo el formato de podcast. Esencialmente no hay un orden que indique progresión o secuencia, tampoco hay una instrucción sobre qué leer primero, y qué después, menos aún que escuchar o cómo escuchar. Son relatos y testimonios de libre albedrío, en ejercicio de la autonomía de cada uno de los colectivos participantes; algunos tienen un acento más introspectivo, otros de reflexión compartida, pero todos hacen a su manera una lectura intensa y sentido de la escuela y la ciudad, tanto la urbana como la rural, desde la vivencia de sus escolares en su condición de maestras y maestros. Doce relatos y doce podcasts sobre la escuela en Bogotá en aquel 2020, año en el que inició la pandemia.

Jorge Orlando Castro Villarraga
Bogotá D.C., febrero 2021

Raíces que tejen historias en época de pandemia

Semillero SECUOYAS:
Enredados con Nuestras Raíces

Podcast

Cada mañana, María se levantaba muy temprano para ayudarle a su mamá a preparar el almuerzo, para ella y sus hermanos, antes de salir al colegio. Una de esas mañanas, la alarma de su reloj no cumplió su función y todo se volvió un caos; los turnos para ducharse se redujeron a la mitad, el desayuno no se pudo disfrutar, del almuerzo sólo quedó hecho el arroz y para acabar de completar, al llegar al colegio ya estaba la puerta cerrada. Pudo ingresar tarde a clase, pero fue víctima de los comentarios de Carmen y sus amigas, quienes al mirarla de arriba abajo soltaron sus risitas burlonas, como en otras muchas ocasiones en las que prefería huir. Pero ese día, sucedió lo inevitable y María explotó. Y en un arranque de valentía, decidió enfrentar la situación. Mirando a sus compañeras, les gritó:

- Estoy harta de que siempre que paso me miren y se burlen, siempre es lo mismo, ¡díganme si les hice algo!; siempre me quedo callada para evitar problemas, pero ya me cansé… pero eso sí, cuando están solas, ahí si no dicen nada.

En el momento en que los ánimos estaban más elevados, la reyerta sintió la mirada inquisitiva de su profesor:

- ¿Qué pasa aquí? – Les preguntó.

Todas callaron al tiempo. En ese momento, a María le temblaba la voz y de pronto se puso a llorar. El profesor sintió impotencia y se compadeció de ella, el grupo de chicas guardó silencio, pero su mirada cómplice dejó entrever que las palabras de María eran verdad. Después de una larga charla y poniendo en práctica lo aprendido

en el proyecto de convivencia escolar Hermes[1], se llegó entre disgustos a la conciliación. El profesor pudo realizar un pacto de no agresión entre las chicas, que consistía en compartir un mismo espacio, pero ignorando la presencia del otro. ¿Era en realidad un buen acuerdo?, ¿cómo se podría mejorar la convivencia y resolver de forma eficaz un conflicto?, ¿cómo hacer para reconocer que somos iguales? El profesor pensaba que el colegio no solo debía ser el lugar donde se aprenden las diferentes áreas, sino el espacio donde se aprende a convivir en armonía.

Al terminar la jornada, María llegó a su casa y le contó lo sucedido a su mamá quien, como todas las tardes en su oficio de costurera, la escuchaba sin mirarla. Mientras tanto, la aguja incesante de su máquina de coser picoteaba la tela colorida de un vestido.

Hija, a palabras necias... – le dijo su mamá. - *Mas bien sírvase el almuerzo que está caliente; esta mañana dejé un rato la máquina para hacer lo que quedó pendiente, pero tengo que terminar este trabajo antes de las cinco, porque lo recogen a esa hora. Coma antes de que se enfríe.*

María, sin palabras, se sentó a comer, mientras sus lágrimas no dejaban de encharcar sus ojos.

---

[1] Hermes es una propuesta pedagógica del Centro de Arbitraje y Conciliación de la Cámara de Comercio de Bogotá, con el objetivo de construir escenarios que contribuyan a la construcción de una cultura sin violencia y reconocer nuevas formas de manejo del conflicto en los colegios.

Por su parte, el profesor, que horas antes había presenciado la discusión, comentaba lo sucedido con sus compañeros, como era habitual, al calor de un buen tinto en la cafetería aledaña al colegio. Así era como entre palabras, al finalizar la jornada, pretendían arreglar el mundo. Atentos, discutían acerca de cómo mejorar la convivencia en sus clases y enseñar el respeto por la diferencia. Así comenzaron a surgir ideas en torno a cómo cada uno, desde su asignatura, podría aportar y no solo preocuparse por desarrollar contenidos. Dentro de sus reflexiones una de las profesoras comentó:

- Para que aprendan a respetarse es importante que se reconozcan como iguales, acercarnos los unos a los otros, eso es lo que hace falta, ¡ponerse en los zapatos del otro!

Así prosiguió la conversación por un largo rato, al caer la noche se despidieron y cada uno emprendió su camino a casa. Al llegar a la esquina, el profe se encontró con Carmen, quien aún llevaba puesto su uniforme y su maleta.

- ¿Qué haces tan tarde en la calle? – preguntó el profesor

Carmen tan solo lo miró con una risa nerviosa y salió de prisa hacia su casa. Mientras caminaba, pensaba que no importaba la hora de llegada si en casa nadie la estaba esperando. Al llegar, pasó directo a su habitación y se encerró. Horas más tarde, llegó la mamá de Carmen, con sus pasos cansados, su cabello descuidado y su ropa humilde. La jornada había estado pesada, un pedido

urgente de sudaderas para colegio duplicó su horario de trabajo, lo que era normal en esa época del año. Al entrar, dejó sobre la mesa el pan y la bolsa de leche para el desayuno, calentó la cena y llamó a su hija a comer; luego, surgió la misma pregunta desgastada de todos los días:

- ¿Cómo estuvo el colegio?

Seguida de la misma respuesta.

- Igual.

Terminada la cena, Carmen volvió a su cuarto y, tirada en su cama, siguió su rutina de chateo con sus amigas.

El último año de estudio siempre era considerado el más especial, y este 2020 lo era más porque estaban estrenando colegio. Carmen, que solía estar acompañada de sus amigas, pasaba el descanso paseando por las canchas y mirando a los chicos jugar fútbol, pero a ellas les entusiasmaba más la idea de subir a la terraza entre risas y carreras, aprovechando los descuidos de los profes de acompañamiento que prohibían el ingreso. Desde allí, alcanzaban a ver parte de la ciudad y, hacia el oriente, el Cerro de Monserrate.

Por su parte, María no era de muchas amigas; creía que no las necesitaba, le bastaba con Danna, su compañera de infancia, a quien le confiaba sus secretos. Juntas hacían un buen equipo y generalmente obtenían las mejores notas. Al igual que sus compañeros de curso, ellas estaban emocionadas por lo que traería el nuevo año, había que aprovecharlo al máximo. Su sueño era estrenar su chaqueta de prom y verse en el nuevo auditorio con toga y birrete, recibiendo su grado con honores en compañía de sus padres.

Nueva semana, nuevos compañeros

Un lunes, al llegar al colegio, algo llamaba la atención a quienes cruzaban por el pasillo. Era una cartelera colorida con la imagen de unos grandes árboles que invitaban a los estudiantes a participar en el semillero de investigación Secuoyas. María y Danna se entusiasmaron con la idea, ya que la convocatoria hablaba de participar representando al colegio en diferentes eventos del Distrito, e incluso fuera de la ciudad. Así que solicitaron el formulario de inscripción; les causó curiosidad una pregunta que indagaba sobre la profesión u oficio de sus padres, pero no le prestaron mucha atención y, sin pensarlo demasiado, se inscribieron.

Pasado el tiempo de inscripciones, y ya con la información organizada, el profesor definió los equipos de trabajo y explicó cómo sería la dinámica. La idea era que se integraran por afinidad en las profesiones u oficios de sus familias, por ejemplo: quienes eran comerciantes

conformaban un grupo, otro quienes eran panaderos, uno más, los que trabajaban la tierra, es decir, los campesinos; otro, los que se dedicaban a la modistería, a la construcción, los estilistas y peluqueros e incluso las amas de casa. En cada oficio o profesión se debía encontrar una relación con las matemáticas.

María y Danna se miraron sorprendidas, al darse cuenta de que no trabajarían juntas, ya que sus mamás se dedicaban a cosas muy diferentes, una era modista, y la otra, profesora en un jardín infantil. Algunos grupos coincidieron con sus amigos de siempre, pero en otros, las malas caras y los comentarios no se hicieron esperar:

- ¿Quién querría trabajar con fulanito o fulanita si nos cae mal?

- ¡Profe, profe! ¡Cámbieme de grupo, por favor!

- No es posible hacer cambios, ya las reglas están establecidas- Contestó el profesor. María presintió que ahora sí le había caído la mala suerte:

- ¡No debí pasar por debajo de esa escalera!

Cómo era posible que, de tantos compañeros, precisamente tendría que trabajar con Carmen. ¡La odiosa Carmen!, la que se creía más, la que apenas unos días atrás pensaba tirar de los cabellos. Pensó en retirarse del semillero, pero no iba a darle gusto, ¿por qué sería ella la sacrificada? Si alguien debía salir sería Carmen. Por su parte, las amigas de Carmen corrieron a

buscarla a la cafetería para contarle la noticia de quién era su compañera de trabajo; allí, la hallaron comiendo una empanada, no pudo evitar su disgusto al escucharlas.

- Al menos es una oportunidad para seguir fastidiándola- comentaron sus amigas, Carmen sonrió.

El profesor propuso a los grupos que charlaran sobre sus familias, de dónde venían, qué hacían y, luego, quienes quisieran, compartieran sus historias para todos. Algunos se entusiasmaron e iniciaron sus relatos. María centró la atención en la historia de Sara y Luciana, ellas eran amigas desde la primaria, compartían sus aventuras, sus tristezas y esos amores platónicos; tenían una amistad sólida, y, a pesar de ser hinchas de equipos de fútbol contrarios, seguían conservando su amistad. En este caso el destino se encargaba de mantenerlas unidas, ahora trabajarían las dos en el grupo de los panaderos, ya que este era el oficio de sus padres.

- *¡Qué envidia!* -pensaba María- quien aún no asimilaba que debía trabajar con Carmen.

Sara estaba feliz, contaba que la panadería había sido un negocio familiar desde la época de sus abuelos y que su padre era quien se encargaba del negocio la mayor parte del tiempo. También, comentaba que en ocasiones iba a acompañarlo y solo se sentaba a observarlo trabajar para sentirlo cerca, ya que generalmente cerraba muy tarde y regresaba a casa entrada la noche. Por su parte, Luciana vivía con su madre desde que sus padres se

separaron. Esto llevó a que el negocio familiar cerrara y su mamá, se empleara en el único oficio que siempre había conocido, pero ahora trabajando al otro lado de la ciudad. El trayecto le llevaba cerca de dos horas. Por eso, para Luciana, este proyecto no era muy emocionante, el trabajo de su mamá no le ofrecía muchas satisfacciones pues casi no se veían; además, ella tenía que encargarse de sus hermanos menores durante la tarde y de las labores de la casa en su ausencia.

Para Carmen y María el trabajo se había convertido en un castigo, no querían hablarse. Ese día, se limitaron a escuchar, sentadas en el mismo escritorio, dándose la espalda; mientras tanto, sus compañeros continuaron sus historias. Ellas escucharon con atención lo que contaron Carlos, Santiago y Diana, del grupo de los agricultores. Carlos comentó que su familia provenía del piedemonte llanero, allí trabajaban la ganadería en mayor extensión y tenían cultivos de yuca, cítricos y huerta familiar, de donde obtenían los frutos para el consumo de la casa, hasta que llegó un grupo armado al margen de la ley y tuvieron que salir del lugar rumbo a la capital, para evitar que los más jóvenes fueran reclutados. Salieron de un momento a otro, así, a la buena de Dios, con lo poco que pudieron llevar consigo.

María y Carmen se miraron asombradas, sin hacer comentarios; al parecer el relato de su compañero las había conmovido.

Continuó Santiago, su familia procedía de una región de tierras muy prósperas y de una gran riqueza ambiental,

la región del Río Negro, su abuelo en muchas ocasiones le contaba que allí la gente era muy amable, querida, conversadora y, sobre todo, trabajadora, pero la violencia de grupos armados repartidos en los diferentes pueblos obligó a los habitantes a ser cómplices o salir de la región. Por eso, Santiago solo conoce esas tierras por la voz de su abuelo, ya que desde antes de que él naciera, su familia había dejado atrás todos sus bienes y el trabajo de una vida entera para buscar un futuro en la ciudad. En el salón, reinaba el silencio, estas historias eran desconocidas para la gran mayoría y habían logrado captar la atención de todos.

Diana tenía una historia distinta. Aunque venía del campo, no llegó a la ciudad huyendo, sino que sus padres decidieron venir en busca de mejores oportunidades de vida. Esa era la nueva costumbre, irse a la ciudad para no quedarse como simples campesinos, sino poder ser todos unos dotores como decía su abuelita. Por un momento, el salón salió de su estado taciturno y se escucharon las risas y bromas de algunos. Diana comentaba que su abuelo pensaba que los jóvenes no tenían futuro en el campo, porque el trabajo del campesino cada día era menos valorado. Por esa y otras razones más habían tomado la decisión de emigrar. Carmen y María, aunque sin dirigirse la palabra, coincidieron en hablar con sus mamás para saber por qué se habían dedicado a la modistería, y,

a la vez, pedirles ayuda para tener una idea sobre la cual trabajar.

La labor de los grupos arrancó en el colegio, tenían un interés común de investigación, pero no un tema definido; las ideas surgían a veces tan descabelladas y difíciles de concretar; había que pensar cómo desde lo que se quería trabajar, se vislumbraban las matemáticas.

- *¡Qué tarea tan difícil!* - decían algunos.

-Pero, como el énfasis del colegio es en matemáticas, pues toca- comentaban otros.

Mientras tanto, el profesor hacía énfasis en que había que involucrar a las familias en el proyecto, ya que ellas tenían un gran conocimiento. Santiago levantó la mano y dijo:

- ¡Uy, sí, profe, imagínese que cuando vamos a la plaza con mi abuelo, él siempre le atina al peso de la papa, no sé cómo hace!

También Carmen tomó la palabra y preguntó:

- ¿La modistería también tiene matemática, pero diferente a tomar medidas con un metro?

- Como en las medidas de las porciones para preparar el pan, pero eso lo hacen es a ojo, un poquito de cada cosa, ¡y ya, profe! - dijo Sara.

– Mi abuelita Rosa hace unas morcillas muy ricas y todas son como iguales.

Entre tantas voces que hablaban a la vez, se escuchó:

– ¡Uy, profe, pero nosotros no vemos que haya mucha matemática en lo que ellos hacen!

El profesor los motivó a seguir investigando y analizar lo que hacen sus familias desde otra perspectiva, les aseguró que se podrían llegar a sorprender.

Pasaron los días, y algunos proyectos empezaron a mostrar avances, como el de la Fiboguitarra, que buscaba modificar los trastes de la guitarra, teniendo en cuenta la sucesión de Fibonacci; el de El Misterio del Guilitl Ahuacatl, donde trataban de analizar el crecimiento de una planta de aguacate.

Otros trabajos seguían igual, como el de Carmen y María, que, por sus problemas convivenciales, seguía estancado. También, el proyecto de Sara y Luciana que, a pesar de su amistad, tampoco mostraba avances, lo que les generaba inquietud, al sentir que estaban atrasadas con respecto a sus compañeros. El profesor les decía que era parte del proceso que unos proyectos tomaran fuerza más rápido que otros, pero que él siempre estaría apoyándolos por sencillas o complejas que fuesen aparentemente sus ideas.

Un mundo al revés

Y llegó ese día de marzo. A pesar de que las noticias hablaban desde hacía varios meses de un virus que se estaba expandiendo por el mundo entero, este llegó de sopetón a cambiar la vida de todos de una forma drástica. Los profesores estuvieron un sábado en el colegio tratando de organizar guías de trabajo, porque lo más seguro era que la semana siguiente los colegios cerraran, y así fue. María no podía creer lo que decían las noticias, en el colegio les informaron que en la papelería habían quedado guías para trabajar en casa, y por el momento no habría clases presenciales. Los días siguientes, fueron muy extraños, llegó el temor, María observaba desde su ventana las calles desoladas; en los noticieros mostraban cómo la gente, en su afán de abastecerse, desocupaba los supermercados.

En esos momentos de confinamiento, María agradecía a la vida porque el trabajo de su mamá le permitía estar en casa; sabían que vendrían dificultades, pero, al menos estaban juntas para superarlas. Sin embargo, no contar con dinero para comprar lo necesario, causaba preocupación, ya que vivían del día a día de los pequeños trabajos de costura de su mamá y, con el tiempo, la situación se complicó. Una forma de sobrellevar la crisis económica fue el bono de alimentación que les ayudaba a adquirir algunos productos básicos.
Para María fue difícil el tiempo de aislamiento, extrañaba a Danna, aunque todos los días chateaban y ni hablar de su novio, llevaba semanas sin verlo cuando cada sábado

solían compartir las tardes con un helado o viendo una película en casa. Sentía que todo estaba de cabeza, abrazar a los seres amados se había convertido en la mayor amenaza para la vida. Comenzó una nueva era virtual, en la que se acrecentó la desigualdad social en la que ella estaba sumergida. Entrar a clase era un dilema: había que decidir entre recargar datos para conectarse a los encuentros sincrónicos de las diferentes materias o comprar lo del almuerzo.

Carmen también vivía sus propias preocupaciones, la empresa donde trabajaba su mamá entró en crisis y para no despedir a los empleados, redujo los turnos a la mitad, al igual que los salarios. Salir era exponerse a ese virus que aterraba a todos, sobre todo a Carmen, cuando su mamá iba al trabajo; todas las tardes la esperaba en la puerta de la casa con una bolsa para que metiera la ropa que traía puesta y pasara directo al baño a ducharse. En los días que permanecía sola en casa, Carmen extrañaba a sus amigas de quienes se había alejado ya que en varias ocasiones le habían propuesto reunirse en la casa de una de ellas, aprovechando que sus padres no estaban y que evadir clases era más fácil, pero Carmen pensaba en su mamá quien se arriesgaba al salir a trabajar y decidía no ir.

Las casas dejaron de ser un espacio privado, para compartirlo con los profesores, compañeros y a la vez con las familias; las clases se llenaron de otros sonidos, como el ladrido de los perros, las voces de mamás reclamando por orden, del vendedor de aguacates,

hasta del inesperado taladro del vecino. El estrés ya no era generado por el bullicio del salón, ni el afán de las mañanas para llegar a tiempo al colegio; este había sido reemplazado por la intermitencia de la conexión, porque el computador no estuviera lento o porque la recarga de datos fuera suficiente para terminar la clase. Para los chicos de undécimo, todo se hacía más difícil, sus planes para el último año escolar habían dado un giro de 180 grados; las chaquetas, que habían generado tanta controversia para la elección del diseño, el color y el precio, se habían quedado guardadas en el armario ansiando ser estrenadas y algunas, incluso, reemplazadas por pijamas.

Así fue como surgieron la desmotivación, y en muchos casos, la tristeza, la nostalgia por esa mala jugada que les hacía el destino; ni siquiera tendrían su propia fiesta de *prom* como la que ellos organizaron un año atrás cuando estaban en décimo.

Retomando los proyectos

- Profe, ¿qué vamos a hacer? las visitas a la biblioteca, canceladas.

- El cultivo de caña, autorizado por el Rector en el colegio, cancelado.

- La visita al cabildo indígena muisca, cancelado.

- Las encuestas que se harían en el colegio, canceladas.

- Ya no podemos ir al Centro Dermatológico, no va a ser posible continuar con los proyectos - decían unos y los que no, lo pensaban.

Todo se desmoronaba, pero no se podía perder la esperanza. Si bien era cierto que ir a esos lugares era importante en los planes de trabajo, no había que olvidar que los proyectos estaban centrados en las profesiones que desarrollaban las diferentes familias y apareció la luz en medio de la oscuridad y la desesperación. Los abuelos, abuelas, padres, madres, hermanos y hermanas, todos desde sus contextos, se convirtieron en protagonistas de este proceso de investigación. Las ideas ya estaban, algunas tuvieron que adaptarse a la realidad de no poder salir de casa.

Carmen y María sabían que debían empezar a trabajar en su proyecto; la pandemia con el aislamiento social se convirtió en esa oportunidad de acercarse al otro. Ya podían tener conversaciones menos acaloradas, y, poco a poco, se daban cuenta de que tenían más cosas en común que incluso con algunas de sus más íntimas amigas; ya no sentían la presión de la mirada instigadora que las llamaba a pelear entre ellas. Así empezaron a indagar con sus mamás sobre telas, estilos de vestidos, adornos, en fin, la curiosidad hizo su trabajo de documentación y ayudó a darle forma a sus ideas. A través de su mamá, que hablaba apasionadamente de su profesión, María entendió que para ella no era la modistería a lo que se dedicaba, sino al diseño y a la confección, una labor que al inicio fue el sustento de su

hogar, pero que, poco a poco, se convirtió en una pasión, especialmente cuando podía ver la alegría de las personas cuando usaban una prenda confeccionada por ella.

En una de las conversaciones con María, Carmen le comentó que su mamá aplicaba las matemáticas al tomar medidas, como el largo de un vestido, la cintura de un pantalón, el tallaje, la medida del busto, tal vez, la cantidad de prendas por contrato o por tiempo, pero que no le veía más usos. Sin embargo, a Carmen se le había ocurrido una idea que María aprobó.

Como era costumbre, un día a la semana el profesor programaba encuentros sincrónicos para asesorar los proyectos de investigación, allí, todos compartían sus avances y recibían retroalimentación. Uno de los grupos que tomó la vocería fue el de los agricultores, quienes habían logrado una buena comunicación, lo que les permitió encontrar la ruta a seguir. Se interesaron por hallar el área de las hojas de una planta de aguacate; comentaban que no era fácil porque debían hacer uso del cálculo integral y eso aún no lo habían visto en la escuela. Con ello, pretendían poder predecir el crecimiento de dicha planta, un gran reto que los emocionaba.

Luego escucharon al grupo de los panaderos. Sara y Luciana comentaron que ellas tenían pensado hacer una variación a uno de los ingredientes en el proceso de elaboración del pan de sagú, y que, al igual que sus compañeros, para determinar los cambios de volumen,

tendrían que hacer uso del cálculo integral por la forma irregular de los panes.

Llegó el turno de Carmen y María:

-Al comienzo, pensamos que nuestro proyecto no tenía matemática, más allá de tomar medidas con un metro o cosas por el estilo, pero cuando vimos la proporción áurea en el arte, en la arquitectura e incluso en la naturaleza, nosotras la encontramos en algo que usamos a diario como nuestra ropa. – comentó María.

Una de las viejas amigas de Carmen abrió su micrófono e interrumpió diciendo:

- *¡Uy, nosotras!* - seguido de su característica risita burlona.

Sin titubear, Carmen la puso en su sitio:
- ¡Respete a María! Este es nuestro turno para hablar, ya tendrá el suyo.
Las palabras de Carmen causaron el silencio de todos. María agradece y continúa:

- Como les venía diciendo, con la ayuda de mi mamá estamos haciendo un molde para combinar el estilo de un vestido español del siglo XVIII, y uno estilo princesa corto del siglo XX, a través del uso de tres plantillas áureas.

- Además, también somos unas duras usando GeoGebra[2], con el que realizaremos los moldes de nuestro vestido- dijo Carmen.

Después de las intervenciones, el profesor dijo:

- Veo que los diferentes proyectos los llevaron a mejorar sus relaciones interpersonales con sus compañeros, dejando entrever que, en muchas ocasiones nos negamos la oportunidad de conocer mejor a los otros.

Nuevas amistades

Los proyectos estaban en su etapa final, el vestido ya estaba listo, así que María le envió a Carmen una foto por WhatsApp de un hermoso vestido color magenta. Carmen observó emocionada la foto y le escribió:

- ¡Quedó precioso! ☺♥♥♥

Inmediatamente, también, le envió un audio que decía:

- En verdad, María, discúlpame por haber sido tan mala clase contigo; en ocasiones, uno se deja llevar por malas impresiones, y doy gracias a este aislamiento que nos permitió conocernos y ser amigas ahora. Hemos logrado

---

[2] GeoGebra es un Programa Dinámico para la Enseñanza y Aprendizaje de las Matemáticas para educación en todos sus niveles. Combina dinámicamente, geometría, álgebra, análisis y estadística en un único conjunto tan sencillo a nivel operativo como potente.

trabajar en equipo, pude conocer a tu mamá, quien me hizo sentir como parte de la familia y espero que esta amistad perdure.

- Claro que sí, Carmen, eso espero también -le respondió María en otro audio-; me gustó mucho trabajar contigo y no había tenido la oportunidad de agradecerte por haberme defendido de tus amigas ante todo el curso, eso significó mucho para mí, y, la verdad, nunca me imaginé que terminaríamos siendo buenas amigas.

Carmen respondió:

- No te preocupes, no me pareció justo contigo; no les estabas haciendo nada y como lo hacía yo, se metieron contigo, pero conocerte me hizo cambiar mi actitud y fue de las mejores cosas que me pudieron pasar en esta pandemia; además, gracias a ti y a tu mamá, pude acercarme a la mía, comprender su trabajo y lo duro que le toca.

-Sí, y que las matemáticas sí están en todas partes.
-respondió María, entre risas y emojis.

Secuoyas

Como las secuoyas, los estudiantes, mediante su participación en el semillero, nos enseñaron su capacidad para adaptarse a cualquier eventualidad, enfrentando juntos los retos de la vida. Gracias a sus raíces y al conocimiento de su cultura ancestral, logramos terminar este año que va a ser inolvidable, no solo por la pandemia, sino porque la promoción 2020, como lo dijo el rector en la entrega de banderas, se caracterizó por ser la más fuerte y resiliente en la historia del Próspero Pinzón.

Ahora solo queda esperar que el colegio pueda seguir tejiendo historias en ese nuevo edificio, que aguarda paciente para recibir en cada uno de sus rincones a quienes lo llenan de vida y, como lo dice su proyecto educativo institucional, seguir educando para la vida, a partir de una sana convivencia.

Yaqueline Mendieta Martínez, Hermann Augusto Pava Beltrán y Jonathan Eduardo Ruíz Ramírez
Miembros del Semillero SECUOYAS: Enredados con nuestras raíces.

La vida de Maestros reclama ser narrada

Cartas para maestros que buscan
"ser y pensarse de otro modo"

Maestros en colectivo

Podcast

Tras un lugar recóndito de la memoria

Queridos maestros:

Hoy les escribo con algo de incertidumbre y temor, pues las cartas no son mi estilo escritural para expresar ideas. Lo íntimo que puede ser, me resulta algo incómodo, lo debo confesar. Sin embargo, haré un esfuerzo, pues tal vez, algo de lo que exprese, sirva para cuestionarnos y resquebrajar lo sólido en lo que nos apoyamos, muchas veces, para juzgar a otros maestros; y es claro que esta nueva solidez en la que hoy nos cimentamos, no siempre ha existido. Por ello, los invito a cuestionar y problematizar su condición de existencia y a la vez, pensar su presente, determinando todo aquello que irrumpe en sus vidas para subjetivar los maestros.
Para iniciar esta travesía, maestros, recurriré a mi querida memoria, con algo de nostalgia, pero también de sospecha y perplejidad por lo que pueda compartir.
Me sumerjo en sus recuerdos, buscando todo aquello que en algún momento irrumpió en mi vida para hacerme maestro; pero no cualquier maestro, uno singular, uno al que dejaron de etiquetar insular para llamarlo colectivo; a esa forma a la que le conectaron los adjetivos de crítico, político, productor de saber, innovador e investigador, entre otras cualidades.

Más allá de ir al pasado en la búsqueda de esos testimonios que justifican esas maneras singulares de comprendernos y de estar instalados en el mundo (de concebir nuestra práctica de enseñanza y las formas

individuales de pensar lo educativo, como si fuera el fruto de un crecimiento personal, del ejercicio del progreso de la educación o un acto de conciencia, expectativa, necesidad, preocupación o interés particular, o pertenecer a algún colectivo que nos extrajo del oscurantismo, aislamiento e insularidad en la que nos encontrábamos).

Recurrimos a este "cementerio de verdades", diría Foucault, para cuestionarnos sobre lo que somos como maestros, en una actitud suspicaz, pensando de otro modo y comprendiendo que lo que hoy aparece de nosotros es efecto de muchas condiciones que se alinearon para permitirnos ser y actuar de determinada manera.

Atentamente,

Oscar Leonardo Cárdenas Forero

Un escenario de múltiples interacciones

Maestros:

Les quiero contar que ser maestra ha significado un juego de posibilidades para la construcción de realidades, entre el conocimiento que tengo de mí misma y el reconocimiento del otro, mediado por un saber disciplinar determinado. Frente a esta postura, la automotivación, el esfuerzo junto con el tiempo, han sido factores determinantes que me permiten ver en perspectiva el papel tan importante que tengo como profesora de ciencias naturales, elementos que abonan al terreno de la colectividad. Me refiero a la influencia hacia otros integrantes de la comunidad educativa, estudiantes y colegas, no solo por las formas de hacer, o desde el contenido de los mensajes, sino por la fuerza que tienen desde el acompañamiento socioemocional. Es la manera como interpreto el ecosistema de la pedagogía, en sus interrelaciones entre los distintos actores del proceso, los saberes, las maneras de ser y de sentir.

Considero que el querer hacer cosas diferentes, sobre todo trascender, me permitieron aceptar la invitación de mi compañera María Gilma, profesora con la que estudié biología, en la Universidad Pedagógica Nacional, e integrarnos a un trabajo de investigación con el IDEP, en relación con ambientes de aprendizajes; desde ese momento, comienza una carrera de autoformación.

Sin duda alguna, lo que acontece cuando somos Maestros en Colectivo es el encuentro en un escenario vivo, habitado por maestras y maestros que nos debimos trasladar del espacio local de la escuela, en donde interactuamos con otros, a un micrositio que se convierte en el nicho en el que revivimos las prácticas pedagógicas, que le dan sentido al diálogo de saberes, a la reflexión, la autoorganización, para emprender un camino de investigación o innovación educativa.

Entonces, a partir de la esencia de la individualidad de cada uno de nosotros, desde nuestra cosmovisión pedagógica y la experiencia enriquecida, trascendemos a la configuración intersubjetiva e integral que posibilitan otras formas de dejar huella. Es así como nos encaminamos a comprender una determinada situación educativa, colocada en el plano del análisis y de esta manera, construimos colectivamente, los elementos edificadores para la implementación de otras estrategias pedagógicas, visiones y realidades que se plasman en artículos, ponencias o participaciones en otros escenarios, a los que acudimos cuando somos invitados.

En este colectivo, he visto representados algunos sueños como el liderar propuestas; cuando vuelvo a ese lugar de origen: el colegio, acompaño a mis colegas, desde la reinterpretación y comprensión de vivencias; estoy convencida de que junto con ellos y desde las aulas, formamos ciudadanos competentes para la transformación de la ciudad y, a partir de allí, logramos el cambio cultural, uno de los fines de la educación con calidad.

Con respecto a lo que sucede con las características sobre las que descansa la nueva experiencia de temporalidad -pandemia- en Maestros en Colectivo, observo que hemos reconocido la contingencia como la oportunidad que supera el aislamiento, siendo un motivo más para encontrarnos de manera virtual, retomar caminos de análisis del contexto, revisar contenidos de otros educadores, filósofos, sociólogos y pensadores, para construir un texto que converge a una comprensión de la realidad educativa contemporánea, la actualización del lenguaje en el paradigma de la educación como tejido social y, desde luego, tomar posición como maestro sujeto político, frente a una cascada de iniciativas, de creatividad e innovación pedagógica local, distrital y nacional que se han venido desarrollando.

Atentamente

Edith Constanza Negrete Soler

Un reloj que se engrana para echar a andar la escuela

Apreciados maestros:

Es para mí muy grato escribir esta carta a todos mis colegas, con el propósito de visibilizar la hermosa tarea de ser maestra, la importancia de la autoformación para enriquecer nuestro saber y, con ello, fortalecer la escuela con sus espacios y actores.

Les cuento que como maestra soy producto de lo que otros maestros inspiraron en mí; durante mi paso por el colegio, recuerdo su entusiasmo, carisma y amor para educar, que me hicieron comprender en un momento clave la decisión por el camino a seguir dentro de mi trayectoria de vida. Mi ser latía profundamente con aquella inspiración que fue mucho más fuerte que las voces de mi familia frente a otras carreras. Abordé el tren de la educación como una vocación para toda la vida, que me ha hecho sentir mucha satisfacción por la labor realizada, los aprendizajes obtenidos, las vidas transformadas, la realidad comprendida y las huellas dejadas.

Sé que ustedes recuerdan sus primeros pasos en la educación; el mío fue en el ámbito de la educación privada, donde se diría que no hay falencias ni necesidades, pero no es así, también se ven personas afectadas por innumerables situaciones que nos sensibilizan y nos llevan a maniobrar desde nuestras posibilidades para transformar y devolver la esperanza. Allí aprendí mucho de la filosofía salesiana que luego inspiró mi trabajo en la escuela pública. Esas raíces me

han permitido florecer en mi trabajo y ver la realidad escolar con otros lentes.

A lo largo de mi ejercicio como maestra he coincidido con otros maestros que, con su gran capacidad para leer la escuela desde todos sus agentes, han logrado permear más esta bella vocación, hasta el punto de sentir que soy una docente que humaniza la escuela, que se acerca a reconocer en el estudiante, no solo sus dificultades académicas, sino a ser un apoyo para que se reconozca como sujeto político y social, como parte de una familia y como un ser capaz de lograr sus sueños. En este proceso ha sido definitivamente importante la empatía cuando hago mi labor, ella me ha permitido entender, construir y hacer escuela desde el reconocimiento de todos los que allí concurren. Sin duda, considero que a muchos de ustedes les ha pasado lo mismo y con ello han logrado amar más esta bella profesión.

Desde este lugar comprendí la necesidad de trabajar en colectivo con mis pares para reconocer la escuela, sus actores, sus ambientes de aprendizaje y, de este modo, poder reconocerla ampliamente y actuar para transformarla. Inicié un recorrido en el Colegio Antonio Baraya desde los intereses ambientales, que me permitió encausar mi formación, mi trabajo pedagógico e investigativo, y me ha llevado a ser y hacer parte de la comunidad educativa Barayista, distrital y de Maestros en Colectivo: un grupo multidisciplinario de docentes con una gran riqueza formativa, intelectual y gran sensibilidad por profundizar sobre los ambientes de aprendizaje.

Queridos colegas: Esta ha sido una experiencia extraordinaria que me ha dado la oportunidad de fortalecer en mí el trabajo en equipo interdisciplinario, movilizar ideas, ampliar mi saber pedagógico e innovar en el aula. Con todo ello he comprendido que sola no puedo cambiar la escuela, pero con la labor en colectivo sí se puede conspirar para hacer posible lo que todo maestro con vocación plena quiere ver: la escuela como un espacio donde la comunidad sea protagonista, se reconozca y genere por sí misma las actividades y estrategias para modificarla; una escuela que impacte, donde cada miembro se construya en el espacio escolar a partir de su participación y, como lo indica Maurice Debesse, la educación le permita a cada persona crearse a sí mismo.

El Colectivo es para mí como un reloj donde cada uno de nosotros somos una pieza que se engrana para ponerlo a funcionar; aquí nos conjugamos para echar a andar la escuela y creer en ella. Es aquí donde nos desarmamos de las jerarquías, los escalafones, los reconocimientos y las pedagogías para escucharnos, desaprender, actuar en torno a un proyecto claro; siendo esta nuestra mejor arma para forjar una nueva escuela, desde nuestros saberes individuales fusionados en colectivo, que se convierten en un solo lenguaje y una forma de crecer como docentes; desarrollando nuevas formas de aprender y de enseñar, dando esperanza y humanizando a la escuela.

La educación me ha permitido crecer como persona, como profesional, y, ayudar a otros en ese propósito. Es por ello, por lo que sin duda soy feliz en la labor docente

y volvería a elegir la docencia sin dudar. Sé que ustedes hacen parte de la escuela por convicción y por ello hoy les hago la invitación a todos mis colegas, y a los que están en formación, a que investiguen, a que compartan sus saberes y a que se incorporen a los colectivos desde sus intereses ya que son el mejor campo de autoformación, de reconocimiento de las diversas realidades que se viven en la escuela, al convertir el aula y los ambientes de aprendizaje en laboratorios vivos. Las aulas son el mejor escenario para dar todo nuestro saber y recoger el de nuestros pares como alternativa eficaz para transformar el espacio social que nuestra vocación ha puesto para conjugar la sociedad y la formación de muchas generaciones.

Me despido esperando inspirar su labor a través de mi experiencia y recordarles que hoy más que nunca la escuela está viva y lucha por transformarse frente a la adversidad que ha traído el COVID-19. El panorama ha sido desalentador, pero también la escuela nos ha dado fuerzas y más motivos para creer en ella, para desarrollar nuevas estrategias y humanizar el lenguaje. El currículo y la gestión fueron necesarias para dimensionarla desde la virtualidad, la poca conectividad, las situaciones socio-emocionales de sus integrantes y comprender nuevas realidades, nuevos retos y con ello nuevas miradas del espacio vital, donde continúo desarrollando mi ser docente.

Atentamente,

Angela Ismaelina Prieto Acuña

Un proceso de búsqueda

Querido maestro:

Iniciando el 2020, tenía muchas expectativas laborales, familiares y personales. Quería hacer diferentes actividades en proyección al bienestar, para mi tranquilidad y felicidad. Sin embargo, con la situación de confinamiento, todo cambió.

Se dio paso a la reflexión sobre mi ser como maestra, llevándome a evocar por qué soy maestra. El decidir qué se quiere ser cuando sea grande es una situación cambiante, en mi caso no lo fue, quería ser profesora y mi familia me apoyó. En consecuencia, confié mi formación a la Comunidad Salesiana en la Escuela Normal María Auxiliadora de Guadalupe (Santander), ahora Normal Superior, inculcando su lema xi: *Buenos cristianos y honestos ciudadanos*, que marcó mi ser; además de reconocerme optimista, propositiva y agradecida, en búsqueda constante por cualificar mi práctica con formación profesional en espacios de intercambio y de socialización.

Conté con la fortuna de conocer a Oscar Leonardo Cárdenas, gran amigo y maestro, con quien laboramos en el colegio Entre Nubes Sur Oriental, quien me invitó a conocer y hacer parte de un equipo de maestros denominado Maestros en Colectivo, que se reunían en la CEPE. Me vinculé a Maestros en Colectivo en el año 2005, logrando la afectividad y la producción

intelectual, y creyendo como colectivo que es posible otra escuela, con maestros que desarrollan investigaciones, con nuevas miradas sobre los asuntos que afectan a la escuela en particular, donde contamos con la posibilidad de expresarnos, proponer, cuestionar aquello que en la misma institución en la que laboramos no hacemos, al no contar con un par académico con quién discernir, porque ya todo está acordado.

Este año, como colectivo teníamos proyectada la participación al *IX Encuentro Iberoamericano de redes y colectivos de maestras(os) educadores(as) que hacen investigación e innovación desde su escuela y comunidad para la emancipación* que se llevaría a cabo en Santa Marta, en el mes de julio y, por la pandemia, se aplazó.

Sin embargo, debemos comenzar a cuestionarnos: ¿La escuela cómo está concebida es necesaria?, ¿qué se debe transformar?, ¿qué rol debe desempeñar el maestro?, ¿qué debemos innovar? ¿será la tecnología la mejor opción o no? En todo caso, el alto obligatorio por la pandemia nos mostró lo vulnerables que somos y la necesidad de transformación que necesitamos como seres humanos y en el sistema educativo; nos conocimos a nosotros mismos, aprendimos que somos capaces y soportamos la situación al estar en cuarentena.

El encuentro con los pares del colectivo se dio a partir de lo virtual, exploramos herramientas tecnológicas que, aunque existían, no las utilizábamos, como las aplicaciones para reunirnos. Antes usábamos Skype solo

de manera ocasional y, ahora, desde Meet o Teams, se nos mostró la riqueza y variedad del mundo virtual en tiempo sincrónico, mediante charlas, conferencias y talleres. Pudimos participar en el Congreso Dokuma y reuniones de redes. Tenemos más encuentros e intercambios con otras personas en la red, que en circunstancias normales. En lo laboral, conocí de manera particular la situación de las familias, ya no solo la mirada de las mañanas o la llamada clandestina. Se hizo necesaria la comunicación frecuente, no solo con los acudientes, sino también con los niños, además de video llamadas comunicando cómo estamos y dando instrucciones sobre las guías. Como bien se dice, de esta situación saldremos, pero no a realizar las mismas prácticas.

Estamos en proceso de ser esponja que todo lo absorbe, pero después de tanta información, el cambio es necesario, y se dará como una reflexión de muchos que queremos una escuela diferente, más que la preocupación de cómo los evaluamos en este tiempo, cómo hacemos para seguir lo que dejamos… es evidente que lo importante es lo humano, lo emocional, el vivir el ahora, ya que del mañana no sabemos.

Gracias,

Sonia Milena Uribe Garzón

Un ambiente de aprendizajes y de retos

Queridos candidatos a docentes:

Les comparto mi experiencia de maestra, de la cual estoy orgullosa y no cambiaría por otra, pues desde muy temprana edad me sentí atraída por la docencia, de hecho, mis juegos cuando niña rondaban alrededor de ser la profe. Me acuerdo que le daba clases a mis muñecas, cuando mis hermanos no querían ser más mis estudiantes. La verdad, no tuve que pensar mucho qué carrera iba a hacer al graduarme de bachiller. Realicé mi licenciatura con el convencimiento de orientar e influir de la mejor manera y contribuir en el pensamiento y formación de los jóvenes.

Y en este camino, de más de 20 años ya, con dificultades, aciertos, equivocaciones y aprendizajes, he sentido gran pasión por esta labor; enfrentando los retos, tanto individuales como colectivos, principalmente pedagógicos, pero también académicos y, por supuesto, sociales, que se han ido presentando día a día, por diferentes razones, pero especialmente, como producto de los numerosos proyectos que cada gobierno de turno ha propuesto en pro de mejorar la educación. Situaciones que no han sido obstáculo para escalar en este trayecto y que, por el contrario, han contribuido para convencerme más de que vale la pena apostar por las diferentes alternativas y no quedarse estancado con una mirada insular del aula, ignorando los contextos y las realidades dinámicas que afectan nuestro hacer.

En este andar como docente y estudiante, cuando me encontraba adelantando estudios de maestría, desarrollé mi proyecto sobre el aula de clase como un sistema compuesto por interacciones entre el docente, sus estudiantes y las actividades propuestas para tal fin. Proyecto que no solo generó una interesante teoría en mi estudio, sino que transformó mi cotidianidad a partir de una mirada más crítica y reflexiva de mi hacer a través de la propuesta del aula como sistema denominado ambiente de aprendizaje; pues en dicho entorno, el docente como parte de él, también es susceptible de transformaciones y nuevos aprendizajes, que ya no pasan desapercibidos y que de alguna manera permean el sentir y el hacer.

Con esta mirada del aula como un entorno dinámico, participé en un evento de experiencias alternativas, en donde conocí la red de Maestros en Colectivo. Dicho colectivo por entonces se encontraba trabajando en la realización de un libro, del cual me invitaron a hacer parte, sobre una propuesta acerca de los ambientes de aprendizaje de cada uno de los maestros participantes, que desarrollamos en los respectivos colegios y grados, desde diferentes temáticas y que coincidían con los elementos comunes a estos ambientes. Experiencia maravillosa en la que se evidenciaron transformaciones y nuevas relaciones, no solamente por parte de los estudiantes sino de los docentes miembros de la red. Esta fue una vivencia nueva, diferente, atractiva y

muy enriquecedora que me generó otros aprendizajes pedagógicos e innovadores al compartir el desarrollo de la experiencia de cada docente desde su concepción, en su construcción y evaluación. Una dinámica de trabajo en colectivo con gran significado, que me fortaleció en mi práctica pedagógica, con el convencimiento de que en el aula es posible trascender y ser visibilizado.

Esta valiosa participación grupal de la sistematización de nuestra experiencia para ser plasmada en un libro y avalada por algunas entidades reconocidas en el ámbito educativo fue mi inicio con Maestros en Colectivo, el cual me ha brindado un ambiente pedagógico, de calidez humana, que reconoce y respeta el trabajo de sus miembros. Aquí hemos logrado desarrollar diferentes experiencias de innovación que se han consolidado y reconocido a través de algunos espacios como foros, ponencias, investigaciones, entre otros; y que se han afirmado en un seminario de formación permanente, pues siempre nos ha mantenido el interés por la constante actualización, posibilitando un ejercicio de autoformación.

Con la experiencia de trabajo en colectivo, he logrado muchas ganancias, como la visibilización de mi hacer en el aula, el reconocimiento como maestra en investigación desde mi práctica, con la rigurosidad de la sistematización y sin perder el interés por el constante aprendizaje; de igual manera, he podido compartir con pares a nivel nacional e internacional, razón por la cual, creo fielmente en la importancia del trabajo en equipo para el fortalecimiento de la labor docente.

Actualmente, los colectivos y redes de docentes han tomado gran importancia y me atrevería a afirmar que, con la situación inesperada de la pandemia, se han fortalecido; de hecho, para Maestros en Colectivo la pandemia ha sido la mejor excusa para estar más conectados e iniciar algunas interesantes reflexiones sobre los cambios, desde otras maneras de encontrarnos, así como de pensarnos sobre los nuevos retos pedagógicos y cómo los estamos asumiendo. Desafíos pedagógicos por pandemia con dudas, incertidumbres y miedos en mi caso, pues pasé del confort del ambiente controlado al ambiente emergente.

Con la pandemia, me enfrente a una situación para la cual no estaba preparada, como la mayoría de los docentes, pues aunque he trabajado en el tema de las TIC, no lo había hecho con aulas virtuales; además, necesité entender y manejar los diferentes problemas en estos nuevos contextos; así como las crisis que surgieron en consecuencia y que afectan los aprendizajes en los estudiantes, como la desmotivación por el confinamiento, la falta o poca conectividad y las mínimas posibilidades de infraestructura. Por lo tanto, continuar de forma ideal con el proceso educativo de los jóvenes ha sido uno de los mayores retos de transformación en los ambientes pedagógicos, lo que me ha llevado a buscar las herramientas y estrategias más adecuadas para motivarlos y, ante todo, cómo adaptarlas a esta emergencia educativa.

Por ahora, ha sido un proceso de permanente aprendizaje en cuanto al manejo de diferentes herramientas virtuales, de búsqueda de estrategias para motivar a los estudiantes, de relacionarme con ellos, de escucharlos, de entenderlos, de compartir los aciertos y dificultades con el Colectivo; en fin, reaprender, renovar y repensar los nuevos ambientes de aprendizaje.

Atentamente,

María Anais Moncada Rodríguez

La puerta de la escuela

Respetados amigos:

Quiero recordarles que la escuela o la institución educativa hace parte del entramado urbano. Ambas cosas, escuela y ciudad, se entrecruzan y afectan, y se ven afectadas por lo que en ella sucede: el control del tiempo, los horarios, la duración de las clases, la regulación de los descansos y la programación de las actividades, además de muchas otras circunstancias, que son parte de esto que se llama Escuela. Buena parte de ella es afectada por lo que sucede en la ciudad y ella afecta a la ciudad en retorno. Nosotros los maestros la habitamos en el día a día y nos afecta lo que sucede con ella.

Para marzo de 2020 algo pasaba en la ciudad y en el mundo. La puerta de la escuela tomó un lugar preponderante en ese momento: lugar de encuentro, de tránsito, de pregunta. Allí los padres se acercaban a preguntar: ¿Al fin sí van a cerrar por la enfermedad esa? o ¿y si los niños salen temprano? y los estudiantes, a su vez, preguntaban: ¿sí puedo entrar con gripa profe? Y todavía no había nada claro, solo que algo pasaba. La puerta, lugar de tránsito, lugar anónimo, ese día era el lugar para preguntarnos unos a otros lo que sucedería. Para ese momento del año, en los estudiantes nuevos y antiguos se había consolidado o redefinido su imagen e imaginario de la escuela conocida, de ese lugar seguro para los niños y niñas. La escuela suponía para ellos un lugar de aprendizaje, de gritos, de sonidos y sonrisas en su interior que además saturaban su entorno;, esos lugares a las afueras de este sitio o territorio.

Del lado de la academia, el antropólogo Auge, a comienzos de los ochenta, nos propone el término *no lugar*, siendo este un espacio de tránsito, de flujo, carente de identidad, de referencia, de cualificación, pero, además, cargado de estas. Amigos, en la escuela, la puerta de entrada es ahora un lugar de tránsito sin personalización, pero con toda la identificación del lugar. Es la puerta de entrada ¡a la escuela! Ese lugar de tránsito que, en vez de generar extrañamiento, genera indiferencia por la velocidad con que se transita por allí. Es un no lugar.

Es así, mis amigos, que la puerta de entrada de la escuela ahora es uno de esos no lugares que a cierta hora se llenaban de sociedad, ya que por allí transitaban estudiantes, maestros, padres, balones, administrativos, carreras, vendedores ambulantes y muchos otros; era uno de esos lugares que cuando uno regresaba a la vieja escuela del pasado, se identificaba parándose frente a ella y mirando profundamente el corredor o el patio, donde fluía la cotidianidad del pasado. Es en uno de esos momentos, que este lugar de tránsito, este no lugar, hacía que la escuela misma tuviera consistencia histórica, consistencia social, no solo por lo que se impartía en ella sino por sus flujos de historia y añoranza por los recuerdos; es en estos no lugares que además se acumulaban intersticios del pasado de la historia de la sociedad de las subjetividades, que al sumarlo en diferentes fotografías, eran singularidades que evocaban la existencia de un lugar sin ser el lugar mismo.

El patio de la escuela no era la escuela, pero evocaba a la escuela y sus flujos. Este lugar después de los flujos y las carreras quedaba libre solo hasta el momento de salida, o en su defecto en la recepción de aquellos que sin falta llegaban fuera de tiempo. Así, la puerta es uno de esos lugares de la escuela que es no lugar de enseñanza, pero sí lugar de aprendizaje.

Es en ese contexto de los no lugares en que se ubica la experiencia vivida en la pandemia, en la puerta de recepción de los estudiantes, en compañía de otros docentes y coordinadores, las últimas preguntas rondaban las gripas o el malestar general. Ella, la puerta, se convirtió en salida a nuevos no lugares de la escuela; se suspendieron las clases presenciales, se cambió el ámbito de encuentro y como tal la dispersión hacia lo digital; el intento por conectar sitios, personas desconectadas sumándoseles el miedo generalizado por la pandemia, también la expectativa del pronto regreso.

La puerta de la escuela fue la entrada o, quizá, salida a un presente no pedido, al no lugar de la escuela en relación con la práctica como docente en contexto de pandemia, otros lo llaman docente remoto, ¿quizá por lo remoto del regreso? Los no lugares como lugares de encuentro, no lugares como el tablero sin marcador y sin tiza (de

borrado y compartida digital); no lugares como *Zoom* que se conocía por sus programas en televisión, y algunos encuentros esporádicos en reuniones remotas con gente remota de lugares remotos.

No lugares como el sitio de encuentro del maestro determinado por un sistema que siempre existió, pero raramente se usaba, y correos que definían la pertenencia pero que no definían la identidad, aquellos terminados inicialmente en redp.edu.co y hoy los identificamos como *educacionbogota.edu.co*, que nos hermanan en un nuevo símbolo para el lugar del maestro actual, un lugar que no está habitado y solo se habita como emergencia. No lugares del maestro como youtuber, medido por el número de *likes,* o grupos de *Teams* donde cada dueño del poder y del saber pretende ubicarlo sin consultar si pertenece o no a este.

Es así como estos nuevos lugares configuran una forma de ser en relación con la escuela, con el aprendizaje, con el quehacer de nosotros como maestros, donde lo sólido del tiempo, de las clases, de las regulaciones, desaparece; es ver con más claridad este panorama de zozobra que vive la ciudad.

Maestros, los no lugares de tránsito son sitios que proveen inseguridad por sus flujos y movilidad continua. Donde buena parte de las estructuras de relación social empiezan a desmoronarse, mientras se va configurando un nuevo contexto en nuevos lugares de encuentro para definir nuevos no lugares. Hoy en la pandemia abundan

estos sitios de tránsito virtual o remoto. Para el caso, la puerta de entrada para Maestros en Colectivo es el reencuentro, la identidad en la experiencia de vida, el ejemplo en el encuentro y la producción; es un no lugar del saber que anida un saber por sí mismo; es el encuentro con el otro que no está presente pero no está ausente. Quizá el trabajo como grupo de Maestros en Colectivo es ese lugar seguro de la escuela que se consolida con sus saberes propios y con el compartir de los saberes de otros.

Atentamente,

Pedro José Orduña R.

Detective en el tiempo

Apreciados amigos:

Todos los seres humanos buscamos la felicidad al trabajar en nuestros propósitos; es así como considero que la intención del maestro se encuentra al involucrarse en la escuela con el objetivo de hacer que esta mejore paulatinamente y crezca constantemente, y es con el impulso de la escuela que la sociedad se construye desde la armonía de sus participantes. Encuentro muy interesante este reto ya que para alcanzarlo se debe interactuar con infinidad de intereses y conflictos que surgen en la misma cotidianidad de la institución, y cada día, periodo o año vivimos situaciones muy interesantes que nos enriquecen a nivel personal y colectivo; paso con ello a contarles lo acontecido este año, ya que guarda un desafío particular.

El año da inicio como siempre, se desarrollan los contenidos temáticos organizados y planeados desde la semana de desarrollo institucional del comienzo del año; todo bajo la normalidad: la asistencia de los estudiantes a sus aulas, las reuniones de área para planear las elecciones escolares y conformar un grupo de alumnos que lideraran los cargos de participación en el gobierno escolar.

Pero para mí, este año tenía un elemento particular y con mucho interés, ya que, por primera vez, iba a desarrollar mi proyecto académico con las niñas y niños de quinto grado. Mi expectativa estaba en que tomaría

este proceso con los más pequeños del colegio. Me llamó mucho la atención desde los primeros encuentros con estos estudiantes que eran silenciosos y timoratos ante mi presencia; por ello les pregunté ¿por qué me veían así? A lo cual me respondieron que era que siempre me habían visto como un profesor de los alumnos mayores. Con ello comprendí que ya me habían observado antes, que me conocían en algo y que esto me iba a servir para aproximarme e ir implementando mi proyecto de Foro de significados en Ciencias Sociales. Posterior a estos primeros encuentros, marcamos en forma creativa los portafolios de clase. Para este año, íbamos a marcar la portada con el nombre de detectives del tiempo, e iniciamos una buena relación, con participación en los foros y creatividad en ejercicios propios del proyecto.

Pero las dinámicas cotidianas del colegio cambiaron intempestivamente con la llegada de la pandemia. Esto nos alejó de los objetivos y de un aprecio cada vez más creciente de parte y parte con los estudiantes de quinto, con los detectives del tiempo; con un miedo latente por lo inesperado, cuidándonos del contagio que, al pasar el tiempo, era más intenso en el mundo y nuestro país, buscando explicaciones de ¿por qué sucedió esto?, ¿cuánto durará?

Sin embargo, saliendo de esta sugestión temerosa de lo que está sucediendo, se abrieron dos caminos: el primero de ellos fue, el de tomar los medios tecnológicos de comunicación para llegar a los estudiantes y dar continuidad con su proceso académico, y recrear

los contenidos planeados en guías con un alto saber didáctico, para que los detectives del tiempo gestionaran su participación en el foro de significados. Así mismo, innovar maneras para hacer que las cartillas se convirtieran en una herramienta agradable, efectiva y lúdica para que el desarrollo de las temáticas saliera a escena sin miedo; además, rápidamente se lograron encuentros sincrónicos con casi el 60% de ellos y con los que no, se construyeron videos para hacerlos llegar como trabajo en casa.

El segundo camino que me sacó de ese asombro, producto de algo inexplicable por lo rápido que sucedió, fue el reencuentro con Maestros en Colectivo; cada reunión, tertulia o debate con el equipo fue un encuentro con la reflexión en torno a la pedagogía; con el Colectivo reflexionamos cómo los maestros podemos construir la manera pedagógica y didáctica de comunicar o relacionar al estudiante con el conocimiento que se construye día a día.

Si bien es cierto que existen diversos tipos de colegas: los docentes, que muchas veces como islas sueltas buscan generar transformaciones para llevar al aula, también existen los docentes que buscan relaciones intelectuales con equipos de colegas para avanzar en el reto de repensar y mejorar la escuela; pero de la misma manera en la cotidianidad de la institución, se evidencia que existen docentes que caen en una zona de confort al crear un acto repetitivo de sus actividades, sin permitirse repensarse y llevar a cabo un proyecto.

Este año, además de ser un reto, fue importante, ya que con el equipo se lograron plantear preguntas claves y urgentes que nos sentaron a tener reuniones vía *Meet* o *Zoom*, cada uno desde sus casas a reflexionar, acerca de cómo está afectando a la escuela esta fatídica pandemia. Nos aproximamos a documentos, instrumentos virtuales, revistas para responder cuestionamientos que nos llevaran a construir unas ideas de lo que está sucediendo. Con todo esto, se evidencia que la educación, como ejercicio de relaciones pedagógicas y con un alto sentido didáctico, sigue su curso y que ni una fatídica pandemia la detendrá. Es parte de nuestra naturaleza.

Atentamente,

Juan José Garzón Bernal

Apreciados colegas, con estos relatos hemos querido compartir nuestras vivencias como maestros, apostándole al Colectivo y superado la individualidad, ya que estamos subjetivados a la escuela, la educación y la sociedad. Esperamos que nuestras palabras aporten elementos para su labor profesional.

Con aprecio de Maestros en Colectivo.

Tejer memorias en tiempos de pandemia

Mesa Ruralidad Distrital

Podcast

La contingencia de salud que experimentamos, cuyo impacto ha sido local y global, ha confirmado que el modelo de desarrollo competitivo abandonó la idea del *buen vivir* que recoge el espíritu del encuentro en comunidad. En los contextos educativos ha sido una época de temores, desaciertos, aprendizajes y transformaciones. La educación rural de Bogotá tiene mucho que contar y que mostrar sobre las ausencias y las resistencias; sobre las esperanzas y las posibilidades. Aquí, hay una muestra de ello a partir de la escritura de cuatro mujeres, maestras y habitantes de la ruralidad bogotana del borde norte, en Torca; del occidente, en Salitre de Suba; del sur, en Mochuelo Alto y del oriente, en Aguas Claras. Compañeras y cómplices de muchas jornadas en otros tiempos y espacios. Cuatro vidas distintas unidas en el compromiso y en la experiencia de mostrar que, desde la educación rural de Bogotá, también se tiene la potencia de transformar realidades.

¡La vida en la pandemia o la pandemia en la vida

Sonia Liliana Vivas Piñeros

Por estos días, es acostumbrado usar las expresiones *antes de la pandemia* o *después de la pandemia*. Es como si el tiempo y, de paso la vida, se partieran en dos. Como si no se siguiera la secuencia, como si el día y la noche hubieran tomado una existencia diferente; como si no existiera el marco temporal del *durante* que es el presente.

Antes de la pandemia. Un día de mi semana laboral empezaba sobre las 4:00 am. Para alistar mi viaje diario a la sede rural de Torca, en la localidad de Usaquén, donde soy profe hace ya nueve años, primero asumía el oficio de ser mamá. Junto a mi compañero, alistaba a nuestro hijo de casi ocho años, quien sobre las 5:15 a.m. estaba atento al pitazo de su ruta escolar para ir a su escuela; mientras me hacía los últimos retoques para salir a la mía. A mitad de camino entre la escuela de mi hijo y la mía está la de mi compañero, quien también es profe. Tres escuelas se encuentran en el mismo nido que hemos construido y que llamamos hogar. Ya cuando la claridad del día había ganado ventaja en los cerros nororientales, comenzaba la aventura de contar con la suerte de que el SITP de alguno de los dos buses que me sirven, pasara pronto. Era como una feria de rifas, juegos y espectáculos: A lo lejos, un 782, que no me servía. De repente, un E-49 que tampoco llegaba hasta mi destino, el extremo norte por la autopista. Y por fin asomaba un T-11, que luego de tanta espera venía escoltado por el 736, las dos únicas rutas que me servían pasaron como bólidos, ignorando la señal que casi como auxiliar de pista de aeropuerto les hice para que se detuvieran. Esa creación horrible de la humanidad para medir el tiempo me avisa que ya falta poco para las 5:45 a.m.; ya estaba pensando en llamar a mi monitora de la primera clase, cuando avisté un 736 que me ofreció una parada tranquila y la posibilidad, bien extraña, por cierto, de irme sentada.

Mi ruta tomaba un trayecto de la avenida novena desde la calle 153 hasta conectar con la calle 170. De ahí,

la Autopista Norte me llevaba a la transición entre el mundo urbano de trancones y ruido hasta la espesa nube de niebla mañanera de una parte de la Sabana de Bogotá, donde los edificios conviven con vacas, donde las casas se van acabando para dar paso a pastizales y barriales, donde empiezan los concesionarios de multinacionales que exhiben los autos último modelo que van a adornar la opulencia de quienes más tienen; y también donde hay campos llenos de flores, imágenes religiosas, recuerdos y memorias de quienes ya no habitan este mundo. Tuve suerte, no hubo trancón; conseguí llegar con tiempo a la Autopista Norte con calle 222 para iniciar el último recorrido que me llevaría a mi escuela; porque en el mundo rural, incluso ese que sobrevive en la gran ciudad, los buses casi nunca nos dejan en la puerta del destino.

Iniciaba la caminata por una senda no pavimentada y solitaria, que me conectaba con la práctica ancestral del silencio, interrumpido solamente por el canto de los pájaros o el silbato que anunciaba el paso del tren de La Sabana. Observaba los cristales de hielo en el pasto de la orilla del camino y el vaho saliendo de mi cuerpo como protección al intenso frío, que se colaba a través de la bufanda escogida para ese día. El ruido de la autopista se hacía lejano y me adentraba hacia el oriente, acercándome a la cadena de montañas que hace un rato, esperando el bus, me avisaba que el sol ya estaba saliendo. Y entonces, veía mi montaña favorita en toda esa cadena de verdes, la que custodia la sede rural en la que, mientras enseño, aprendo y me divierto. Llegaba a la carrera séptima, que me devolvía al ruido, aunque ocasional,

del tráfico que pasa en dirección a los pueblos de la Sabana. Ya eran las 6:20 a.m. y entraba a la sede rural de Torca, estaba a diez minutos de iniciar la jornada; me apresuraba para pasar por la sala de profes, saludaba a quien me encontraba, descargaba mi mochila y me servía una buena y generosa taza de café, hecho por algún alma caritativa de esas que estaba condenada a llegar antes de las 6:00 a.m. por el pico y placa. Con mi taza humeante, estaba lista para hablarle a cada estudiante de los mundos desde las Ciencias Sociales, a cuestionarlos, a ayudar a construir unos nuevos.

Me dirigía al lugar que desde el inicio de año construí con esmero poniendo frases que desataran la imaginación y la utopía, pegando mapas y ubicando artefactos que ambientaran las dimensiones del tiempo y del espacio. No eran solamente cuatro paredes, el techo, la puerta, las ventanas, los pupitres y demás enseres que se van poniendo en el inventario, encabezados con el nombre de aula o salón; para mí, ese espacio era un refugio porque allí siempre había esperanza; y ahí estaban, afuera o en el corredor de la entrada, como lo recuerda una célebre tonada de mi generación: *algunas caras largas, otras de inconformidad*. Pero también entre esas caras, estaban las beligerantes, las soñadoras, las alegres. Desde allí, la ruralidad del borde norte de Bogotá me regalaba la visita casual de las ardillas, que llegaban al jardín que estaba al frente de mi refugio. La posibilidad de sentir y respirar el aire de la montaña poderosa, mi preferida, la que tiene un

sendero que nos llevaba cuesta arriba hasta un mirador de la Sabana de Bogotá donde las clases no necesitaban más que los sentidos. El trabajo místico de la siembra y la cosecha en la huerta escolar que ocasionalmente me permitía llevar lechugas, rábanos, zanahorias o hierbas aromáticas hasta la mesa de mi nido. La vista de los jardines florecidos, cuidados entre profes, estudiantes y sus familias, que le daban significado a la modalidad de aula abierta y a eso que llaman *comunidad educativa*.

Me maravillan las memorias de las luchas de esos suelos y cimientos, que han visto pasar generaciones desde las primeras décadas del siglo XX, cuando era la escuela de entonces, sin el peso depredador de la urbanización, una vereda habitada por familias extensas que tenían allí su lugar de encuentro, de fiesta, de misas, de asambleas y de campeonatos deportivos; que ha experimentado el impacto de las políticas educativas que la transformaron en sede secundaria de un megacolegio del barrio Verbenal, que despreció su legado y pretendió acabarlo, pero que hacen parte activa de ese tramo de la historia reciente, que luchó por su supervivencia. La comunidad que ha pasado por esas aulas defendió el ímpetu de la oferta educativa rural, logrando una reorganización institucional que le separó de esa administración y la puso desde hace cinco años como parte de un colegio que ha comprendido la necesidad de valorar la potencia de lo que en ese lugar se construye cada día. En el conjunto de esta diversidad del espacio y su historia, de las personas que allí compartíamos una parte de la vida, estaba el sentido de ser profe, lo que quise ser desde que enseñé a leer y

a escribir a mi hermana y a mi hermano, cuando entre juegos infantiles, descubrí mi vocación, mi oficio y mi profesión.

Eso fue *antes de la pandemia*. Porque esos días de tantos verdes, inclementes fríos mañaneros e intercambios de café, sonrisas y lenguajes, se transformaron. Y vino entonces este tiempo presente, *la pandemia*, el pedazo que une las dimensiones del *antes* y el *después*; el que estamos viviendo, del que estamos aprendiendo. Ahora la vida tiene otros ritmos. Mis días ya no inician sobre las 4:00 a.m. sino sobre las 6:00 a.m. Las escuelas de mi hijo, mi compañero y la mía habitan diariamente el nido que hemos construido y que llamamos hogar. Las angustias del tráfico ahora son reemplazadas por la inquietud de la conectividad a internet en los dos equipos portátiles y los dos teléfonos móviles que tenemos. Por las ventanas veo la cadena montañosa a la que pertenece mi montaña preferida con su sendero, pero desde aquí no la veo. Llevo meses sin experimentar la soledad del camino sin pavimentar, el café, el saludo a mis colegas, y el encuentro físico con los universos de caras que a diario me enseñaban aquello que ahora hace presencia tras una pantalla, desde una plataforma de comunicación en la red. El disfrute de la visita de las ardillas fue canjeado por las sonrisas y los mimos de los hombres de mi nido, compartiendo los afanes, pero también las comidas, los juegos y las jornadas de cine familiar en casa.

Las clases que antes daban apenas tiempo para ir por otra taza de café y, de pronto, una escapada a la tienda escolar, ahora se combinan con actividades hogareñas. Porque eso de las tareas del cuidado de mí misma, de quienes amo y del nido, sí que han sido una pesada realidad cuando el espacio laboral es el mismo espacio vital. Yo, aquí no sólo soy la profe de Sociales, soy la mamá que ofrece apoyo en las clases diarias que tiene mi hijo desde casa, soy la compañera que comparte el afán de descongelar lo que vamos a cocinar sobre medio día, que, en defensa de la limpieza, va hablando de organizaciones sociales en el tiempo y en el espacio desde el audífono conectado al teléfono móvil, mientras va dejando ropa en la lavadora. Soy una usuaria más de alguno de los dos equipos portátiles que espera su turno para organizar sus clases con presentaciones y argumentos. Los minutos que antes me perseguían esperando las dos únicas rutas que me servían para llegar a Torca, esos que se distinguían con claridad con cada cambio de clase hasta anunciar el final de la jornada, ahora se hacen presentes conectando la mañana, la tarde y a veces la noche, en una cadena de tareas, de esas que no dan espera y que aparecen de manera simultánea reclamando el don de la ubicuidad. Ese tiempo que hay que dedicar a diligenciar formatos de seguimiento y evidencias que, desde el pesado discurso de la *calidad*, en el papel justifican el mundo ideal de la competencia, del nivel académico, de la cobertura y la permanencia, pero que se caen y se rompen en pedazos cuando se estrellan con las realidades que esta contingencia de salud ha evidenciado.

La práctica, que se hace costumbre, de reunirse desde las pantallas con colegas, padres, madres, acudientes, cuidadoras o cuidadores se mezcla con la programación de encuentros asincrónicos y sincrónicos con estudiantes, que me devuelven momentáneamente las voces y las caras juveniles que tuve en mi refugio presencial y me permiten viajar de otras formas por los mundos de las Ciencias Sociales. Todo ello se conecta con el oficio de revisar trabajos llenos de actividades, enviados por cada estudiante que desde su espacio vital se las ingenia para cumplir, a pesar de que en muchos de sus entornos familiares ha llegado o se ha agudizado el desarraigo, el desempleo, la enfermedad, la carencia no sólo económica, sino también emocional y afectiva. Porque, en la ruralidad del borde norte de la capital hay, de igual manera, como se titula una célebre y reveladora canción, *casas de cartón*. A pesar de tantos afanes, defiendo la soberanía de todas las dimensiones que me componen desde lo que siento, pienso y hago. Por eso, mi formación sindical y también en discursos y prácticas de género, me permite ampliar las miradas, las experiencias y la agenda de mis reivindicaciones.

Mi nido le ha hecho lugar al refugio que tenía en Torca; ese que hace meses no habito y que ahora está cerrado físicamente, pero que en el aprendizaje desde casa sigue abierto para construir esperanzas y posibilidades, empezando por mostrar con crudeza las históricas desigualdades, no sólo desde los materiales pedagógicos y recursos didácticos, sino también desde la intimidad y la realidad de cada techo de esas caras que añoro.

Y aunque no hay certeza sobre lo que será la vida *después de la pandemia*, ese espacio temporal del *durante* ha dado otro sentido a la cotidianidad que asumía como normalidad. Esa normalidad ha revelado su carácter contradictorio porque se muestra dinámica y diversa. La necesidad de fortalecer mi vocación, mi oficio y mi profesión me ha cruzado con colegas que han pasado a ser cómplices en aventuras de innovación curricular, que se tejen teniendo desde el fondo las voces y los ritmos familiares, desafiando las agendas y las formas convencionales de hacer jornadas pedagógicas donde con música, sonrisas, chistes, e incluso alguna bebida, brindamos a través de una pantalla, por creer que la educación rural en el borde norte de la capital está viva, a pesar de que los verdes, los aires y los suelos de Torca por ahora solo nos habiten en las memorias de los sentidos. Y cuando todo esto se cruza, es cuando no sé si la vida está en la pandemia o la pandemia está en la vida.

Esa sociedad que se revelaba

Francy Julieth Gómez Tocarruncho

Cada clase se ha multiplicado por tres: La primera versión de la clase ocurre cuando la preparo frente a la computadora y el celular, en el momento en que alisto los audios pregrabados con los videos y fotografías de apoyo; la segunda, cuando llega la clase a manos de la madre, el padre o entorno cuidador del niño o niña; y, finalmente, la tercera ocurre cuando llega a cada estudiante del colegio rural Mochuelo Alto. Además de una relatividad del tiempo que se alcanza a percibir, existe una relatividad de la comprensión que hay de esa primera clase. Para que la propuesta de la primera clase llegue a su destino, la profesora o el profesor, las y los acudientes, y las niñas y los niños deben sobrepasar una serie de obstáculos y barreras.

El miércoles 29 de abril de 2020, me escribió una amiga preguntando por mis estudiantes:

- *¿Viste las noticias anoche?*
(Yo no entendía muy bien a qué se refería). - *No, la verdad me acosté temprano.*

Ya empezaban a pasar por mi mente situaciones de desalojo en los barrios altos de Ciudad Bolívar, derrumbes, catástrofes, o cierres de vías causados por la situación. En días pasados una madre de familia me envió un video que mostraba cómo se reunían las personas sobre la avenida Boyacá para detener los camiones con alimentos.

- ¿Qué sucedió? Le pregunté.
- Por noticias mostraron que hubo un deslizamiento, un derrumbe en Doña Juana. –Respondió-
- ¡Ay! Juepu...

Es el tercer deslizamiento que se registra en los 23 años que tiene la Juana, el vertedero de la ciudad. Y cómo no, si son más de seis mil toneladas las que la alimentan a diario. Son sus vecinos y vecinas quienes reciben todos sus malos olores, vectores y plagas. Sentí rabia, tristeza, indignación; yo también he sentido esos olores fétidos, nauseabundos, olores de esos que te alertan que has dejado pasar el carro recolector y que ya no da más, que cuando levantas la bolsa, un líquido asqueroso saldrá de ella y el olor será tan penetrante que difícilmente te será posible sacártelo de encima. Imaginaba a las niñas y los niños, a las madres y los padres y las familias enteras encerradas, sin trabajo, sin alimentos, sin entender lo que sucedía, espantando las moscas de sus platos de comida.

La semana del derrumbe, la propuesta de las clases se desarrollaba en torno a los derechos de la infancia y se emprendía una estrategia institucional, la huerta escolar en casa. No dudé en replantear lo preparado para el día:

- Buenos días. Hoy me siento muy triste y enfadada por lo sucedido en Doña Juana. Justamente, el derecho que vamos a trabajar hoy es el derecho a la salud y a un ambiente sano para vivir mejor. Quienes deseen manifestar sus opiniones sobre la situación, deseo escucharlas y escucharlos.

En ese momento los titulares de los noticieros del medio día anunciaban que el deslizamiento no tendría afectaciones en el servicio de aseo y recolección de residuos de la ciudad. Yo no pensaba en las cifras de los casos de COVID-19, en las muertes o en las recuperaciones; pensaba en las calles destapadas de Barranquitos (un barrio de Mochuelo Bajo), en las casas prefabricadas del sector. Recordaba a doña Sofía y a su esposo don Gabriel trabajando en su huerta en la vereda de Mochuelo Alto, ya tan mayores, teniendo que oler toda la corrupción y el mal manejo de los operadores del relleno. Sí, la corrupción tiene olor, ese olor es 100% a botadero, desagradable, apestoso, a lixiviado, a vómito, a basura, a mierda. Otros medios de información expresaban que se prendían las alarmas en el relleno sanitario. La verdad, las alarmas están prendidas hace años, pero parece que nos acostumbramos a escucharlas entre las retroexcavadoras del botadero, los camiones recolectores y los cantos de las aves del ecosistema de pre-páramo y páramo, propio del corregimiento.

Mientras tanto, las familias solicitaban tapabocas, los platos amarillos y las cintas que con adhesivos atrapan las moscas y sin distinción, a todos los insectos del sector. Una señora en Mochuelo Alto decía que el olor era tremendo; otra contaba que había comprado 26 pollitos y las ratas le dejaron seis. Son ratas que pueden llegar a pesar una libra, se comen las gallinas y los pollos;

afectan los cultivos y los animales. Yo no pasaba bocado pensando, recordando, encerrada, no podía hacer nada. La impotencia frente al hecho era enorme y bajo las circunstancias de confinamiento, peor. Me dolía el estómago y la cabeza. No quería nada.

En el mundo paralelo del WhatsApp, ventana a través de la cual se mantiene conexión con el mundo, se empezó a desplegar desde la noche anterior una conversación en el grupo *Docentes Mochuelo Alto*, en el cual se trasmitía e informaba sobre la situación, lo que a cada uno le llegaba desde los diferentes medios informativos, desde las familias de las y los estudiantes y de cada docente, la mayoría, habitantes de la localidad de Ciudad Bolívar. Describían cómo hasta en sus casas se sentían los olores. En la noche del 28 de abril empezó el cuestionamiento por la situación, en manos de la docente de danzas, quien vive en Bosa, otra localidad de la ciudad de Bogotá.

El profesor de Música, que vive en Soacha, municipio aledaño a Bogotá, contestó que había sido alrededor de las 8:00 de la noche, que lo había escuchado en noticias; mientras la profesora de primero escribía:

-Yo que vivo acá prácticamente cerca, olía horrible, no me imagino allá. Ella vive en la localidad de Tunjuelito. La profe de cuarto B expresaba que eran muchas cosas a la vez. La docente de Educación Física, que vive en Ciudad Bolívar, por la zona de San Francisco, salió a la terraza de su casa y nos contó que olía demasiado.

- ¿Se imaginan entonces cómo estará en Mochuelo? Seguro debe sentirse muchísimo. -Decía.

Las caritas con lágrimas, los emoticones rojos con expresión de enojo y los que expresan tristeza eran el código frecuente de conversación a lo largo de la ventana del grupo. Las familias de Mochuelo Alto, hasta las que viven en San Joaquín, expresaban que el olor a basura y a gas era terrible. La indignación por lo acontecido se convirtió en una sola, por Twitter ya había varios pronunciamientos. Se pidió indagar con las familias sobre las distintas condiciones, se generaron redes de apoyo y se habló de una reflexión pedagógica desde el territorio. La verdad no era que todo se debiera al COVID-19, más bien a la situación de encierro, que en un inicio fue sin excepciones, pero más adelante dejó ver la inequidad con la que se vive y puso sobre la mesa situaciones que tal vez antes no eran evidentes para todo el mundo.

¿Conocemos cuáles son los síntomas que produce La Juana? ardor en los ojos, una especie de gripa, en algunos casos un brote, alergia y dolor de cabeza. El COVID-19 también produce dolor de cabeza, pero ya se habla de una vacuna para combatir el virus; para los males que causa el botadero de basura no hay vacuna; por el contrario, pareciera que ese mal se extiende como un cáncer intratable y sin remedio. A veces, las condiciones de vida no son una elección para algunos, pero hay que ver qué tipo de elecciones y de condiciones son de las que se hablan. Hemos producido -como ciudad- un basurero encima de donde quedaban en otras épocas, cultivos de

trigo, cebada y fresa. Ahora son espacios inhabitables, pero habitados, porque no hay más o porque quienes sembraron esos campos heredaron sus tierras a sus familias y no piensan ni quieren abandonarlas, no tienen a dónde ir. ¡Qué irónico! De esta zona se extrae el material para la construcción de una ciudad que poco a poco y de forma silenciosa, peor que un virus, la ha ido destruyendo. *¡Pilas! ¡Pilas! ¡Gritan los ñeros!*, dice una canción de Aterciopelados. Estas reflexiones no podían ser pasajeras, debían pasar de ser producto del miedo por la contingencia, la indignación y la urgencia, a ser reflexiones encaminadas a transformar la escuela y su relación con las comunidades que la integramos. La lección indirecta fue retomar, reformular, calibrar el papel de la educación; no para ver los avances de un estudiante, sino para ver y reconocer las dificultades de una sociedad, porque esa sociedad que se revelaba, sí, *revelaba* con V, esa revelación es resultado -también- de las acciones en las escuelas.

Después de lo sucedido, empecé a reutilizar audios y material sonoro para dar vida a un encuentro radiofónico a través del WhatsApp y, junto a mis estudiantes -niñas y niños, con sus familias-, empezamos a reciclar historias, a nutrir la participación desde las experiencias en familia y a tener conciencia de una voz que se manifiesta y no solo escucha, sino que también propone y opina. Hoy, seis meses después del más reciente deslizamiento en el relleno sanitario Doña Juana, cuando bajo de mi casa, que queda en un corregimiento más arriba de la vereda de Mochuelo Alto, me encuentro con uno que otro niño o niña de la escuela. Esos encuentros congelan, no solo

por el clima sino porque uno no sabe cómo saludar, permanece el COVID-19; entonces, aprendimos a sonreír con la mirada y, puño a puño, el saludo se hace sincero. Ya no huele tan feo, pero sigue oliendo, siguen las cintas y los platos amarillos, las moscas y las ratas. Ojalá pronto descubran la vacuna contra el virus, Yo todavía sigo pensando: ¿cuál será la vacuna contra del mal funcionamiento del relleno sanitario Doña Juana?

Mirando la ruralidad en tiempos de pandemia

Erika Alexandra Tole Ruiz

Mi jornada comienza desde el mismo momento en que abro mis ojos en la mañana entre las 6:00 a.m. y las 6:30 a.m. Luego de levantarme, me preparo un té debido a que, al parecer, mi cuerpo interiorizó la crisis mundial y ya no acepta el café, mi motor durante mucho tiempo. Ya estando lista, doy paso a mi actividad laboral, no sin antes pensar en esas mañanas al llegar a la escuela, donde el aire puro de las montañas me saludaba y donde a veces, quejándome del frío, olvidaba el privilegio de sentir la humedad propia de la altitud en los cerros sur orientales de mi ciudad. A eso de las 6:50 a.m. enciendo el computador y sé de antemano que tal vez hoy tampoco conozca con exactitud a qué hora lo apagaré. Mientras inicia el sistema operativo, observo a mi alrededor y descubro de manera consciente que he adoptado, sin notarlo, el mismo espacio para las clases.

Al mirar desde mi ventana en las mañanas diviso las montañas que adornan la multifacética Bogotá, especialmente esa pequeña parte de su contorno compuesto por los cerros sur orientales, identificando ese contraste en sus faldas, el verde natural, el azul del cielo y los colores diversos de muchas casas que a lo lejos se perciben estáticas y que parecen parte de una decoración inducida en el ecosistema. Es precisamente en ese momento, que el pensamiento me lleva a ese lugar a donde la reciente realidad me ha conducido. Ese territorio donde el contraste de las sonrisas de los niños, la tenacidad de sus pobladores, el sonido del naciente Río Fucha, la protección del cerro que alberga la Reserva de El Delirio y las construcciones de la zona de borde urbano-rural convergen. Es aquí donde me encontré las historias de 18 adultos que construyen con sus múltiples saberes la escuela, donde la identidad rural se refunde en una crisis social de la que muchos llegan huyendo y en la que varios actúan dando pasos por sobrevivir.

Es curioso pensar en una ruralidad cercana a la ciudad. Recuerdo que mi primer contacto con ella fue muy significativo; desde el asiento del vehículo que me transportó por primera vez, sentí la angustia de alejarme demasiado de los barrios, ya que me adentraba a una carretera rodeada de árboles, montañas que poco a poco pasaban de ser canteras de extracción a ser lugares de contemplación y en donde se encontraba armonía con la naturaleza. Iniciaba entonces un paisaje único, en donde las diferentes variedades de cultivos de papa, con sus flores de colores, transportaban la mente y el corazón a

una extraña paz. Desde ese instante se generó en mí una conexión profunda con esa parte mágica. Poco a poco comencé a entender que esta solo era una de las distintas ruralidades de mi ciudad.

Trabajar en estas zonas ha sido muy importante para mí. Disfruto del verde de la naturaleza, del frío de las mañanas, del olor a café recién hecho por los vecinos y los silencios que en ocasiones están en el entorno. Es por ello por lo que en medio de los cambios que la vida trae, no he querido abandonar la ruralidad. Este año, a pesar del cambio, continué en el contexto rural, descubriendo una vez más sus variadas transformaciones. En esta oportunidad, es una más cercana a la ciudad, en donde el recorrido diario a mi lugar de trabajo ha sido de los más cortos. El trayecto según Google Maps es de tan solo 20 minutos, lo que uno puede entender como sencillo para llegar, aunque en medios de transporte es más complejo. Solo hay una ruta de buses que pasa a una hora determinada y que si cuenta con muchos pasajeros no recoge a nadie, lo que dificulta abordarlo a una hora específica; hay que esperarlo con bastante tiempo si se quiere tener puntualidad a la hora de entrada.

Desde que abordo el transporte sigo con la mirada y con los sentidos el recorrido, que desde mi casa puedo describir. El trayecto diario inicia por la carrera 50 hasta la avenida Primero de Mayo, que recorre tres localidades desde mi ubicación: Puente Aranda, Mártires y San Cristóbal, donde en el recorrido no hay muchos cambios en el paisaje. En menos de lo que cambian los minutos en

el reloj, se ha pasado ya por el barrio Veinte de Julio, que es el indicador de que rápidamente la avenida empezará a fallecer, iniciando un ascenso vertiginoso por las calles de los barrios, que se empiezan a refundir entre las curvas y en donde la tensión aumenta cuando los vehículos no pueden mantenerse quietos por la altitud del recorrido. En algún momento esas calles comienzan a mezclarse con el sonido del recién nacido Río Fucha, con el verde de los pinos, con algunas plantas nativas y con el retamo espinoso, dando al paisaje un aspecto más natural, más plano y con rezagos de una antigua y total ruralidad. Cuando llega el momento en el que se detiene el bus, sabiendo que he llegado a mi destino, miro al frente de la calle, encontrándome con una puerta de color azul que me da la bienvenida a la escuela. Acercándome a ella puedo ver en su interior siete salones de clase que limitan con un patio pequeño que parece ser de dos pisos por estar sobre la montaña, y que se conecta con un reducido espacio que se pensó para un acogedor parque infantil. Al detenerme con mayor profundidad en el poco espacio es fácil comprender que, desde la dirección, la secretaría, la coordinación, la oficina de orientación, la cálida cocina y la estratégica huerta escolar (que parece estar en la terraza de la construcción como si vigilase el entorno), a diario se tejen sueños, historias y realidades en comunidad.
Los 189 niños, desde preescolar hasta grado quinto de primaria, disfrutan de este lugar rodeado por la montaña, jugando, aprendiendo y viviendo en la fantasía que les otorga la escuela, que para la mayoría de ellos se torna mejor que la misma realidad.

Una mañana, los medios informaban que había llegado el momento que no queríamos que llegara. Recuerdo que, al saberlo, muchos de nosotros sentimos temor. Todos llegamos a trabajar con la expectativa de la noticia, sin saber con claridad qué iba a ocurrir, qué indicaciones recibiríamos y sin saber cómo encontrarnos con los niños en la entrada de la escuela, ya que estaban acostumbrados a recibir el abrazo de sus maestros en las mañanas. Los niños también llegaron con preguntas, recuerdo ese primer día al ingresar al salón de grado segundo, cuando Nicolás me preguntó:

- Profesora, ¿si nos da esa gripa de la que hablan los noticieros, nos vamos a morir?

Basándome en la pregunta de Nicolás hablé con todos los niños en el salón de clases y les expliqué la importancia de cuidarnos, del frecuente lavado de manos, así como del uso del tapabocas. Sin embargo, los niños tenían mucha incertidumbre sobre el acontecimiento y al parecer mis respuestas no fueron suficientes. Pasaron algunos minutos de nuestro diálogo en el salón, cuando abrí la puerta que había cerrado por el frío denso de la mañana. Observé que, de manera casi automática, el grupo de maestros se empezó a encontrar en el corredor con la preocupación de las muchas inquietudes de los niños. Al verme, me preguntaron si me ocurría lo mismo y sabiendo que coincidíamos en ello, decidimos hacer una formación en el patío para aclararles tranquilizarlos un poco.

Al finalizar la formación se nos convocó a una reunión con los directivos de la institución: se había emitido

un comunicado que anunciaba la nueva realidad y que nos orientaba a que como institución encontráramos la manera de acompañar los procesos de los estudiantes. Para organizar ese acompañamiento se describían las características propias de la comunidad. Si bien es cierto que la institución se encuentra en suelo rural, las dinámicas de la población que habita la zona han hecho de este lugar un escenario más cercano al borde urbano-rural. Con estas condiciones de la institución, atender los procesos de los niños y niñas genera inquietudes en los maestros, principalmente en relación con las estrategias de comunicación con las familias, por ejemplo:

- ¿Cómo haríamos para tener contacto con los niños, si en esta zona las familias en su mayoría no tienen conectividad? ¿Qué haríamos con aquellas que incluso se encuentran en las fincas distantes y no cuentan con un celular? –

Inicialmente, acordamos realizar un banco de guías, que al día siguiente entregaríamos de manera presencial a las familias, en donde también aprovecharíamos para darles a conocer las decisiones tomadas como institución. En las guías elaboradas estarían los temas a trabajar y una semana después para retroalimentarlas en la escuela.

Al día siguiente, nos encontramos con las familias en la institución. Los padres de familia hablaban entre sí de la noticia de la llegada del Covid-19 a nuestra realidad.

Algunas de sus afirmaciones parecían explicar la realidad y tenían cierta confianza en una aparente inmunidad a la enfermedad. *-El coronavirus, a los que hemos sido criados en el campo no nos va a dar-* decía don Luis, a lo que doña María agregó con seguridad *–El COVID es castigo de Dios por tanta maldad.*

Al igual que con los niños, en la entrega de guías dentro del salón de clases, les di la poca información que tenía en ese momento con relación a esa nueva realidad, pero también les indiqué lo importante de estar atentos ante cualquier novedad. Por ello les solicité que actualizaran sus datos en la hoja de asistencia, para que en caso de tener que contactarlos lo pudiéramos hacer. Eso mismo hicieron todos mis compañeros. Ese día la jornada laboral finalizó sin niños. Con la salida del último adulto de la institución, los maestros ya listos para salir a nuestras casas y esperando el transporte para llegar a la ciudad, notamos que estaba más demorado de lo normal, descubriendo que se debía a que en las últimas noticias se anunciaba una *cuarentena piloto* en Bogotá. Con el paso de los días, la cuarentena pasó de ser *piloto* a *estricta*, y paralelo a ello surgieron las emociones propias por miedo al contagio. Era muy difícil no sentir el dolor por la realidad social que se describía en los medios de comunicación y que hacía visibles en muchas casas que colocaban una bayetilla de color rojo en sus fachadas como símbolo de escasez, pidiendo ayuda. Esto me hacía pensar en la realidad de las familias de los niños. Supe que era un pensamiento compartido en las conversaciones con mis compañeros, así que aprovechando los datos que se habían actualizado de

las familias el día de la entrega de las guías, comenzamos a buscar la forma de contactarnos con ellas. La tarea no fue fácil, algunos solo pudieron encontrarlas luego de dos o tres meses. Se sabía que muchos pasaban por situaciones difíciles. Cuando hablé al inicio con algunos de los padres, estos expresaban la angustia que sentían más que por el contagio mismo, por la escasez que empezó a aumentar. Recuerdo particularmente a la Señora Martha cuando me manifestó:

- En el encierro ha sido difícil conseguir el alimento, no tenemos ayudas-

Tanto ella como sus hijos no tenían qué comer.

En esos momentos pensé que la manera de poderles ayudar era con la implementación de una estrategia sencilla para las actividades académicas de los niños y que estas no se convirtieran en una carga más en su difícil realidad. Por ser una zona de borde, muchas prácticas rurales se han ido desvaneciendo; son pocos los padres que siguen las labores de la agricultura como antes. Sin embargo, algunos de ellos me contaban a través de las llamadas telefónicas cómo se ayudaban con los productos que cosechaban en sus huertas caseras o con las pocas gallinas que otros tenían. Pasado mes y medio, ya había podido hablar con todos los padres de familia, estableciendo en conjunto la estrategia del envío de actividades diarias, teniendo presente el horario de clases propuesto desde el inicio del año, a través de WhatsApp. Se definió también que durante el día se harían retroalimentaciones con los niños y se solucionarían las inquietudes que se tuvieran.

Ya en mi hogar, con el transcurso de los días revivía en mi ser la imagen de esa ruralidad que aún me falta por conocer a profundidad. Y tuve en ocasiones el sinsabor de no haber conocido pronto la Reserva de El Delirio, de la que ya me habían hablado y que habíamos proyectado recorrer. Con este panorama me ubico en un día normal dentro de esta anormalidad, en la que desde hace casi 8 meses intento organizar mi relación espacio-temporal con la pandemia y mi ser docente. Me ubico de la misma manera y descubro sin darme cuenta, que mi mente ha establecido una relación de mi vida personal con la laboral, ya que, aunque sigo trabajando, esto lo debo delimitar en un mismo espacio con mi ser de mamá, de estudiante, y hasta de cuidadora de mi amigo canino Potter.

Cuando llega el momento de revisar el correo y el WhatsApp y hacer las llamadas telefónicas de rutina a los padres de familia, encuentro muchas de las inquietudes de mis estudiantes o de sus cuidadores. Para muchos de ellos ha sido difícil este mecanismo; doña Mary en cada llamada que le realizo, me comenta que no cuenta con el dinero para recargar constantemente el celular y que, por ello, su hijo no ha podido realizar las actividades. Jaime me dice que no entiende la tarea, la que debo explicar por teléfono, y don Carlos y yo compartimos la angustia de que pasa el tiempo y Sara nada que aprende a leer.
A través del grupo creado en mi celular no solo envío tareas, también elaboro audios explicando temas, busco videos que comprimo para que la descarga no quite muchos datos, y en ocasiones desarrollo actividades con los insectos, tema que empezamos al inicio del año como

proyecto de nuestro curso y con el que pretendía que los niños reconocieran esa ruralidad en la que se encuentran y que cada vez se ve más difusa por la realidad. Al tiempo, encuentro entre toda la serie de mensajes, las citas a las múltiples reuniones virtuales, en donde la información es diversa, pero atiende a una misma realidad: La Escuela.

Así transcurre la mañana, no sin antes distribuir mis labores con las preocupaciones hogareñas como la de preparar un almuerzo nutritivo, de manera ágil, revisar cómo transcurren las clases de mi hija, que en medio de la virtualidad siente que ha perdido su espacio de socialización y afirma estar aburrida y cansada, además de notar en sus ojos la tristeza de ver cómo su último año de escolaridad cambió sus expectativas por la pandemia. Sin notarlo llega el medio día, espacio que además de permitirme retomar energías a través del alimento, se convierte en el tiempo preciso para hacer una pausa y para continuar, con mayor entusiasmo, la jornada que ya terminó pero que en esta época continúa. Mientras tanto aprovecho para pensar en lo dialogado con las familias, que además de contarme muchas de sus realidades, me permiten adentrarme desde la distancia en la zona rural; han descrito lo valioso de estar encerrados para la naturaleza. Dicen que el río está menos contaminado, algunos ven más aves volar por los cerros y las plantas crecer más libres.

Retomo las actividades en la tarde. Ya no es mi jornada laboral, pero sé que muchos de los padres de familia no han podido comunicarse en la mañana y por ello

continúo con mi trabajo, ubicándome otra vez en el mismo lugar. El computador y toda su información son los cómplices cercanos de mi nueva realidad hasta altas horas de la noche. La revisión de las tareas de los niños y las niñas, la organización de clases, la elaboración de guías, los informes, las agendas de reunión son alumbradas por la luz de la bombilla, cuyo reflejo hace que mi mente y mi corazón evoquen y añoren la presencialidad de la escuela, la ruralidad y la interacción con la comunidad. Han pasado ocho meses de pandemia, en donde todos los días en medio de la nueva rutina, me conecto con la ruralidad. Y aunque tengo los brazos cansados, los ojos irritados y la expectativa difusa, creo que es necesario apostarle cada día más a formar seres conectados con la realidad, críticos, respetuosos de la naturaleza, amantes del campo y de sus raíces.

Este recorrido por el territorio, las reflexiones de los maestros, las voces de las familias y mi sentir desde la distancia ha llegado a mis pensamientos al mirar desde mi ventana las montañas de los cerros surorientales donde se encuentra mi escuela rural.

El año en que la escuela se cerró

Diana Patricia Castañeda Cárdenas

Hasta ese día de marzo mi jornada iniciaba a las 12:20 p.m., cuando cruzaba el humilde portón que aparecía de repente, al bajar la Conejera por la calle 170, casi invisible entre los tantos árboles que le rodean. Iniciaba el recorrido por un pasillo adornado con un mural sobre la mitología muisca que pedía una pronta restauración, al final del cual, me encontraba con el sendero de arbustos que forman un caminito de gamas infinitas de verdes y con una infinidad de macetas cargadas de fragantes flores rojas, amarillas, naranjas y violetas que año tras año fueron donando los alumnos al proyecto rural y que se quedaron sin la presencia de los jardineros aplicados que día a día cuidaban de ellas. Este trozo de jardín eternamente colorido dejó de alegrarse con el murmullo de los y las estudiantes que lo recorrían; y yo empecé a extrañar el sabor de café endulzado de tardes arreboladas despuntando por los predios de la Reserva Van der Hammen. La escuela quedó deshabitada sin los cuerpos corriendo presurosos a los salones; sin los balones que se escapan tras la reja que sirve de frontera entre el colegio y la avenida Cota, y se pierden entre las ruedas de los autos, buses y camiones que vienen y van con su sonido infernal, dejando a los chicos aburridos mirando entre las rejas.

Entonces la escuela se cerró y tras las puertas emergieron las preguntas. Confinados en nuestras casas, ¿por cuánto tiempo estaríamos así? Afuera estaba el virus al acecho,

¿cómo iríamos a enfrentar esto?, ¿con qué medios? Allá, las familias y los estudiantes también se ocultaron, ¿qué haríamos para contactarlos? Así, los profesores nos encontramos padeciendo nuestra ignorancia informática; nuestros equipos tan añosos como los del colegio se resistieron a soportar el trajín de las plataformas digitales y dejaron de funcionar, ¿cómo íbamos a trabajar ahora?

Entonces la escuela se cerró y ya no volví a ver a mis estudiantes, y tras la nostalgia por el lugar vino la angustia por saber de ellos, especialmente por los desaparecidos por la pandemia que me recordaban a los desplazados de otros tiempos por la guerra. Pero la guerra tiene muchas formas: una, la que padecen los migrantes que habían llegado del país vecino con la esperanza de encontrar una mejor vida, y ahora tuvieron que devolverse sin avisar que dejarían de estudiar, porque aquí las cosas no eran como ellos habían imaginado; otra, la de los chicos llegados de regiones apartadas del país huyendo de las fronteras invisibles trazadas por los narcos en sus territorios, ahora esquivando el contagio de un virus en la soledad de las habitaciones desnudas.

Quedamos aislados, la pandemia puso fronteras a nuestros diálogos, puso límites a nuestras voces y barreras a nuestros deseos. Se erigieron las ausencias y las sospechas; tuvimos miedo de descubrir en la pantalla del móvil o del PC a un hacker; tuvimos miedo de quedarnos sin alimentos, sin escuela y sin estudiantes. En realidad, esto del miedo no fue algo nuevo. Porque desde que trabajo en el Distrito siento que en la escuela se perfilan muchos

miedos, como el miedo a la voz del estudiante, como el miedo al poder de las pequeñas comunidades. El colegio rural, pegadito a la ciudad, sufre de los males que ella padece; las pandillas y el microtráfico no son ajenos en estas comunidades, y la escuela no tiene herramientas para afrontarlos ni para evitarlos. Por eso, la maestra *M*, cuya vacante yo llegué a ocupar fue *retirada discrecionalmente*, por intentar abrir las puertas al territorio, por querer generar diálogos de paz entre los chicos del colegio y los de la pandilla que los asediaba, por intentar tender un puente de la escuela a la comunidad, por querer hacer parte de la siembra. Por eso, cuando yo llegué, se me dijo de manera enfática que *no me metiera en problemas de afuera*. El lío es que el *afuera* ya está *dentro*, aunque la escuela tenga las puertas cerradas.

Y entonces la escuela se cerró, y a diario nos reuníamos con los compañeros docentes, directivos y orientadores a improvisar soluciones, a llamar a los amigos de otros lados para ver cómo lo estaban haciendo ellos y resulta que todos andábamos en el mismo río revuelto desde hacía rato y no nos habíamos dado cuenta. Porque en pandemia se decretó el cierre, y fuimos a cuanta conferencia virtual sobre *educación en tiempos de coronavirus* apareció; comparecimos juiciosamente ante toda capacitación que ofreció la Secretaría de Educación; presenciamos todos los viernes el programa de la viceministra que le preguntaba a todo el mundo qué hacer, porque ella, al igual que nosotros, tampoco sabía cómo resolver el entresijo de esta etapa tan compleja como novedosa; porque definitivamente el Estado

siempre ha estado desconectado de las realidades de la escuela. Lo mejor de este tiempo ha sido para algunos habernos declarado indisciplinados y haber decidido juntarnos con distintas voces para pensarnos nuevamente aquello de la evaluación; nos ha llevado a unir nuestras voces, algunas veces al calor de un tinto virtual para hallar la manera de hacer de la escuela un lugar de acogida.

Y así, con la escuela cerrada empezábamos a encontrar las formas para posibilitar el reencuentro con nuestros chicos. El primer encuentro fue realmente emotivo, no fue en la escuela deshabitada, sino en una plataforma digital donde los *hackers* tal vez se enteraron de que si algo tenemos los profes no es dinero, sino cuentas por pagar. Pareció una visita a un pariente lejano pero amado, a quien se le quiere y se le extraña, y si bien no estábamos en el mismo lugar físico, la calidez de las voces nos devolvió las presencias. Hablamos de pandemia, de padres y de madres preocupadas por las pérdidas; de la felicidad de tener por fin tiempo para estar con los seres amados, para aprender a cocinar, para aprender a valorar, para aprender a convivir. En este ir y venir por los encuentros virtuales aparecieron los temores, los escepticismos, las bromas, los hermanitos y los sonidos cotidianos de las casas y de las familias. El aislamiento fue clave en ese encuentro siempre ansiado entre escuela y familia. Pero no todo fue miel sobre hojuelas, porque me encontré al final de las charlas con algunos personajes que no querían cerrar la conversación, y esperaban a que los demás hubieran abandonado la sala para hablar de violencias de género, de maltrato

infantil, de soledades, de las tristezas, de separaciones, de depresiones, de angustias. En las reuniones de jornada, la orientadora nos ponía al tanto de los chicos que iban quedándose huérfanos, de aquellos que estaban perdiendo la esperanza, las ganas y el sentido por la vida. Y embargados por la impotencia y la indignación, tratábamos de unir fuerzas para brindar apoyo, pero a la distancia, sabíamos que era insuficiente.

Entonces la escuela se cerró, pero también la papelería y la canasta familiar. Fue no tener materiales para hacer los trabajos de artes, ni de matemáticas, ni de química o física, ni de nada. En ese momento se me ocurrió volver a lo básico pero fundamental de la escuela a la que fue mi padre: Lápiz y papel para *"anotar lo que dictaba la maestra"*, y que a los padres de familia les parece que debe ser lo primero en la bolsa escolar, y que era de lo único de lo que muchos estudiantes disponían como herramientas de artes. Se me ocurrió poner en práctica algo que siempre he pensado como docente de artes, y es que, para hacer arte no es necesario eso de pintar o de dibujar solamente, que la literatura también es arte, que leer y escribir, aparte de comunicar, es un ejercicio del campo de la estética y de la creatividad. Así, armados de lápiz y papel les dije a mis estudiantes: - *Vamos a escribir biografías.* Y así me enteré de dónde y cómo se gestaron esas historias de vida, cómo se enamoraron papá y mamá, cómo fue la escuela de la primera infancia. Escribieron de pilatunas y accidentes, de amores y abandonos, de clases y maestros, de infancias y adolescencias, de sueños y futuros. También confirmé que, en este país, las mujeres

casi siempre están solas con sus hijos, bien porque se les acabó el amor por la pareja o porque huyeron de las garras del abuso, o simplemente porque un hijo no estaba en los planes de un hombre que prefirió irse.

Recrearon álbumes musicales familiares y así me enteré de los gustos musicales de los padres, los abuelos, los tíos y los novios. Ellos encontraron que, con la música, las personas le ponían cara y color al amor, al despecho, a la nostalgia, al erotismo, a la alegría y a cualquier emoción o pasión que no se puede expresar de otra manera. También hallaron en esas indagaciones familiares retazos de historias ocultas, pedazos de identidades que se iban develando.

Y entonces la escuela se cerró, por la pandemia, dijeron. Pero lo cierto es que mucho antes la escuela ya estaba cerrada.

Escuela a la carta: Prácticas de coordinación en tiempos de coyuntura

Red Distrital de Directivos Docentes Coordinadores Investigadores (RED-DDCI)

Podcast

El coordinador y la pandemia…

Como es habitual en la vida, las cosas pasan cuando menos lo esperamos. Sin aviso y sin tregua, un día fuimos testigos de cómo la vida en el mundo entero cambiaba de forma radical, poniendo de cabeza nuestros planes y dejando emerger nuestros mayores miedos. La muerte, a la que siempre ignoramos, aunque es la única certeza, se presentaba amenazante bajo la forma de un virus que paulatinamente fue deteniendo el globo terráqueo. Con asombro, un día tuvimos que refugiarnos en nuestras casas y el tiempo, que hasta ese momento parecía no alcanzar, se congeló en un instante eterno que nos envolvió en incertidumbre y caos. Nuestra primera reacción fue de miedo, la segunda, demostró valentía y arrojo para enfrentar lo que estaba sucediendo, tal vez, como un mecanismo de defensa para evitar que ese miedo, que parecía paralizarnos, no terminara por arrastrarnos.

Todos los que desarrollábamos nuestra labor al interior de las instituciones educativas gestionábamos dos procesos de manera simultánea: por un lado, sorteábamos como podíamos las dificultades, angustias y temores de nuestra propia sobrevivencia y la de nuestros seres queridos. Aunque el riesgo era latente, era imperativo el recobrar la cordura, mantener la calma y tomar las precauciones necesarias en los hogares para afrontar el tiempo de aislamiento de la forma más segura posible. Al mismo tiempo, era nuestra responsabilidad encontrar caminos

que permitieran que la escuela siguiera en funcionamiento, conscientes de la relevancia del papel de la misma en las comunidades, en su incidencia en procesos tanto formativos como sociales, debíamos encontrar la manera de no perder el contacto; de decirles a nuestros niños, niñas y jóvenes que no estaban solos. En ese escenario, se hicieron visibles, particularmente desde nuestro rol, dos elementos que nos caracterizan: la obsesión por el control y el descuido de nuestro propio bienestar.

Desde los imaginarios sociales, los directivos docentes no podemos equivocarnos; debemos adelantarnos a los acontecimientos y siempre estar en condición de tener una respuesta oportuna para las situaciones que se presenten. Esta presión nos genera mucho estrés y, paulatinamente, se nos convierte en una lucha interna, porque nos cuestionamos y exigimos continuamente, para tratar de cumplir con las expectativas que sobre nosotros han puesto las normas y los estereotipos que nos regulan y definen.

Personalmente – dijo la coordinadora Nini Johanna - *esta situación imprevista con el tinte de incertidumbre, de no futuro, me ha hecho reflexionar sobre el control que a veces los adultos, padres, profesores, queremos tener sobre los más pequeños, y sus vidas; ¿de qué nos ha servido esta situación?: Soltar. Soltar los apegos emocionales y liberarnos, aun cuando estemos encerrados en nuestra propia casa; liberarnos de agradar y en cambio disfrutar.*

El control deviene de sentir que somos responsables de todo y de todos, y que no podemos descuidar ningún

aspecto de nuestro quehacer, porque nuestra buena o mala gestión afectará a muchas personas, en especial a nuestros estudiantes. En tiempos de pandemia, esta situación se agudizó aún más al enfrentarnos a situaciones completamente inesperadas, pero, en muchos momentos, la vida nos hizo comprender que, a pesar de nuestros esfuerzos, no podíamos controlar todo lo que ocurría. El segundo elemento que nos caracteriza se da como resultado de lo anteriormente descrito, al asumir la responsabilidad de tantos procesos y acciones que hace que el cuidado de nuestro propio bienestar quede relegado a un segundo plano:

…ya no tengo tiempo – se quejó la coordinadora Yeins. *Me he ocupado de tal manera que a veces me descubro trabajando hasta altas horas de la noche.* - comentó la coordinadora Liliana, a lo que la coordinadora Mary Sol agregó: *Siempre hablo conmigo misma, un tema muy recurrente en esta pandemia.*

El exceso de trabajo, el priorizar lo laboral sobre urgencias personales y laborales es un lugar común, es una dinámica poco sana, pero recurrente y con el tiempo poco a poco mina los cuerpos y las mentes; es como si el afán por colaborar nos hiciera olvidar nuestra propia vulnerabilidad. En esas locas carreras que son autoimpuestas se nos va muchas veces la salud y en los peores casos, la vida.

El coordinador y su praxis pedagógica

Al inicio de la cuarentena se hicieron las primeras reuniones, sin saber muy bien qué nos esperaba, con la esperanza de que la cuarentena fuera corta y que en poco tiempo podríamos retornar a nuestras viejas dinámicas y rutinas. Era necesario establecer contacto con los maestros y de manera conjunta, establecer rutas de trabajo y medios disponibles para que la escuela no se detuviera.

Me tocó un día dejar de pasear por los pasillos del colegio, para después estar paseando por las teclas de mi computador y mi celular. - dijo la coordinadora Mary Sol. La coordinadora Tania Jenny mencionó: *Comprendo también que no ha sido fácil para nadie, las jornadas de docentes se han extendido, las dificultades de conectividad de un lado y otro lado a veces juegan en contra; sin embargo, pese a todas estas dificultades, todo el equipo siempre está dispuesto a superar las adversidades, y siempre estamos dispuestos a dejar el corazón.*

Las respuestas de los maestros sobrepasaron las expectativas más optimistas. Su liderazgo y profundo amor por sus estudiantes posibilitaron plantear estrategias de formación que se salieron de todas las normas y protocolos. Aceptaron trabajar en horarios extendidos, hacer seguimientos personales y grupales desde sus celulares. En más de una ocasión observé docentes que asumieron de su bolsillo planes de datos, fotocopias y envíos, a fin de garantizar que sus estudiantes pudieran

seguir con sus procesos formativos. Su ejemplo contagió a los demás estamentos escolares y se generaron diferentes alternativas de ayuda, de intervención, de acción solidaria con nuestros niños que siendo tan cercanos apenas evidenciábamos sus realidades, en sus grandes limitantes y circunstancias.

Con el paso de los días, fue evidente que la pandemia no era un evento pasajero, las estrategias, que inicialmente se habían planteado, no eran posibles de mantenerse en el tiempo. Trasladar los procesos escolares al espacio virtual se hacía cada vez más difícil. Las brechas sociales marcaban de manera significativa los procesos planteados. El celular se convirtió en el aula, pero era un aula que debían compartir todos los niños de la casa, un aula que requería de una conexión que no podía ser mantenida por mucho tiempo.

La falta de estas herramientas, especialmente por parte de nuestros estudiantes, ha hecho que se alejen, y algunos hasta se pierdan en las sombras del tiempo, ya que, por más esfuerzos que hayamos hecho, no es posible poder contactarlos - comentó el coordinador Ricardo - *La misión de ayudar, motivar y orientar a los estudiantes y sus familias se ha vuelto más y más compleja. He pasado de ser un directivo que procura conocer sus compañeros y estudiantes, a ser un motivador permanente para continuar el proceso educativo y afrontar las circunstancias que van rodeando sus vidas.*

En condiciones tan complejas, y con los estudiantes que de alguna manera se mantenía en contacto, era necesario

plantear escenarios de flexibilización curricular. La tarea era tratar de seguir la idea propuesta por Julián de Zubiría: menos, es más. La flexibilización implicaba por parte de los coordinadores un gran reto: ¿cómo lograr que los docentes priorizaran saberes para que fuera posible construir currículos de mayor pertinencia a los tiempos de contingencia? ¿cómo liderar el trabajo interdisciplinar dentro de las condiciones y limitantes existentes?

En ese momento, los coordinadores escolares comprendimos que de nuestro liderazgo dependía el buen desarrollo de la iniciativa; para eso se requería inicialmente generar un ambiente de trabajo armónico que posibilitara la realización de acuerdos; era necesario escuchar a los maestros y tratar de reconocer sus perspectivas, lugares de enunciación y expectativas a fin de hallar puntos de encuentro que permitieran la construcción conjunta. Se requiere mucha pericia y creatividad para articular las diferentes concepciones sobre lo educativo, que cada maestro propone, y es necesario mucho respeto y paciencia para lograr comprender las lógicas, los sentimientos y posturas que subyacen a los diferentes discursos, disensos y resistencias. La construcción colectiva se fue fortaleciendo y, en corto tiempo, fue posible lo que muchos años de discursos y múltiples capacitaciones no habían logrado de manera tan profunda: la construcción de currículos innovadores, interdisciplinarios, pertinentes a los contextos,

alimentados desde las fortalezas y habilidades de los maestros que laboran en el sector educativo público. Hubo una explosión de creatividad e imaginación que se concretaron en una gran variedad de apuestas metodológicas y didácticas, las cuales fueron del agrado de los estudiantes y sus familias. Así lo comentó Ricardo: *Sí, he aprendido mucho de esas experiencias educativas que casi nunca había utilizado; sí, la vida nos dio un vuelco, y en este trabajo se observa mucho más.*

Una vez construido el marco curricular, se hizo necesario pensar en los procesos evaluativos: ¿Cómo evaluar en circunstancias tan particulares? ¿Cómo evidenciar procesos o aprendizajes? estas preguntas se constituyeron en el eje de la reflexión y el trabajo, de la misma manera que en la formación curricular, se escucharon diversas perspectivas, se mediaron conflictos y se articularon conclusiones. Haciendo un ejercicio de reflexión sobre lo realizado, es posible reconocer que el rol de coordinador va más allá de proponer espacio o facilitar recursos; la práctica directiva se construye desde la mediación y el consenso para obtener los objetivos institucionalmente planteados e incide directamente sobre sujetos, procesos y prácticas. En tiempos de pandemia, nuestro rol se hizo más potente y visible en dichas construcciones.

Mi práctica directiva se ha resignificado en la medida en que la pandemia hace más visible nuestra labor, y el quehacer diario, al frente de la institución - comentó el coordinador Alexander Ángel - *ya que las circunstancias conllevan a trascender los muros, lo que se convierte en un gran reto.*

La visibilización siempre ha sido el objetivo de la lucha que como coordinadores hemos emprendido para el posicionamiento de nuestro saber y hacer en la escuela. Al ser un agente con voz, pero sin voto en las decisiones institucionales al ser excluidos de Consejo directivo, los coordinadores hemos tenido que construir nuestro lugar en las comunidades demostrando capacidad, liderazgo y eficiencia. En tiempos de pandemia, estas características se hicieron más evidentes al liderar procesos educativos en contextos inesperados, complejos e inciertos. Como bien lo expresó el coordinador Ángel *-me gustaría compartir un pequeño fragmento, lo adapté: soy un coordinador que toma decisiones en la incertidumbre, para poder actuar en la urgencia.*

La pandemia ha significado liderar procesos en lo incierto, fortalecer la esperanza en tiempo de desconsuelo y anteponer la utopía al pesimismo. Ha implicado hacer frente a las responsabilidades con el otro (compañeros docentes) y con los otros (padres y estudiantes), sobre nuestros propios temores y prevenciones; hemos sobrepasado las dudas, los vacíos conceptuales o nuestras propias limitaciones como sujetos de aprendizajes para convertirnos en sujetos de saber, a fin de propiciar espacios y ayudar en la construcción de metodologías y mecanismos efectivos y eficaces para contrarrestar las múltiples formas en las que la pandemia nos confrontó.

La coordinación en clave tecnológica

El enfrentarse a liderar procesos, desde un escenario virtual, requirió resignificar las maneras de encuentro, de diálogo y de intercambio de información.

Me tocó interactuar con los profesores y estudiantes, y tener que dejar esas controversias que se resuelven con interacciones inmediatas y entender lo importante que es tener ese contacto directo y personal; el diálogo tranquilo y mirar a los otros para poder entender muchas cosas que nos pasan, que podemos leer sin decir una palabra - mencionó Mary Sol- *Ahora me acompañan esos sonidos pandémicos que me desconciertan, ¿será que sí me están escuchando? ¿será que los puse a dormir? ¿será que si les interesa lo que digo? ¿por qué será que están callados? Podemos hacer una lectura y especular, y eso me agobia, pero al mismo tiempo me ha enseñado a ser más puntual y directa.*

Nuestro trabajo como coordinadores está estrechamente ligado a procesos de interacción constante porque comunicarnos es parte constitutiva de nuestra labor: desde acciones tan sencillas como el acompañar a los estudiantes y docentes al ingreso y la salida, el compartir el tinto en las mañanas con los maestros madrugadores, intercambiar miradas con alumnos que van acompañados de sonrisas, o con expresiones más serias en la medida en que el reloj avanza… los llamados de atención por estar en el sitio equivocado o a la hora equivocada, el mediar en conflictos pequeños (y también en los grandes), reconocer cuando un compañero docente llegó triste,

enojado o está enamorado. El espacio escolar es un universo de pensamientos, emociones y sentimientos que se encuentran, enredan y yuxtaponen manifestándose de múltiples formas: risas, llantos, gritos y silencios. En un escenario tan diverso y vivo, el coordinador desarrolla la capacidad de leer cada mirada, cada gesto; de comprender sin hablar las situaciones que incomodan, pero también las que alegran. Paulatinamente se convierte en un intérprete avezado y, desde los pequeños detalles, logra entender a sus compañeros y hacer uso de ese conocimiento para favorecer la convivencia y el clima escolar.

Desde que la escuela hizo su traslado al escenario virtual, los coordinadores perdimos nuestro insumo más potente: el poder percibir las emociones de los demás. En ocasiones, tuvimos que conformarnos con ver los ojos de nuestros maestros desde el otro lado de la pantalla; en otros, los más comunes, hablamos con iniciales o fotos que sesgan, limitan la interacción y la real comunicación. Tuvimos entonces que ser creativos, estar más atentos, llamar con regularidad para saber qué sucedía; fue necesario ser aún más pacientes porque la sobrecarga laboral hacía que los ánimos se exaltaran a la menor dificultad, lágrimas, ansiedad, y estrés, que empezaban a mostrar sus secuelas en todos y de diferentes maneras:

He tenido que desempeñar mis funciones desde casa, combinándolas con los quehaceres del hogar, y comunicarme de forma virtual con las y los profesores, con los y las estudiantes, con las familias, con el rector y compañeros

y compañeras de gestión, coordinadores, coordinadoras y orientadores, mencionó Alexander.

Las fronteras de lo laboral y lo personal se desdibujaron espacial y semióticamente, así como la escuela ingresó con fuerza a los hogares de los niños y niñas para mantener de alguna forma la presencia del estado en clave educativa, las dinámicas de nuestros hogares cambiaron de manera drástica. Si antes de la pandemia lo personal se subordinaba a lo laboral, en tiempos de coyuntura lo laboral se convirtió en el eje de la vida, no solo del coordinador, sino de todo su núcleo familiar. Este fenómeno es paradójico, porque el estar encerrados ha permitido que, como nunca antes, todos los miembros de las familias conozcamos de cerca lo que el otro hace; nos convertimos en testigos directos de las dinámicas que los otros viven y generó relaciones de cercanía y solidaridad que no tenían antecedentes.

Por otro lado, los recursos también se modificaron. Ha sido emocionante ver como aquellos instrumentos, que solo considerábamos ocasionalmente, se han convertido en el centro de nuestro trabajo, - dijo Ricardo - *como el acercamiento y la inmediatez de la comunicación con la mayoría de las familias, estudiantes y compañeros, han facilitado en gran medida el conocimiento mutuo.*

De la misma manera en que las familias se vincularon decididamente en los procesos educativos de sus hijos, en el caso de los docentes y coordinadores – especialmente

los mayores- se evidenció el apoyo familiar: hijos, sobrinos y hasta nietos formamos comunidades de enseñanza y aprendizaje, todos unidos por la educación desde la solidaridad y el cariño. Por otra parte, en nuestros léxicos aparecieron nuevos vocablos: encuentros sincrónicos y asincrónicos, educación remota, Drive, entre otros que instauraron nuevas lógicas en los procesos de enseñanza - aprendizaje, mediados por lo tecnológico. En tiempos de virtualidad, los lenguajes se adaptan a los medios, lo visual adquiere mayor relevancia, la rapidez y concreción de los mensajes reemplazan las largas conversaciones. Según Mary Sol, la pandemia al mismo tiempo le ha enseñado a ser más puntual y directa.

Desde lo didáctico, la virtualidad abrió caminos de exploración e innovación pedagógica que enriqueció de manera significativa las prácticas docentes y generó gran aceptación en los estudiantes. Particularmente, los niveles de primera infancia y básica primaria recibieron con alegría las nuevas estrategias didácticas que venían en formatos audiovisuales, y que les permitió construir sus aprendizajes de maneras más lúdicas e interactivas. Sin embargo, lo virtual implicó también nuevas formas de discriminación, al levantar muros de silencio entre los más vulnerables, aquellos que no tenían dispositivos o acceso a internet. La coordinadora Tania Jenny bien dice que en la virtualidad muchas familias, tanto de estudiantes como de maestros, no cuentan con las condiciones tecnológicas de equipos, conectividad y conocimiento tecnológico para desarrollar las diferentes

actividades, lo que ha puesto de manifiesto la compleja inequidad en la que estamos unos y otros, en el colegio, en el transcurso de esta labor.

Las brechas digitales emergieron como una gran barrera que se evidenciaba en la imposibilidad, por parte de padres y acudientes, de acceder a redes y dispositivos, lo que dejaba sin piso las iniciativas planteadas desde la escuela. Debido a esto, fue necesario plantear otra serie de alternativas para tratar de facilitar la comunicación entre estudiantes y docentes. Las brechas de conocimiento que se presentaron en algunos docentes, se abordaron desde procesos de autoformación en los escenarios escolares, liderados por los maestros de tecnología, que, de forma generosa y solidaria, apoyaron de manera desinteresada a mejorar las competencias digitales de sus compañeros; además de la iniciativa de los mismos profesores que, ante el reto que enfrentaban, se aventuraron a explorar y aprender nuevas formas de enseñanza, a fin de garantizar el proceso educativo de sus estudiantes.

Sin embargo, a pesar de los grandes esfuerzos realizados, es claro que lo que habíamos avanzado era insuficiente en contextos virtuales, dejando niñas y jóvenes en silencio y en la sombra, evidenciando, de una dolorosa manera, los efectos de la aterradora desigualdad social que caracteriza a nuestra sociedad.

¿En qué vamos?

Los aprendizajes obtenidos a partir de las experiencias y las prácticas compartidas son muchos y en muchos ámbitos, tantos que esta crónica tal vez no sea suficiente para narrarlos. En especial, porque una característica humana es la de reflexionar sobre lo acontecido y será necesario que pase algún tiempo para que lo comprendamos sin la angustia actual, sin prisa y con las emociones impregnadas de nostalgia.

Por ahora, podríamos decir que hemos ampliado nuestro horizonte de conocimiento en ciertos aspectos. Por ejemplo, hemos aprendido a valorar aún más nuestro quehacer y reconocernos como seres humanos comprometidos, responsables y líderes potentes de procesos educativos transformadores:

- *En este momento considero que soy innovadora, crítica, comprometida con la transformación.* - mencionó Yeins Paola. *A pesar de las complejas situaciones que han caracterizado este tiempo y momento, nos interpretamos con optimismo.* Y continuó: *Esta situación de pandemia me ha trasformado enorme y maravillosamente, el proyecto de líderes ha crecido mucho y me desenvuelvo en diferentes escenarios.*

Sin embargo, estamos aprendiendo a reconocer nuestras limitaciones y aceptarlas: - *Mi rol como líder, por supuesto, ha cambiado, definitivamente; ahora me considero una misionera cuyo mensaje debe trasmitir y que un día, si nuestros planes fallan, o nosotros mismos no cumplimos*

con algunas de las expectativas que teníamos, debemos comprender y abrazarnos, continuar mejorando nuestra propia versión. -Dijo la coordinadora Nini Johanna.

Reconocemos que afrontar la coyuntura no ha sido un proceso fácil, pero hemos logrado sacarlo adelante:
- Sí, he aprendido mucho de esas experiencias educativas que casi nunca he utilizado; sí, la vida nos dio un vuelco, y en este trabajo se observa mucho más; tantas cosas cambiaron y a ello he tenido que ajustarme, contó el coordinador Jairo.

Resignificamos los conceptos de lo educativo y hemos aprendido a priorizar lo humano. Tania Jenny agregó:
-Hemos tenido dificultades, pero sobre todo aprendizajes; nos hemos acercado a las familias de una manera más efectiva, empática y solidaria; así mismo, hemos comprendido que el desarrollo académico supera las barreras y los temas del plan de estudio, que las habilidades y aprendizajes de los estudiantes se pueden potenciar a través de múltiples escenarios y actividades; que compartir en familia, esta gran familia escolar puede hacer que, de una situación tan compleja como esta, todos salgamos fortalecidos.

Entendimos la importancia de cuestionar el sentido de nuestro quehacer. - S*i cada uno hace lo que quiere hacer porque le gusta, y porque le encuentra sentido para su crecimiento personal y laboral, nosotros, así como los profesores, podemos crecer de forma diaria e impactar a nuestros estudiantes.* - dijo Mary Sol. - *Lograremos que ellos estén más atentos y también le encuentren un sentido a su proyecto de vida y, de esta manera, impactaremos en los ambientes sociales y políticos.*

¿Cómo seguimos?

En tiempos de pandemia, se visibilizó la trascendencia de la escuela en la vida de las personas, su vigencia, incidencia, su significado. La escuela funcionó como eje de cohesión social, de amparo. En muchos casos y para muchas familias representó la primera institución que los contactó y ofreció su ayuda. Mas allá de la función formativa, la escuela fue la institución que ingresó al hogar de miles de estudiantes y los acompañó durante el tiempo de cuarentena; les propuso acciones educativas, pero también les dio esperanza y los escuchó. Docentes, orientadores y coordinadores establecimos contacto con las familias y, desde ese trabajo, la escuela abrió sus puertas y se desplazó a las diferentes casas; la escuela cuestionada históricamente por estar cerrada a las comunidades se desplazó hacia ellas, y fueron la primera línea de respuesta a sus necesidades y angustias.

Desde ese escenario, la pregunta por la pertinencia de la escuela queda obsoleta, y en cambio surge la inquietud por reconocer cuáles pueden ser sus nuevas interpretaciones en escenarios y contextos actuales. En ese marco, ¿cuál sería nuestro papel? Como dijimos al inicio de este relato, no hay respuestas unívocas, certeras e incuestionables, solo posturas subjetivas sobre lo que podría ser, dado que lo educativo siempre se concibe como utopía.

En el caso de los coordinadores y su práctica, la tarea pendiente podría referirse a profundizar en

la construcción de nuestra identidad, y para eso, es necesario trascender las acciones individuales y concebirnos como parte de una comunidad. Es imperativo repensarnos dentro de las lógicas de una inteligencia colectiva que permita comprendernos en nuestras circunstancias y diferenciarnos en nuestras acciones de los otros estamentos escolares. Establecer la diferencia no implica polarizarnos, sino reconocernos en nuestras particularidades para visibilizar aún más nuestras acciones, aportes e impactos dentro de las comunidades escolares, y de esta manera, construir una praxis directiva contextualizada, pertinente y visible para nosotros mismos y para los demás.

La pandemia nos recordó que quien no está listo para el cambio es arrastrado por él. Nuestra práctica directiva se transforma al vaivén de los tiempos y requiere adaptarse, fortalecerse, y dos manos no son suficientes para hacerlo. Si algo hemos aprendido en este tiempo, es que solos no podemos, requerimos de los otros. El poner en diálogo nuestros saberes, experiencias y prácticas abrirá el camino que nos permita emanciparnos y ser agentes activos y propositivos de nuevos y mejores escenarios formativos.

Leny del Carmen Mora Rivas
Integrante de la Red Distrital de Directivos Docentes Coordinadores Investigadores (RED-DDCI)

Bienvenidos

a mi morada

Semillero INCLUTEC

Podcast

Raíces de Colores

Llegó mi primer día de clase, después de ver los rostros, los rastros, los hogares, los olores y los colores del sector. Al entrar, pude ver un colegio con muchos espacios, un auditorio muy grande, dos pisos de salones, una zona de canchas, rodeado de montañas con mucha vegetación. Abrí el salón por primera vez y nunca imaginé que todo lo que pasaría allí, iba a transformar mi vida como profe.

Todo inició aquel día en el que después de esperar por mucho tiempo, me nombraron en propiedad como profesora de la Secretaría de Educación. Fui a la citación para escoger el colegio, al ver la lista evidencié que no conocía ninguno. Ese día me di cuenta de que en Bogotá hay muchos colegios en diferentes lugares y ubicaciones. Escogí el Colegio José María Vargas Vila, por recomendación de un compañero de la Universidad que estaba allí. Nunca me imaginé que este colegio estuviera tan lejos, arriba en la montaña del barrio Bellaflor de la localidad de Ciudad Bolívar. Para ese entonces, no llegaba hasta allí el transporte público. Por lo tanto, teníamos una ruta que nos recogía en el Portal del Tunal, en donde iniciábamos el recorrido. Al subir a la montaña veíamos el Lucero Bajo, Lucero Alto, la Estrella, Vista Hermosa, y las 250 escaleras desde el Paraíso Mirador, y otros muchos barrios que lograba ver.

Al mirar por la ventana, me llamaban la atención las casas hechas con diversos materiales, por las familias de mis estudiantes; parecía que todos los días saliéramos de la

ciudad porque se veían las vacas, las abuelitas cocinando con leña, los niños jugando con troncos o juegos hechos por ellos mismos. De vez en cuando, contaba la gran cantidad de perritos en la calle. Estos elementos me dejaban ver la Bogotá que no conocía y que pensaba que era exclusiva de zonas rurales. Luego de recorrer aproximadamente entre cuarenta minutos a una hora, llegaba a nuestro destino.

Al llegar, podía ver un colegio muy grande, que a sus alrededores me hacía sentir como en un *paseo de olla*[1] porque tenía varias montañas y zonas para elevar una cometa en cualquier época del año, no solo en agosto. El viento allí era particularmente fuerte e, incluso, hacía que mis mejillas se quemaran un poco. Llegaban a mi memoria las palabras de mi abuelito Juan, nacido en Sutamarchán, Boyacá:

-*Una persona de caché, de cachetecolorado* - como solía decir cuando el fuerte viento quemaba sus mejillas.

Escuché el timbre y el colegio rápidamente se fue llenando de risas, voces, carreras y juegos. Fueron llegando uno a uno los niños de grado cuarto a conocer a su nueva profesora, porque efectivamente ese año yo era la nueva, ellos ya llevaban seis meses de clases. Esa clase la preparé con varios juegos, para motivar a los

[1] En Colombia algunas familias tienen la tradición de ir a una zona rural los días feriados a compartir el almuerzo en una olla, a esta práctica se le denomina paseo de olla.

chicos a participar. Los llamaba uno a uno para utilizar el tablero digital, hasta que llamé a Esteban. Él no pasó al frente, lo llamé de nuevo, pero ni siquiera me miró; entonces me fui hacia su puesto para llamarlo, por si no me había escuchado. Su compañero de al lado me pidió que pronunciara despacio o que subiera el volumen de mi voz, ya que él no escuchaba bien, pero había aprendido a leer los labios.

Inquieta por el panorama educativo al cual se tenía que enfrentar Esteban, decidí llamar a sus padres para conocer el contexto familiar. Al cabo de un mes, su mamá visitó mi salón de clase, desde el primer momento mencionó que ella también tenía un bajo nivel auditivo. También me comentó que hasta ese momento la familia desconocía qué tanto escuchaba su hijo. La motivé para practicarle una audiometría en su entidad de salud, con el fin de verificar el nivel de audición. Después del proceso médico, obtuvimos los resultados de la prueba, evidenciando que tenía pérdida gradual degenerativa. ¡Esteban se convertiría en una persona sorda! En ese momento, recordé las enseñanzas de mi profesor de la universidad, cuando me enfatizó en que no hiciera una tesis solo por graduarme, sino que consolidara un proyecto de vida. Fue entonces cuando aproveché la oportunidad para implementar mi tesis de grado, la cual permitía traducir la voz o textos a Lengua de Señas Colombiana (LSC), ello permitió enseñarle LSC y potenciar la lectura, la escritura y la oralidad de Esteban.

Una tarde en horas de descanso, cuando acostumbraba a practicar LSC con Esteban, llegaron a mi salón unos

estudiantes de grado noveno, quienes se interesaron por aprenderlo también. En ese preciso momento, descubrí la estrategia de apadrinamiento entre estudiantes. Comprendí que la enseñanza y el aprendizaje también se pueden dar entre pares. Fueron los primeros pasos para consolidar un grupo de estudiantes que apadrinaba a estudiantes de otros grados, desde la creación de recursos digitales y análogos para mejorar los procesos de enseñanza-aprendizaje de los niños y las niñas. El liderazgo nos permitió conseguir un espacio físico, el cual antes era una bodega que servía para guardar cajas. Juntos logramos darle vida hasta convertirlo en nuestro lugar, donde podíamos crear, escribir, soñar e imaginarnos muchas ideas y proyectos para ayudar a otros. Cuatro años después, no solo Esteban sino muchos de sus compañeros lograron aprender LSC, se creó una nueva sala de informática y se contaba con 40 padrinos de investigación.

Esta primera experiencia como docente del Distrito, llena de aprendizajes y trabajo en equipo, me permitió visualizar la importancia de motivar y promover la investigación escolar a través del trabajo entre pares. Abriendo mi panorama para expandir mis semillas a otros colegios, a otros docentes, a más estudiantes, me género el interés de integrar a padres de familia.

Semillas para dar frutos

Para continuar sembrando las semillas de investigación, llegué al Colegio Enrique Olaya Herrera, ubicado en la esquina de la carrera décima con calle 32 sur en el Barrio Country Sur. Era el colegio más grande que había visto. Inicié convocando el grupo de estudiantes líderes y tuve la gran oportunidad de consolidar el semillero, el cual llamamos *INCLUTEC,* porque nuestro trabajo se iba a enfocar en crear tecnología para la inclusión. En ese momento solo teníamos la sala de informática. Entonces, les propuse a mis estudiantes participar en diversos concursos y convocatorias para poder crear los recursos. Todo mi trabajo de proyectos lo había enfocado hacía creaciones para la comunidad sorda, pero los estudiantes del semillero me permitieron abrir el panorama y ver desde la inclusión y la diversidad. Tuve la oportunidad de reconocer el impacto de mi color morado como base de la creatividad y trabajar día a día por crear, buscando ayudar desde el reconocimiento y el valor de la diferencia. Desde allí, mi maleta, mi computador, mis accesorios, mi salón de clase, el uniforme del equipo de fútbol de mis estudiantes y hasta mi cabello están llenos de este color, el morado, porque es mi pasión y mi proyecto de vida, orientado a la creación para todos y todas.

Desde ese entonces, todos los días ingresaba por la zona del parqueadero. Muchas veces mis estudiantes llegaban allí a ayudarme a llevar el montón de cosas que en general llevaba para las clases del día. Cuando ingresaba veía los 22 computadores nuevos, los cuales logramos

estrenar luego de un robo en la sala hace unos años. Y en la pared, al lado del tablero decorado por nosotros de color morado, también estaba el televisor que ganamos por recolectar basura electrónica. El trabajo del semillero siguió adelante y el grupo generó con el tiempo disciplina y perseverancia. Un día unos amigos, Alberto Morales y Yohana Acosta, me contaron acerca de su viaje a Corea del Sur, el cual fue posible gracias a que presentaron un proyecto con el uso de las TIC. Entonces, llegó el año 2016 y, nuevamente, se abrió la convocatoria llamada *ICT Training for Colombian Teachers* para viajar a Corea del Sur, con el objetivo de potenciar la enseñanza y aprendizaje de herramientas TIC en las prácticas docentes. Para la postulación inicial, debíamos hacer un video, por esta razón, estructuramos el guion para la respectiva grabación y envío de la propuesta. No logramos pasar, pero no nos dimos por vencidos. Trabajamos ese año para ajustar lo necesario, para nuevamente postularnos en el año 2017. Sin embargo, en esa ocasión tampoco lo logramos.

Y en el año 2018 lo volvimos a intentar. Esta vez pasamos a una primera etapa de 24 docentes preseleccionados. Me preparé para la entrevista en inglés, lo que generó una gran motivación porque estábamos más cerca de cumplir esa meta. Finalmente, después de unas semanas con mucha ansiedad, llegaron los resultados. Cuando vi la lista definitiva me di cuenta de que lo había logrado: Aparecía en la lista de los 18 docentes que viajaban a representar a Colombia en esta maravillosa aventura.

Ese día validé la frase *el que persevera, alcanza*, porque, después de tres veces seguidas postulándome, logré quedar en este grupo de diversos proyectos y prácticas pedagógicas de diversas regiones. El viaje a Corea del Sur me aportó una gran experiencia; además, me permitió conocer las experiencias de mis 17 colegas, quienes contribuyeron para mejorar mi labor como profesora y como líder del semillero *INCLUTEC*. Por esta razón, en el año 2019, me postulé al Premio Iberoamericano a la Labor Docente, otorgado por la Asociación Educar, en donde se reconoce el desarrollo de experiencias significativas con el uso de las TIC. Logré llegar al segundo puesto, ganando un recurso para potenciar nuestros proyectos y adicionar cursos de formación para mis colegas docentes. Esto llevó a que más compañeros se motivaran a creer en la investigación escolar.

En este evento tuve la gran aventura de viajar a Buenos Aires, Argentina, donde me reencontré con mi colega Luis Emiro Ramírez, un profesor proveniente de Florencia, Caquetá, y a quien tuve la oportunidad de conocer en Corea del Sur. Ese año, él estaba nominado al top 50 de los mejores docentes del mundo. Luis Emiro se encontraba acompañado de un grupo de cinco maravillosos docentes colombianos de diferentes regiones, quienes habían estado nominados a este gran premio internacional. Ellos me motivaron a presentarme también al *Global Teacher Prize 2020*. Por esta razón, al llegar a Colombia decido postularme, en donde conté con el apoyo de mi rector Edgar Riveros, mis estudiantes y los padres de familia de mi colegio, posteriormente, me

notifican para realizar una entrevista con el fin de conocer mi proyecto de vida, en dicho encuentro me realizaron diferentes preguntas, una de las más relevantes para mí fue:

¿Qué le dirías en solo tres minutos al Ministro de Educación de tu país si se quedaran atrapados en un ascensor?

A la cual respondí:

Desde el ministerio podríamos cumplir muchos sueños, llevando las semillas inclusivas a todos los rincones de Colombia, motivando a los jóvenes a crear para ser parte del cambio, podríamos desarrollar aulas móviles para todos y todas; es necesario crear recursos digitales y análogos que permitan fortalecer los procesos de enseñanza-aprendizaje, y sin duda alguna, fortalecer la red de docentes de todo el país.

Después de unos meses esperando la respuesta, con mucha emoción recuerdo el 19 de marzo de 2020, a las siete de la noche. Yo me encontraba en una asesoría con mis estudiantes de la universidad, cuando anunciaron el tan esperado momento: Los 50 mejores docentes del mundo a través de un recorrido por el mapa mundial. Al llegar a nuestro país, apareció un grano de café y al lado una profesora con el cabello de color morado. En ese momento no pude contener las lágrimas de alegría porque había alcanzado otro sueño que me permitía

mostrar al mundo que, como colombianos trabajamos y transformamos la educación de los niños, niñas y jóvenes.

Desde ese momento supe que lo mejor de asumir el reto es no rendirse, y motivar a mis estudiantes a que nunca se rindan. Las semillas inclusivas nos permitieron cumplir sueños juntos y obtener muchos frutos. Éramos un equipo y estábamos trabajando por llegar a los objetivos propuestos, desde la creación de recursos digitales y análogos, para potenciar las habilidades de nuestros pares, reconociendo y valorando nuestras diferencias.

Sembrando desde Casa

Cómo olvidar aquel último viernes de marzo. Como de costumbre, llegué a la sala de informática y tenía clase con mis niños de grado décimo. Ese día pintamos y aprendimos la teoría del color. Estábamos emocionados planeando una clase que tendríamos con sus padres el siguiente viernes. Envié la circular y nos despedimos para vernos de nuevo la siguiente semana. Recuerdo mucho que una de mis estudiantes esperaba ese día porque quería compartir con su mamá y poderle enseñar todo lo que había aprendido. Sin embargo, esa rutina se transformó, tomando por sorpresa a todos, porque llegó un virus a nuestro mundo, lo cual nos llevó a quedarnos en casa para evitar la propagación.

Los docentes nos pusimos como se suele decir, *la Camiseta*, y, como todos unos superhéroes, pensamos

en salvar la educación desde casa. Pero en ese momento, escuché una voz en mi cabeza que me preguntaba:

- No todos mis estudiantes tienen internet, ni un computador, entonces ¿cómo me comunico con ellos? ¿cómo podemos seguir las clases?, ¿cómo apoyarlos para que se cuiden en casa?, ¿si sus padres no pueden salir de casa, como tendrán para comer?, ¿cómo sigo sembrando en casa?

Estas preocupaciones me llevaron a conocer, de forma virtual, a muchos docentes de Colombia y el mundo. Quienes no solo me compartieron ideas para potenciar mis clases virtuales y mantenerme conectada con mis estudiantes a través de herramientas como *Zoom, Hangouts, Meet* (Nuestras acompañantes en estos momentos). También se potenció la estrategia *Maestros que Aprenden de Maestros*, la cual permitió orientar a otros colegas de todas las áreas y niveles para aprender. De igual manera se vinculó la estrategia liderada desde el IDEP *Tu Clase en Casa*.

En este camino pude encontrarme con docentes colombianos que día a día se enfrentan al reto de no tener internet, ni un computador para sus clases; y que, aun así, hacen con amor y pasión lo que más les gusta: enseñar, transformar vidas, cambiar realidades, inyectar sueños. Estos grandes maestros se convirtieron en mi motivación y ejemplo por acompañar a los niños colombianos desde las diferentes veredas y zonas rurales. Espero que sea la oportunidad para que Colombia los escuche y no tengan que enseñar como dice el dicho, con las uñas.

Yo, por mi parte, empecé a crear ideas para apoyar a mis estudiantes que estaban desconectados; en ese momento, recordé cuando era niña. Aproximadamente, en el año 1992, cuando estaba en grado segundo de básica primaria, en Colombia, enfrentamos una crisis energética, en donde todos los días terminando la tarde nos quitaban la luz; era la época del apagón o racionamiento. En ese tiempo no teníamos celulares ni internet. Mi mamá, junto con mi hermano, nos motivó a descubrir talentos que quizá no conocíamos: dibujar, colorear, pintar, escribir, jugar, adivinar acciones con señas etc. También a aprender de mi pasado, saber el significado de mi nombre, preparar una receta de mi abuelita Sofi y escuchar cómo era Bogotá antes; conocer historias de mi abuelita Tere y amar más a mi familia. Al recordar ese momento de mi infancia, surgieron ideas para este tiempo en casa, porque volví a dibujar y a escribir cuentos e historias como las que hoy narro. Ello me permitió sentirme tan feliz de recordar, lo que genera en mí, el dejarme llevar por la hoja, el lápiz y los colores, actividades que por los afanes del día a día, hace muchos años, no practicaba.

Entonces, esta fue la luz, por vía telefónica motivé a mis estudiantes desconectados a hacer todas estas actividades en casa, porque ahora más que los contenidos académicos, me preocupaba aún más que fueran felices. También me inquietaba que pudieran comer algo cada día, que fueran buenos ciudadanos, que aportaran a Colombia, que creyeran en sí mismos, que fueran capaces

de cambiar su futuro gracias a la educación; que tuvieran sueños y se proyectaran a cumplirlos, aprovechando todos los canales para ello: una carta, una llamada, ver televisión o escuchar la emisora.

Flores de color morado

Todos los cambios generados en el año 2020 han cambiado las rutinas de despertar para ir a enseñar a mi colegio, por despertar para prender el computador para hacer clases virtuales. Por esta razón, ahora inicia mi día al escuchar la alarma a las seis de la mañana, con el tono de Harry Potter (porque me motiva a empezar mi día con magia). Lo primero que hago es poner la alarma a mi hijo, que por lo general duerme a mi lado, y le permito escuchar el tono y le recuerdo que debemos despertar con magia. Él, con mucha pereza, se levanta para cepillarnos los dientes rápidamente y bañarnos para iniciar la jornada. Yo debo hacerlo más rápido para alcanzar a preparar el desayuno de mi peque, para lograr organizarnos cada uno en la rutina y la jornada. A las siete y media, prendo mi computador morado y reviso mi agenda del día. Por lo general incluye las clases, los recursos que debemos crear y el material a revisar por parte de mis estudiantes, así como preparar talleres que permitan aprovechar el trabajo en casa.

Durante este tiempo en casa he podido invitar virtualmente a estudiantes egresados para motivar a los estudiantes de grado décimo y once, igualmente a colegas docentes de Colombia y el mundo. A pesar de las diferencias culturales e idiomáticas, hemos sido capaces de compartir cómo nos sentimos en casa y cómo nos imaginamos la escuela del futuro. Los estudiantes comentan que quieren potenciar espacios para compartir con los pares, tener espacios para ser creativos y llevar a los padres a la escuela, tanto para enseñar sus habilidades, como para aprender de los docentes. Sin duda alguna, esto evidencia la importancia del trabajo en equipo para fortalecer los objetivos y las prácticas pedagógicas en la escuela. Adicionalmente, logramos vincularnos con la Universidad Pedagógica Nacional y el SENA[2] para continuar aprendiendo LSC, ya que seguimos estimulando nuestros sentidos desde casa. Esto permitió que cada uno grabara un video representando un color y un sonido, integrando tanto la LSC como la parte visual y auditiva. Es importante resaltar que fue posible llegar a más niños, niñas y jóvenes de Colombia sin dispositivos ni internet, ya que se realizaron clases por diversos medios de comunicación, participando en Profe en Casa por televisión y por radio.

Este tiempo en casa, ha cambiado mis clases, antes de la pandemia, eran presenciales, desde las seis de la mañana hasta el mediodía. A partir de la pandemia, mis clases

---

[2] SENA. Servicio Nacional de Aprendizaje.

se dan de forma virtual a las seis de la tarde, porque es una hora que permite que la mayoría se conecte, ya que muchos solo tienen un dispositivo en casa y deben compartirlo en el día. Otros, deben esperar a que sus padres lleguen de trabajar para conectarse. Esta situación me motiva a crear diversos recursos y, junto a los estudiantes, iniciamos la creación de materiales, desde el Diseño Universal para el Aprendizaje (DUA[3]), usando diversas formas para que los niños y niñas puedan participar en la práctica pedagógica, utilizando diversos materiales, juegos, ambientes, lenguajes y herramientas, a través de la creación de recursos visuales, táctiles, auditivos o móviles, y comunicándonos a través de imágenes, señas, sonidos, palabras, gestos, integrando LSC y braille en los recursos creados.

A partir de estos elementos, se crearon recursos para entregar a más niños y niñas, que quieren seguir aprendiendo desde casa, y que no tienen conectividad ni dispositivos, llevando mucho color morado a la vida de ellos, junto a sus familias en este tiempo. Este trabajo en equipo junto a mis estudiantes nos permitió participar en una experiencia que me ha aportado mucho recientemente, ya que tuvimos la oportunidad de compartir nuestros proyectos en el II Encuentro Distrital de Semilleros de Investigación, desarrollado por el IDEP y la SED, en los tres espacios para motivar a otros docentes y estudiantes que quieren consolidar nuevos

[3] DUA. Diseño Universal para el Aprendizaje. CAST (2011).

semilleros. A dichos espacios los denominamos *Explorar* (presentar parte del trabajo del semillero INCLUTEC desde casa y ver el trabajo de otros semilleros), *Experimentar* (realizar un taller con estudiantes de otros colegios para activar los sentidos) *e Inspirar* (conversar entre semilleros para motivar a la creación de investigación escolar).

Yo soy Sindey Carolina Bernal Villamarín, la profesora de Esteban, y de muchos otros más estudiantes; la que vive, sueña, piensa, enseña y crea desde su color morado, porque descubrió que tiene el color en su vida gracias a los niños, niñas y jóvenes que conoce cada día en su maravillosa aventura de la enseñanza y el aprendizaje, desde la educación pública colombiana. Lo mejor es que esta historia continuará floreciendo para recorrer la inclusión y la diversidad desde diferentes escenarios, culturas y sueños por cumplir.

Recetario para hacer de la Cuarentena Escolar un Libro

Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo

Podcast

La película de la escuela

A pesar de los años, sigo considerando que la segunda película de la saga *El Señor de los Anillos* es una de las mejores cintas cinematográficas que he observado. Aunque ya han transcurrido cerca de dos décadas tras su estreno, cada vez que veo de nuevo esta adaptación de uno de los libros del escritor británico J.R.R. Tolkien, corre por mi cuerpo una llama llena de intensidad, gracias a las fuertes emociones que despierta en mi interior, entre las que destacan, la esperanza y las ganas de luchar por un mundo mejor. *Las Dos Torres,* como se denomina el filme, continua las aventuras de un equipo convocado por el mago gris Gandalf, compuesto por excelsos representantes de hombres, *elfos*, *hobbits* y enanos para vencer al mago blanco Saruman, que se ha aliado con el Señor oscuro Sauron y su ejército despiadado de Orcos, expandiendo el terror por toda la Tierra Media, en busca del anillo que les daría el poder absoluto.

Entre los actores que se vinculan como aliados contra la oscuridad en esta parte, hacen su aparición los *Ents*, que fungen como árboles del bosque de Fangorn. Si me pidieran que interpretara uno de los personajes, no dudaría en elegir uno de ellos, son la representación ideal del filósofo que deseo ser. De seguro, encarnaría a Légolas, el guapo *elfo* que hacía suspirar a mis amigas de juventud; a Aragorn, el bondadoso representante del mundo de los hombres que se convertiría posteriormente en su Rey; a Gimli, el Señor de los enanos por su valentía y destreza; a uno de los hobbits, de los cuales preferiría a

Sam, que no sucumbió al poder del anillo y lo resguardó mientras Frodo se recuperaba del ataque de una araña gigante (bueno, eso en la tercera parte) o; al mago Gandalf que con sus poderes impresiona. Sin embargo, ningún personaje supera la afinidad que tengo por los *Ents*. Creo que como en las películas de Víctor Gaviria, donde el director colombiano convoca a intérpretes naturales, entendidos como los actores cuya escuela artística ha sido la vida misma, la interpretación la haría muy apegada al guion; llevo tratando de hacerla carne desde aquella tarde de marzo de 1999, en la que en una clase de mi Licenciatura en Ciencias Sociales descubrí que deseaba ser como aquel docente de filosofía frente a mí.

Cuando los *Hobbits* le solicitaron a los *Ents* que se unieran a ellos para luchar contra Saruman, lo primero que hicieron fue reunirse y hablar en su antigua lengua, y de ahí, avanzar paso a paso en la toma de una determinación. Sus pláticas son lentas y tediosas, saben que deben ir con precaución, han sobrevivido a generaciones; han visto caer reinos que otros consideraban eternos y entronarse a los menos capaces a partir del engaño calculado, hoy llamado posverdad. No obstante, una vez tomada la decisión, luchan con todas sus fuerzas, pues consideran que vale la pena arriesgarse por una causa noble que parta de principios de vida. En filosofía, estos principios son de carácter epistemológico, van a la raíz de los problemas conceptuales y permiten guiar el accionar de manera adecuada.

Del trabajo del profesor de filosofía

La convocatoria de publicación de la Universidad Externado *Filosofía Fuera de las Aulas* fue erigida como reemplazo del *concurso Creatividad Reflexiva*, evento tradicional que convoca a los profesores de escuela a dinamizar sus clases a partir de una problematización previa, cuyo análisis permita la construcción de ensayos por parte de sus estudiantes. Fue el incentivo para sentarme al igual que los *Ents* a indagar qué significa el acontecimiento del COVID-19.

Las circunstancias me habían llevado a una posición inesperada para la cual no estaba preparado. En ocasiones sonrío en solitario frente al espejo y me digo *¡qué ingenuo!,* en las clases de ciencias sociales con el curso 603 al iniciar el año, había aprovechado los sucesos de Wuhan para hacer un ejercicio contextualizado de las civilizaciones del lejano oriente, temática que se encuentra dentro del plan de estudios del grado. Les indicaba a los estudiantes a través de *Google Maps*, dónde se ubicaba el epicentro de la pandemia, cuáles eran los límites terrestres y marítimos de China; las diferencias de su sistema político con el nuestro, pero jamás imaginé que la peste cruzaría los océanos. Más allá de reinventarme como docente (llamado que se hace en este tiempo de crisis, que no es otra cosa que incorporar las herramientas metodológicas para continuar el proceso de enseñanza a distancia), debía identificar los enemigos

a los cuales nos enfrentamos. Claro, para los afortunados que conservamos nuestro empleo y no debemos recurrir a estrategias indignas como les ha correspondido principalmente a deportistas y artistas que han tenido que dejar su vocación de lado y encontrar alternativas que, centradas en la lógica macabra del emprendimiento, marchitan el alma.

Indagué en la web y apareció en el primer pantallazo de Google el texto *Sopa de Wuhan: Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia*, una compilación de Pablo Amadeo que reúne los textos realizados hasta finales de marzo por algunos de los intelectuales más destacados del mundo. Al divisar el índice quedé atrapado, rápidamente me sumergí en la lectura, principalmente, en los planteamientos de algunos *Ents* a los que admiro profundamente: Giorgio Agamben, Slavoj ŽiŽek, Byung-Chul Han; este estado de arte me permitió construir el artículo *Ser maestro en tiempo de pandemia: un salto de fe,* cuya publicación se realizó el 17 de mayo en el *Blog de la Facultad de Humanidades de la Universidad Externado*. A modo de corolario, en él se expone que es necesario tomar postura y realizar una resistencia más intensa a las formas de gobierno, que han aprovechado la pandemia para imponer sus agendas. Esta consecuencia creó la necesidad de elaborar un texto que acopiara, al igual que lo realizado con los intelectuales del momento en *Sopa de Wuhan*, lo que los docentes de Bogotá han reflexionado sobre la coyuntura, e invitara a los profes que no lo han hecho, a escribir desde sus iniciativas. He sentido en carne propia cómo la escritura

transforma y guía adecuadamente, por ello, de insistir en su dinamización.

La decisión no fue fácil, involucró una profunda meditación, cuya principal consecuencia fue aplazar la publicación del libro *Filosofía para SER niños,* empresa en la que nos hemos sumergido desde hace dos años en el Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo y ha permitido dinamizar la línea de investigación homónima del GruLAC *Filosofía, Ética y Educación* (Categoría C, Minciencias), a la cual se encuentran adscritas nuestras dimensiones de problematización (Arte y Filosofía; Innovación y Agenciamientos; Infancia y Corporeidad; Diálogo y Memoria) e IDEO, nombre con el cual se reconoce al equipo de profes líderes de semilleros y clubes de experimentación escolar.

Esta aventura editorial nos emociona mucho, pues a diferencia de las anteriores, no intenta solo hacer evocación de las publicaciones, eventos o alianzas erigidas desde Pensamiento Pedagógico Contemporáneo. *Experiencias de transformación colectiva a pie de página,* último estado de arte del colectivo en 2018 constituye una apuesta propia centrada en la concepción de la labor de aula como una experiencia que evita la cristalización del docente.

Del trabajo del editor

Una vez tomada la decisión de asumir el trabajo de realizar la compilación a la cual se le otorgó el título de *Sopa de letras. Reflexiones de pensamiento pedagógico contemporáneo sobre escuela y pandemia*, entré en contacto con las dos personas que serían mis aliados para llevar a buen puerto la apuesta. Si alguno de ellos rechazaba la invitación, de seguro habría desistido a pesar del entusiasmo. La intención de crear un texto es defender una perspectiva de mundo y para ello, se requiere calidad. En el Colectivo, llevamos mucho tiempo procurando posicionar el saber escolar como un conocimiento contextualizado y en la misma jerarquía del universitario, en esta ocasión no podíamos fallar. Fue de ese modo que entré en contacto con la profe Andrea Jhoanna Gil Castro del Colegio IED Venecia, quien fue la directora de arte de dos de las Sistematizaciones de Pensamiento. Contaba con ella para dar impacto visual al texto; y con el profe Claudio Ramírez Angarita, quien es cofundador y líder de una de las iniciativas más importantes de difusión de conocimiento escolar que conozco, a saber, el sello editorial Medio Pan y un Libro del Colegio IED Enrique Olaya Herrera EOH, para inspeccionar la posibilidad y requerimientos de obtención del ISBN. En ambos casos, la respuesta fue positiva.

Contando con un sólido equipo editorial, el siguiente paso fue lanzar la convocatoria de recepción de los textos; para ello, junto con el enlace para compartir vía

WhatsApp, del artículo *Ser maestro en tiempo de pandemia, un salto de fe,* realicé el 18 de mayo la invitación formal en el chat del colectivo y el denominado *Enredando,* donde se encuentran representantes de las diferentes redes y colectivos de maestras y maestros caracterizados por la Secretaria de Educación SED y el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico IDEP. Las llamadas de la profe de la Red Chisua, María Helena Ramírez Cavanzo, vinculada al Colegio IED Fernando Soto Aparicio y del profe de la Red de Docentes para la Equidad de Género en la Educación (REDEG), José Raúl Ruíz, coordinador en el colegio IED Cundinamarca, me llenaron de alegría. Antes de hablar con ellos, no tenía claridad sobre la presentación formal de los textos; el diálogo me permitió delimitar la extensión de estos (entre 1.500 y 3.000 palabras), letra Times New Roman No. 12, espacio 1.5, citación con normas APA.

Al día siguiente, me puse en contacto con la profe María del Pilar Chaves Escobar del Colegio IED CODEMA y el profe Ricardo Carvajal Reyes del Colegio IED Ismael Perdomo. Hace pocos días había leído unas reflexiones que realizaron en el chat del colectivo, y estaba convencido de que podríamos convertirlas en capítulos para el libro. Recibí un correo del profe Jairo Gómez del Colegio IED Hernando Duran Dussán, con una guía que había realizado para sus estudiantes, la cual fue adaptada para la compilación.

Tuve una excusa para comunicarme de nuevo con mi amiga Gisela Patricia Molina Cáceres y pedirle que nos

acompañará con un texto; nos habíamos reencontrado en abril, vía *Meet*, luego de un largo silencio, hablamos de la vida y de lo que ha significado la pandemia, para ella como docente de literatura de la Universidad Pedagógica Nacional, y para mí, como maestro de un colegio distrital. En aquella ocasión, coincidimos en la importancia de escribir sobre lo que ha significado la emergencia sanitaria.

Unos días después, realicé una búsqueda en la web, esta vez, no indagando por lo planteado por los teóricos, sino por lo escrito desde la escuela y la universidad en Bogotá. Con alegría encontré los artículos de Claudio Ramírez Angarita en el portal *La Silla Vacía*; Wilson Acosta Valdeleón del Centro de Liderazgo y Excelencia Docente CLED de la Universidad de la Salle; Raúl Guzmán González, en su blog de PAFMI, y Víctor Espinosa Galán, en la página web del Instituto Nacional de Investigación e Innovación Social INIS. Les solicité que adaptaran los textos para los fines del libro.

Aunque siempre he contado con ellos en este tipo de retos, no creí que participaran los profes Iván Orlando Caicedo Vallejo del Colegio IED Hunza y Diana Yasmín Reyes Ríos del Colegio IED Colegio Jaime Pardo Leal y directora de la revista del colectivo denominada *Transformación Colectiva*; se encontraban trabajando arduamente en los aspectos de diagramación y edición de esta. Finalmente, el profe Claudio me llamó y refirió a César Augusto Patiño Trujillo, docente del EOH, quien se encontraba realizando una extensa reflexión literaria sobre la pandemia.

Del trabajo del compilador

Ya constituido el grupo de autores, se inició un trabajo individualizado; ellos me enviaron bien sea sus avances o el texto que consideraban definitivo para realizar una lectura panorámica y recibir retroalimentación. Con algunos textos bastó una ojeada, con otros, dedicamos un poco más de tiempo y entregas. Entre las principales anécdotas quiero destacar las siguientes: En la realización de mi libro, *Morfeo, una escuela para la libertad: una experiencia de investigación acción inspirada en el pensamiento del último Michel Foucault* (2018), gracias al editor Andrés David Nieto Buitrago, aprendí, entre muchas cosas, que la palabra solo no lleva tilde en ninguna de sus formas. Con esta compilación descubrí que las palabras este y esta, tanto en su forma singular como plural también se les aplica esta ecuación. Me imaginó al profesor César Augusto mentando la respuesta que me envió para explicarme esta regla luego de que le solicité reiteradamente colocar las tildes al fragmento de su próxima novela que compartió como aporte para el libro. La revisión del texto de Gisela representó el mayor reto desde lo emocional, le debía enviar sugerencias a una maestra universitaria de literatura. Cada apreciación la revisé con mucho cuidado, no quería cometer un error que me avergonzará, no obstante, no pude escapar a mis miedos. La profe aceptó ciertas sugerencias; sin embargo, me dio una excelente clase de sintaxis y gramática con enlaces de la Real Academia Española RAE, con los cuales justificaba la no modificación de algunos apartados.

El capítulo de la profesora María del Pilar fue una grata sorpresa. Inicialmente, creí que lo escrito en el chat correspondía a una apreciación esporádica en el marco de un debate suscitado acerca del tipo de iniciativas que se deben fomentar en la escuela a causa de la pandemia; sin embargo, envió un texto que bien podría convertirse en un artículo para una revista de prestigio; incluso, ya había pasado por corrección de estilo. La publicación en junio del libro *Sopa de menudencias: Pensamiento crítico pedagógico en tiempos de pandemia* de la Red Maestras y Maestros Clasistas La Roja. Fue un punto de inflexión que describimos en la introducción del libro así:

Su publicación significó para nosotros, quienes adelantábamos un proceso similar, un momento decisivo; su lectura representaría, abandonar la tarea de compilación iniciada o reorientar la propuesta para no caer en un lugar común, de hecho, ya saturado por la densa bibliografía y conversatorios sobre esta problematización. "Sopa de menudencias", como producción sindical, se enmarca en el plano de la paradoja socialdemócrata: entre la beligerante denuncia de la carencia de Estado y la toma de este por vías democráticas. Las incompatibilidades con nuestra propuesta se encuentran, como plantearía Deleuze, refiriéndose a las diferencias entre su filosofía y la de Foucault, 'en el estatuto de la resistencia'.
Mientras "Sopa de menudencias" hace un llamado a educarse para tomar conciencia de clase y convoca a las calles como epicentro de la lucha, "Sopa de

letras. Reflexiones de pensamiento pedagógico contemporáneo sobre escuela y pandemia" exhorta a desgubernamentalizarse y propone el aula como lugar de batalla. (Maestras y Maestros Clasistas La Roja, (2020). Sopa de menudencias: Pensamiento crítico pedagógico en tiempos de pandemia. Editorial: MorboMente.

Una vez de acuerdo con los autores sobre la última versión de sus textos y escrita la introducción, el siguiente paso fue dar un orden a la compilación; se decidió agrupar los capítulos en secciones por ejes temáticos: Ética, Literatura, Ciencias sociales, Infancia y, Arte - Filosofía. Realizada esta acción, le envié el compilado a la profe Mirla Beltrán Castellanos del Colegio IED Cundinamarca para la revisión de estilo, ¡qué bueno es tener una maestra de lengua castellana en casa!, aunque llena de trabajo, no le podía decir que no a su hermano mayor, especialmente, si este se comprometía a cuidar de los niños mientras ella lo hacía. Al final, se repitió la historia, fueron mis padres los que atendieron a los pequeños. El involucrarme en estas aventuras académicas me ha convertido en un mueble más de la casa, al lado del computador; todos saben que estoy ahí, pero interactuó poco y respondo con monosílabos. Al igual que en la película *Clic*, yendo tras una meta incierta:

La vida se va sin disfrutar las maravillas del instante.

Recibida la revisión de estilo, intervine los capítulos para subsanar los requerimientos, y envié a los autores la

versión definitiva para aprobación o solicitud de ajustes en los casos que consideré que la mediación implicaba ir más allá de la forma del texto. Mientras esperaba los vistos buenos, le envié la versión más elaborada del documento a la profe Andrea Johanna para que hiciera su magia; la mediación que realiza es capaz de dar vida a los escritos, los presentan como un manjar que puede ser acompañado en la soledad de la lectura con un café o una copa de vino para los lectores más románticos. Hemos conversado al respecto con ella, y claro está, con el respeto y admiración por la obra de Orlando Fals Borda, por la cual, el libro *Morfeo, una escuela para la libertad: una experiencia de investigación – acción inspirada en el pensamiento del último Michel Foucault,* tuvo como título provisional durante una semana el de *Historia doble de la escuela bogotana* en alusión a la monumental *Historia doble de la costa del sociólogo*, consideramos nuestra complicidad intelectual como la del padre de la Investigación Acción IA y el artista Ulianov Chalarka, quién con sus historietas logró transmediar la teorización de Fals Borda y hacerla comprensible a un público no imbuido en las densas aguas de los conceptos, incluso analfabeta.

El profe José Raúl me había compartido recientemente una ilustración diseñada por un exestudiante suyo radicado en Cali, que actualmente cursa undécimo grado en el Colegio Agustín Nieto Caballero, para acompañar su capítulo, ¿quién pensaría que esta estaría destinada a convertirse en la portada del libro y que el talentoso Rafael Burbano Builes terminaría diseñando las imágenes

de todos los capítulos? bueno, casi todos, excepto el del profe Iván Orlando, quien se había inspirado para su escrito en una acuarela donde retrató con su pluma la tristeza de una de sus estudiantes atrás de la pantalla en una clase virtual.

Listo el machote, es decir, el texto definitivo en Word con ilustraciones; el siguiente paso fue enviarlo al sello editorial, sin él, no era posible solicitar el ISBN, necesitábamos el número exacto de páginas. En el correo de respuesta, el profe Claudio me indicó que faltaba la revisión de los dos pares académicos antes de enviar la solicitud a la Cámara Colombiana del libro. Quedé estupefacto, había omitido un detalle importante; afortunadamente, cuento con buenos amigos, entre ellos, Tito Alexander Valbuena Rodríguez, un profe inquieto con la literatura del Colegio IED Estanislao Zuleta; él no dudó en apoyarme a pesar del reducido tiempo. Recurrí de nuevo a la familia, a mi otra hermana, la profe Ara Beltrán Castellanos del Colegio IED Francisco de Miranda; no fue fácil convencerla, negociamos como lo hemos hecho desde niños, con los deberes que tenemos que cumplir en el apartamento de nuestros padres.

El texto recibió solo unas cuantas observaciones y precisiones por parte de ellos. Bastó con una tarde para ajustarlo. Apresurado, envié el machote para que el profe Claudio realizará la solicitud de ISBN del libro; estábamos a puertas de presentarlo el día 9 de septiembre en el Congreso Internacional de Ética, Ciencia y Educación y aún no contábamos con ese numerito

tan importante que les da respaldo a las producciones académicas. Al final, tuvimos que socializarlo sin la posibilidad de compartir un drive para descargarlo. Igualmente, en la segunda exposición del libro en el Foro local de Educación de Kennedy el 18 del mismo mes, no hubo otra alternativa que informarles a los asistentes que pronto subiríamos el texto a una plataforma; estábamos optimistas, aún no presagiábamos la tormenta que se desataría.

A los pocos días recibimos una comunicación de la Cámara Colombiana del Libro, informando que nuestra investigación no sería aprobada:

> En atención a su solicitud, nos permitimos recordar que, las publicaciones como son los pasatiempos, juegos, entre otras, no son asignables con ISBN, razón por la cual deben solicitar la devolución del pago efectuado.

Esta respuesta retrasó el proceso de publicación un mes más, los mensajes aclaratorios del porqué del título pasaron por las distintas etapas del duelo: negación, confrontación y posterior aceptación. Con la profe Andrea, consideramos como último recurso reemplazarlo por *Sopa de teclas*, puesto que no afectaba la portada e implicaba pocos cambios en la redacción. Finalmente, el 6 de octubre fue asignado el ISBN. El empeño del profe Claudio logró lo que yo había dado por perdido.

La escena por grabar

La aventura de publicación de *Sopa de letras. Reflexiones de pensamiento pedagógico contemporáneo sobre escuela y pandemia*, bien podría ser parte del mundo de J.R.R. Tolkien. Mientras escribía esta memoria, imaginaba que el equipo de autores y colaboradores académicos que conformamos participó en la batalla denominada cuarentena, desatada cuando Saruman con un hechizo maléfico adormeció las mentes de las personas. El miedo a enfermar encerró los cuerpos y permitió imponer un régimen de terror. Para contrarrestar el embrujo, Gandalf convocó un grupo de profes con una tarea específica: identificar los elementos de la poción. El mago aliado del bien sabe que algunos son alquimistas: en el laboratorio del aula experimentan con diversos elementos para hacer brillar lo más fuerte posible a cada uno de sus estudiantes. Hay oro dentro de ellos y para sacarlo a luz, se debe encontrar la fórmula precisa.

Saruman, equivocadamente, creyó que si los alejaba del laboratorio no continuarían con sus investigaciones. Al igual que en la película, no previno que la fuerza radica en el espíritu, que, aun con el cuerpo lastimado, si los ideales son nobles, se recobra el coraje para erguirse, incluso, si de antemano, se reconoce que las circunstancias juegan en contra. La pandemia develó que el gran ojo del Señor oscuro Sauron nos observa detenidamente, se ha levantado de las cenizas y reorganiza sus fuerzas bélicas:

¡Debemos estar preparados para luchar! En el mundo de la escuela, nos esperan abismos por cruzar, lágrimas que derramar y amigos que extrañar.

Andrés Santiago Beltrán Castellano
Líder del Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo

Del Patio escolar a la sala de la casa

Nodo Distrital Actividad Física y Cuerpo

Podcast

Durante la pandemia se han escrito muchas historias, varias de ellas tristes, otras no tanto, como lscritor británico J.R.R. Tolkien, corre por mi cuerpo una llama llena de intensidad, trabajo que adelantan los profesores de educación física y sus estudiantes. Esta es la historia de Luis Eduardo, Germán y Diego Fernando. Los tres emprendieron viajes diferentes, tres caminos distintos, pero juntos con un mismo objetivo, pensar cómo proponer a los estudiantes la clase de educación física, que antes se desarrollaba en el patio y ahora en la casa.

La Travesía de Luis Eduardo

Recuerdo ese día muy claramente. Nadie se esperaba el anuncio que nos hicieron y eran muchos los interrogantes que surgían. *¿Cómo lo íbamos a hacer? ¿Cómo llegar a los estudiantes?* Había que iniciar pronto, por lo cual teníamos que ingeniarnos alternativas fáciles de aplicar. Me surgió la idea de trabajar e implementar en el colegio donde laboro una metodología basada en los retos, propuesta que involucra activamente al estudiante en una situación problemática real, relevante y de vinculación con el entorno. Se basa en trabajar desde el espacio del hogar, con los recursos que allí se puedan disponer. Como dijo el profe Diego, solo se podría pedir rollos de medias en vez de pelotas o tarros plásticos en vez de conos.

Y así planteé el nuevo proyecto para acercarme a mis chicos y chicas, con el fin de invitarlos a realizar actividad física en casa, pero en especial para ayudarlos a desarrollar y afianzar su parte motriz e impactar en la unión familiar mediante el movimiento. Buscaba que fueran conscientes de ejercitar no solamente el cuerpo, sino también la mente, para que pudieran mantener la salud física y un buen estado mental y emocional. En este viaje llamado pandemia por COVID fue necesario buscar las herramientas que nos acercaran más a los estudiantes, sin inclinar la balanza para aquellos que todo lo tienen, sino pensando en los que no tenían los medios tecnológicos: internet, computadores, *tablets*, datos o celulares; y en búsqueda de mayor equidad.

En este mismo sentido, las directivas de mi colegio decidieron que lo mejor para todos era realizar clases sincrónicas, donde los estudiantes pudieran conectarse y tener la posibilidad de ver y escuchar a sus compañeros y maestros. Personalmente no me parecía justo, ya que había alumnos que no contaban con la posibilidad de acceder a clase desde casa, y además lo que recomendaba la Secretaría de Educación era que ni estudiantes, ni maestros salieran a la calle para buscar cómo conectarse, arriesgándose a contraer el virus que estaba comenzando a extenderse por toda la ciudad. A pesar de las dificultades de conexión, se iniciaron las clases simultáneas, mientras continuamos pensando qué hacer para ofrecerle a niños, niñas y jóvenes la mejor educación en plena pandemia. En lo personal ya no quería ese viaje; la desigualdad que veía me había desacomodado de lo que buscaba, pero ya no tenía otra posibilidad; de cualquier forma, ya no podía regresar atrás.

Así las cosas, en mi primera parada, comencé a grabar desde casa vídeos cortos, adaptando mi sala como un set de grabación. Grabar los vídeos en casa resultó muy divertido porque ayudó a bajar el estrés y a unirnos como familia. Todos en casa desempeñamos un rol. Mi esposa era la encargada de dirigir la filmación del vídeo desde la revisión del guion que yo previamente había escrito, también supervisaba la escenografía y el vestuario. Mi hijo menor era el encargado de la iluminación: de manera improvisada organizó las lámparas de las habitaciones con papel aluminio, para generar verdaderos efectos de luz; abría y cerraba las cortinas dependiendo de la hora del

día en que estábamos grabando, fue una locura.
Mi hijo mayor era el camarógrafo, encargado del celular. Cuando grabamos el primer vídeo, le escuchaba decir continuamente:

-Corte, corte. Se repite …Hágalo bien …. Póngase serio.

Nos causaba mucha risa, tanto así que para grabar un video de 5 minutos tardamos casi una tarde. Todo eso fue muy divertido y nos reímos mucho. Pero los videos se fueron agotando y tuve que generar una nueva estrategia.

Para la segunda parada, me vi ante el desafío de ampliar mis conocimientos en lo relacionado con el uso y manejo de plataformas. Empecé a emplear *Google Classroom*, donde compartí vídeos de clase, guías de trabajo y retroalimentación, sumado a la posibilidad que tenían los chicos de escribirse con sus compañeros. También de una forma organizada les presenté fechas de entrega y evaluación, y referentes teóricos de consulta. De esta manera, seguí viajando y creando. Le propuse a los estudiantes enviarme como evidencia de su trabajo o de la habilidad adquirida en casa, un vídeo que sustentara el para qué, por qué, cómo y cuándo se hace. Esto hizo que se desnudara un poco la realidad social de mis estudiantes, pues me permitió conocer dónde vivían, las necesidades que atravesaban, sus comodidades, dificultades y limitaciones, todo aquello que cuando estábamos en la presencialidad desconocía, porque muchas veces son celosos de su realidad y la tratan de esconder.

La tercera parada dio inicio con las clases sincrónicas. Aquí propuse a los estudiantes ejecutar el reto y, valga la redundancia, retarse unos a otros en términos de tiempo y capacidad de resistencia. Se organizaron por grupos de niños y niñas; fue una propuesta que permitió alcanzar los logros planeados para el periodo, pero también permitió fortalecer lazos de amistad y generar un espacio de esparcimiento y sana competencia. Es importante, en este viaje, reconocer el papel de la lúdica para el trabajo con alumnos de estas edades, en las cuales las competencias y los desafíos se encuentran a la orden del día. Desde esta mirada, el docente reta a sus estudiantes, y estos a sus compañeros. De manera similar a las competencias que hacían ellos en el colegio, esta vez, teniendo a las familias como los principales evaluadores y cómplices de su trabajo, por medio de una pantalla de computador y/o celular.

Sin embargo, debo decir que las clases sincrónicas, como todo lo que pasa en este país, excluye a la población de escasos recursos. Por este motivo, algunos niños no pudieron viajar en modo all inclusive, es decir: videos en redes sociales, participación en classroom y encuentros sincrónicos, sino que debieron viajar en clase económica, es decir, con una sola de las opciones, perdiéndose de la mitad de los contenidos. O simplemente no viajaron, este grupo lo conforman aquellos estudiantes que, luego de que empezó la pandemia, no volví a ver.

Para mí, este viaje continúa con una nueva estación que será el 2021 y lo que ello implique. Por ahora tengo guardado todo el material elaborado, pero sobre todo la experiencia de cada estación, esperando que retornen todos mis estudiantes, sin limitación el año que viene.

La Excursión de Germán

Tenía previstos unos días lejos de la rutina, cerca del cielo, pues planeaba subir al nevado del Tolima con mi hija, sintiendo y viviendo la nieve en todo su esplendor. Casi todo estaba listo, y de pronto ese día nos informan:

- No puede regresar al colegio. Todos se quedarán en casa.

Adiós viaje, adiós descanso, adiós hija. Debíamos quedarnos en confinamiento. Daban a entender, además, que debíamos trabajar desde casa. Surgió entonces la pregunta: *¿Cómo trabajar la educación física en forma no presencial?* Recibí la orden de los directivos del colegio: tenemos que hacer una guía y colgarla en el blog de la institución, para que los estudiantes realicen actividades del área en forma remota y las presenten después de Semana Santa, que es cuando inicialmente plantean que termine este primer confinamiento decretado.
Mis compañeros de área y yo nos preguntamos *¿cómo enfocamos las clases para que los alumnos se motiven? ¿cómo les podemos ayudar mediante las guías a vivir y sobrellevar de la mejor manera, personalmente y en familia, esta crisis que están pasando?* Las respuestas fueron varias. Por un lado, nos centramos en promover en ellos una disciplina de trabajo autónomo. Luego buscamos favorecer en los estudiantes una buena condición física, mental y emocional. Y todo ello enfocado a potenciar la educación física integral con temáticas nuevas para motivarlos.

Con todas esas conversaciones en mi cabeza, mi rutina cambia: Inicio el día realizando mi actividad física favorita, el *walking life* en un espacio reducido alrededor de la casa o utilizando la bicicleta estática si llueve, porque no se puede salir. La ventaja es que ya no escucho ruido de motores, ya no veo personas corriendo de un lado para otro para llegar a sus trabajos o estudios, no veo buses llenos, ahora disfruto del canto de los pájaros, los colores de las flores, los árboles con sus frutos que rodean la casa y todo al calor que se siente desde la mañana. Las mañanas ya no solo son mías y para mis asuntos, sino más bien son del colegio y de otras entidades y personas que de la noche a la mañana optaron por las reuniones virtuales, y por compartir todo a través de las redes sociales. Son de la radio y la televisión que bombardean de información sobre la pandemia, cifras de aquí, cifras de allá, normas para esto y normas para lo otro; las ayudas para unos, las protestas de los otros, pero, en fin, todos confinados. Organizo una rutina de actividades aparte de las laborales, tratando de leer y escribir en esos textos que están iniciados y que narran experiencias innovadoras e investigativas, que he venido trabajando y que necesitan ser estructuradas para poder compartirlas con otros colegas.

Se termina la Semana Santa y se sigue en confinamiento. La orden de los directivos es que debemos seguir trabajando remotamente con los estudiantes mediante guías, que ahora por acuerdos institucionales, se deben subir al blog cada 20 días, para no saturarlos y, además, buscar medios de comunicación con ellos, por lo que se

establece que el correo es una buena opción. Comienzan a llegar al correo actividades de los estudiantes en forma esporádica, volumen que se va incrementando con cada nueva guía, y entonces los docentes entramos sin darnos cuenta, y sin poderlo rechazar, en un trabajo escolar que ha sido llamado 24/7, puesto que los alumnos envían actividades a cualquier hora del día, durante los siete días de la semana. Como me dijo una vez el profe Diego, todo esto traspasa el tiempo laboral e invade el espacio familiar e, inclusive, hasta los fines de semana, lo que hace que uno termine el día más cansado que nunca, tanto que me confesó que el sueño lo vencía cada vez que quería ver series junto a su esposa.

También entramos en la filantropía pedagógica, como ha sido costumbre del gremio de maestros de antaño y que aún hoy en nuestros días, no ha cambiado. Siempre resultamos anteponiendo el corazón por encima de la razón dando de lo nuestro, para que los estudiantes lo tengan todo y puedan cumplir con sus labores y su formación, sin que la institucionalidad lo reconozca o lo apoye. En estos siete meses de confinamiento y pandemia, los maestros de Colombia hemos evitado que colapse el país, con niños y jóvenes por las calles y sin control, expuestos al virus. Porque hemos colocado, como siempre, a favor del proceso educativo de niños, niñas y jóvenes, no solo más de nuestro tiempo laboral, sino también hemos colocado nuestros equipos, datos, voz, internet y electricidad, y esto de nuestros bolsillos, sin que se haya escuchado del Estado nada al respecto.

Solo espero que la tecnología no me pase su cuenta de cobro en la salud, sobre todo para mis ojos, por las largas jornadas pegado a la pantalla del computador. Personalmente, he logrado comprobar y reafirmar que la ciudad da oportunidades, pero quita vida. La vida en el campo va a otro ritmo, se respira diferente, se piensa diferente, se come diferente, se descansa diferente; es otra vida, que he podido disfrutar sin el estrés citadino, durante estos siete meses de confinamiento. Ahora que ya enfilamos hacia el cierre del año escolar, me sigue preocupando lo que, en todo este tiempo de confinamiento, me ha estado rondando en la cabeza: ¿Qué ha pasado y qué va a pasar con todos los estudiantes que no se han reportado por ningún medio y de los cuales no sabemos absolutamente nada? No conocemos a nivel personal y familiar qué sucedió con ellos, por qué no pudieron viajar, por qué no recorrieron el camino o qué hicieron en estos meses, y si van a estar nuevamente en nuestra senda o si por una u otra circunstancia tuvieron que tomar otro rumbo.

Me embarga la tristeza, porque siento que se alejaron de mí, sin que siquiera hubiéramos podido despedirnos; lo único que anhelo es que sean felices y triunfen en la vida como siempre se los inculqué.

El Camino de Diego

Ese día de marzo, el colegio anunció la suspensión de clases para el lunes y martes de la siguiente semana, con el propósito de que los profesores tuviéramos el tiempo de pensar cómo dar los contenidos durante la cuarentena decretada por el gobierno nacional. Con la promesa institucional de que una vez volviéramos, haríamos la Semana Deportiva. Al principio lo tomamos con cierta calma, pensando que en breve tiempo estaríamos reanudando nuestra normalidad académica. Pero fue entonces cuando, después del anuncio de aquel viernes, el clima organizacional y laboral empezó a cambiar con la aparición de muchas vicisitudes.

Los estudiantes se quedaron en casa y a los maestros nos convocaron a diferentes reuniones de información, para conocer las nuevas disposiciones y poder así direccionar las acciones pedagógicas, que para mi clase de educación física consistían en planear actividades de práctica sencilla, de manera asincrónica y sincrónica. Fue así como en esa primera semana, vi oportuno enviarles un video del maestro Alexander Rubio y su Pedagogía del Loto, con la cual propone *respirar, pensar, sonreír y actuar*, como una forma de fortalecer el sistema inmunológico y estar mejor preparados para asumir el diario vivir. Les propuse que aplicaran esa técnica y la compartieran a sus familiares y seres queridos de su entorno, con la idea de usarla para iniciar cada día, como una pausa activa o como un recurso a utilizar en momentos de angustia, estrés o enojo.

Para la segunda semana, se me ocurrió enviarles un documento guía llamado *Programa de Ocio en cuarentena*, que copié de un grupo de WhatsApp, con la indicación de que los padres revisaran y escogieran las actividades que consideraran más adecuadas para hacer desde sus casas. También el enlace de un blog que había hecho años atrás, con fotos y videos que contextualizan y recuerdan la intención y la historia de la Semana Deportiva desde 1999; esto con el ánimo de mantener viva la emoción y el sentido de nuestro esperado evento. Dicho espacio había sido antes alegre, organizado y significativo para todos, donde lo más importante no era ganar o perder, sino, más bien, *jugar limpio, con esfuerzo y fraternidad.*

Las respuestas que recibí de estudiantes y padres de familia a estas primeras actividades denotaron una muy buena aceptación, con muchas felicitaciones por esta labor. Pero también evidenció que sólo el 39% había leído el correo. Y fue así como me propuse confrontar al 61% restante. Empecé a notar las primeras barreras de aprendizaje: no todos leen los correos, no todos tienen el tiempo, no todos tienen el ánimo, no todos disponen de las condiciones virtuales, no todos tienen buena conectividad. No había acabado la primera cuarentena y el gobierno ya decretó la segunda, la cual terminaría con la Semana Santa. Pero antes de que terminara esta misma, anunció nuevamente la siguiente, que iba hasta que terminara el mes de abril. En ese momento estábamos cada vez más informados de lo que pasaba en el mundo con la amenaza a la que nos estábamos enfrentando. Fue entonces como el desconcierto, la incertidumbre,

y con ella el miedo que generaba la aparición del COVID-19, nos hizo pasar, de un momento a otro, de una cómoda educación a una incómoda educación remota. La alegría se tuvo que contener para darle paso a la desazón y la angustia que generaba reemplazar la clase de educación física, acostumbrado a hacerla de forma presencial desde un amplio espacio debidamente implementado, a tener que hacerla desde el mínimo espacio embaldosado que puede ofrecer una casa o un apartamento, su sala, su cuarto, el garaje o cualquier otro sitio.

En educación remota solo podría pedir rollos de medias en vez de pelotas, o tarros plásticos en vez de conos; era lo máximo que les podía pedir a mis estudiantes, y procurar así que todos sin excepción tuvieran la misma posibilidad de participar en una clase que siguiera siendo significativa a su corporeidad. Pasar a esas mínimas condiciones nos hizo ver y extrañar cómo vivíamos, como también apreciar que el solo poder respirar por sí mismo era la mayor de las ganancias. Asumí entonces seguir siendo un maestro optimista, decidí pensar más en las oportunidades que en las dificultades desde un nuevo paradigma con un gran interrogante: *¿Cómo, desde la acción reflexiva, podemos generar espacios de convivencia familiar en pro de un mejor bienestar?*

Fue así como empecé a utilizar mi tiempo de no clase para buscar herramientas y estrategias que generaran acciones pedagógicas significativas como respuesta a esta nueva realidad. De igual manera fue así como, sin darme cuenta, pasé de una normalidad laboral de

ocho horas, la mayor parte frente a mis estudiantes haciendo trabajo de patio, a dieciséis, la mayor parte en actividad mental frente a un computador. Además, paradójicamente he ido perdiendo progresivamente la vista en procura de mantener la visión y el sentido de mi acción pedagógica. Con Mary, mi esposa, quien también es maestra, nos hemos reído recordando cómo al inicio habíamos pensado que al tener que estar mayor tiempo en casa, íbamos a tener mayor oportunidad de ver series en Netflix. Pero en esas primeras semanas, la realidad era que terminábamos tan exhaustos que, cuando intentamos hacerlo, ya nuestros ojos solo querían mirar para adentro, y se nos cerraban automáticamente.

Tras la búsqueda de herramientas me encontré con una que se ajustaba fácilmente a mis necesidades y me daba otras oportunidades. Se trata de *FlipGrid.com*, una plataforma que había sido escogida en el pasado Congreso Internacional de Innovación Educativa CIIE 2019 en Monterrey (México), como una de las más usadas a nivel mundial. Así fue que empecé a utilizarla para pre-grabar mi clase, compartirles videos tutoriales y a cambio, por allí mismo, ellos me enviaban vídeos que evidenciaban el cumplimiento de mis pedidos; estos fueron quedando debidamente almacenados en la plataforma y separados por grados, como una alternativa para quienes no pudieran estar en las clases sincrónicas por Zoom, que para esa tercera semana debíamos empezar a hacer. Me recordó la estrategia del profesor Luis Eduardo, quien comenzó a grabar desde su casa videos cortos, adaptando su sala como un set de

grabación. Organizó el material deportivo que tenía: mancuernas, bandas elásticas, la barra de pesas, lazos, balones de baloncesto, fútbol y futsal, que hicieron parte de la escenografía.

Lo primero que hice fue enviarles un video con mi saludo inicial, en el que les pedía que hicieran un vídeo no mayor a 45 segundos en el que me contaran cómo estaban, cómo se sentían, qué actividad física realizaban y con qué espacios y materiales contaban. Sus respuestas me permitieron diagnosticar que se encontraban muy bien, que contaban con unas mínimas condiciones de espacio y materiales para realizar la clase. Pero lo que más me llamó la atención fue su respuesta de cómo se sentían porque una gran mayoría manifestó sentirse triste por no estar con sus amigos de colegio, pero a su vez muy contentos porque estaban teniendo más tiempo con sus padres en casa. Con este sentir, les propuse jugar de manera voluntaria al equipo que más sumara puntos cumpliendo retos, los cuales debían evidenciar a través de un video. Y si en el vídeo aparecía un familiar participando, se le otorgaba un punto más a su equipo. Inicié proponiendo cuatro retos, y al final, con la ampliación de la cuarentena, terminamos con 22 retos cumplidos, que les hizo jugar, hacer magia, y contar un chiste; además de cantar, bailar, reír y ser felices jugando en familia.

La otra oportunidad que me dio la plataforma fue el trabajo de dilemas morales desde las competencias ciudadanas, el cual vengo realizando desde hace seis años en mi clase de educación física, como lo plantea

el Ministerio de Educación Nacional (MEN). He logrado constituir 32 códigos de juego limpio, esfuerzo y fraternidad (códigos JEF) como un referente ético y moral que utilizo en situaciones reales de clase para confrontar lo que está pensado y aceptado. También los utilizo a lo largo de todo el año lectivo como un instrumento de seguimiento y evaluación a la participación y el desempeño de mis estudiantes en la clase, y en la Semana Deportiva de cada año.

Hemos construido una cultura institucional en la que el juego limpio garantiza la diversión de todos; también el esfuerzo nos permite avanzar superando los obstáculos; y la fraternidad nos da la oportunidad de vivenciar y compartir la emoción de jugar con sentido humano.

Punto de Encuentro de los Tres Viajeros

Luis Eduardo, Germán y Diego Fernando notaron que, aunque por caminos distintos de clases sincrónicas, asincrónicas e híbridas, siempre quisieron llegar al mismo punto de encuentro, estar lo más cerca a sus estudiantes para acompañarlos en sus procesos escolares y para que estos fueran exitosos. Todo lo anterior, buscaba que los alumnos y sus familias no se sintieran solos en sus desarrollos académicos y personales, sino que sintieran ese apoyo del colegio, directivos y maestros en este tiempo de confinamiento. En este mismo sentido, aunque las pedagogías utilizadas por los tres viajeros fueron distintas, también se muestran como exitosas, ya que buscaron caminos menos estrechos y pedregosos, para poderle llegar a la gran mayoría de estudiantes.

Fue muy triste ver que muchos chicos no viajaron; infortunadamente la Secretaría de Educación quería ser incluyente, pero no alcanzó a lograr ese deseo para todos. Esta pandemia dejó ver la desigualdad social que existe. Este texto cierra con una invitación a los lectores:

A elevar con una petición, desde la creencia de cada uno, por las familias de nuestros colegios que perdieron un padre, un hijo, un tío, un primo, en fin, un ser querido. Esperamos que llegue una vacuna lo más pronto posible para que nuestras vidas, nuestros trabajos y nuestras

familias puedan retornar a la nueva normalidad, y que cada uno haya logrado aprender la lección que la pandemia nos viene trayendo. También que todos los estudiantes puedan volver a este viaje de la escuela en estos tiempos.

Nuestro deseo es que ninguno se quede fuera del viaje, fuera de la clase. La invitación es a encontrarnos en alguna de nuestras salas, para leer y releer esto que Luis Eduardo, Germán y Diego Fernando escribieron en un trabajo de equipo, sin siquiera conocerse personalmente, trabajo que es común y propio en el educador físico.

Viajando entre historias de Orientadores escolares en tiempos de sindemia

Nodo de Orientación Educativa

Podcast

Aliste equipaje y déjese guiar por este recorrido. Déjese contagiar del Yoga de la Risa, el cual se observa en el amanecer de todos los miércoles, donde la capitana ***Mar Angelita*** nos hace carcajear a un ritmo siempre presente: ja, je, ji, jo, ju. Seguiremos en altamar, guiados por el capitán ***Bigotes Resilientes***, continuando con los versos del pirata ***Trovador Pegó***, que con su voz y rima narra su experiencia. Deléitese en las profundidades de la Epístola al ausente, una carta que llegó al buque por medio de la gaviota ***Sin Conexión***. Luego podrá ver tierra con el faro, allí reflexionará sobre lo importante de comprender y reflexionar juntos sobre el mundo que nos rodea. Este faro que siempre cuestiona y reta, para buscar un mejor desarrollo de la tripulación justo antes de llegar al puerto. Y, por último, el recorrido finaliza atracando en el puerto del Nodo Orientación Educativa – REDDI, donde los tripulantes conformamos un colectivo académico, de reflexión, escritura e investigación, al cual usted está invitado a formar parte.

¿Están listos? Se avizora nuestro primer destino

…Con una canción marinera continuaremos nuestro viaje, pues el barco sobre la mar impredecible... nos llevará a un destino que vislumbra… incertidumbre y felicidad…

Destino: El Yoga de la Risa

En un océano inmediatista, donde los ritmos vitales son acelerados y las exigencias sobre las personas y el ambiente llevan a daños irreparables en la tripulación, buques y barcos. Observábamos a la capitana, quien decide salir en el aura y tomar instantes de aire. Mientras lo realizaba, sentía como el mundo se detenía, pasaba en cámara lenta al tomar cada respiro, las alzas de contagios, la recesión económica que afectó a los hogares que vivían del día a día, el aumento de fallecimientos por el SARS-CoV-2 y la angustia de las familias de bajos recursos sin sustento alimenticio. Soltaba el aire, dejando que el mundo pasara por su alma. Nuevamente, tomaba respiro y pasaba la tristeza presente en reuniones virtuales con amigos, estudiantes, docentes, directivos que se les entrecortaba la voz al hablar de los seres perdidos en altamar. Soltaba el aire con tranquilidad y estabilidad para irradiar un poco de calma a los tripulantes que, en lugar de un hasta luego, tenían que decir adiós.

Y nuevamente, tomaba el aire para percibir la vida, los sacudones que durante el 2020 todos sentimos, las alegrías y las tristezas, las pérdidas, los consejos que ya no estarán, los seres queridos que partieron de la vida, la incertidumbre producto de encontrarse cara a cara con la muerte y la necesidad de varias familias quienes atravesaban por el amplio número de despidos. Y otra vez, soltaba el aire. Sin embargo, entre su pecho y mente, un nudo se hacía y el corazón se sentía pesado; no sabía

aparte de respirar qué más podía hacer, soltaba el aire, liberándose de todo ello y sacándolo de su cuerpo con cada exhalación; y de nuevo tomaba aire y en una de esas exhalaciones, un impulso de escribir le surgió:

Reír, caminar, compartir, perder, caer, dejar, morir
es parte de vivir...

Que no se te pase la vida sin sentirla, sin reír,
que recorra la vida por tu corazón, mente y cuerpo;
que no te sientas afligido si cuando cambia algo te duele,
si duele es porque viviste, porque fue vida;
si lo sientes es porque compartiste el aire con algo o alguien,
lo apreciaste, y lo único que queda es que duela lo vivido.

Y en definitiva, es lo más difícil en la vida,
no he conocido la primera persona a la que le guste esta experiencia;
¿A quién le gusta dejar, perder, caer?
¿Tener cicatrices? ¿Tener vacíos?;
es inevitable el nudo en la garganta,
ese sentimiento que brota entre tu mente y corazón,
ese decir adiós a algo querido.

A algunos sujetos hasta nos llega a brotar agua,
porque duele lo vivido;
sin embargo, esto va de la mano con,
reír, caminar, compartir,
generar vínculos y alianzas,
estrechar abrazos, estar en compañía de otro;
vivir con esperanza disfrutando cada respiro,

cada sitio y vivencia,
que, como pasajero de la vida, has recorrido.

No es fácil, sin embargo,
cuando tu viaje ha terminado,
y sientes esa molestia entre tu mente y corazón;
ese instante en que te tienes que bajar del avión, del barco.
¿Quién enfrenta fácilmente ese momento?,
donde sabes que ya las cosas no serán igual;
ese momento en que el avión está despegando,
y lo único que te queda es honrar lo vivido,
nos queda agradecer infinitamente la oportunidad
de la experiencia vivida y perdida,
seguir tu camino y aceptar.

Vives ese instante de pérdida,
anhelas revivir lo que se ha esfumado;
te quedas detenido,
algunas veces con añoranza,
otras con rabia,
otras con frustración
o contradicción.

Luego, sabes que lo único que queda
frente a lo perdido es seguir caminando;
a veces a ritmo rápido para no decaer,
otras veces más lento para agradecer la posibilidad
de haberlo vivido;
intercambias momentos de pausa,
con pasos lentos, ocupaciones miles,
mientras acepta tu corazón, mente y cuerpo,
que ya no será, que la vida pasa.

Hoy, experiencias que suceden y afectan nuestro ser,
nos gustaría que fuera eterno lo querido,
ninguna persona quiere perder,
pero así duela, arrebata experiencia a cada
segundo de existencia;
no dejes de vivir, que no se te pase la vida sin sentirla,
es parte de vivir, dejar, caer y perder, es parte.

Rinde honor al ser amado,
y tributo a esa existencia que sembró la semilla de la vida,
la semilla de la revolución,
porque, aunque no fue un instante perfecto,
ahora que ya pasó, fue exactamente como debió ser;
la vida se privilegió de la existencia,
y ante eso hay que rendir honor, dar gracias,
y que te duela lo vivido.

Cuando tenga que ser,
abre tus brazos,
y dale paso a honrar la vida de los que se fueron;
y honra la vida de quienes quedamos.
Sigue tu paso.

De las emociones nace arte, textos, poemas, vivencias. Entre murmullos se escuchaba. Esto, la capitana Mar Angelita, lo tenía claro. Sin embargo, quería llegar a un instante agradable en medio de la incertidumbre y la partida de seres queridos. Quería resaltar lo humano y la vitalidad, de allí tomó su respiro matutino pensando en cómo hacer sentir mejor a las personas que la rodeaban, y cuando exhaló, sucedió algo diferente, el aire se convirtió

en una sonrisa. Entonces ella decidió poder compartir, conectar y vincular esta idea maravillosa con todas las familias a partir de una pantalla; y empezaron a aflorar así, los sentimientos, estados de ánimo y todos sus derivados, a veces tristeza, a veces alegrías o frustración.

Y todos los miércoles en el aura, decidió hacer el entrenamiento: respirar, vivir, sentir, reír. Al amanecer, compartir con las personas que decidieron juntarse y practicar la existencia por medio del Yoga de la risa y las charlas de acompañamiento psicoafectivo. Un lugar donde, pese a que el mundo y la mar estaban colapsando, las personas sentían y disfrutaban de la existencia, sentían sus pensamientos y soltaban todo con carcajadas. Al otro lado de las pantallas, aparecían los familiares, mamás, y hermanos, que se unían al ejercicio con sonrisas sutiles; y los protagonistas, el grupo *Ja, Je, Ji, Jo, Ju,* que con toda la energía disfrutaban de los beneficios en su cuerpo al respirar y sonreír.

Capitana Mar Angelita
Colegio Ciudadela

Y así pasaron día a día en la altamar, en búsqueda de tierra. Ahora, de la mano del señor capitán Bigotes Resilientes, vivamos lo que dice Neruda: "Necesito del mar porque me enseña: no sé si aprendo música o conciencia". ¡Atentos! ¡Escuchemos al capitán!

Destino: Una crónica resiliente de los orientadores ante la mala mar

Los profesionales en educación, con ímpetu, ponían en marcha los planes de aula, mallas curriculares y otros proyectos transversales en las escuelas y colegios de la ciudad, que, a inicios de enero, en términos náuticos, habían zarpado sin novedad.

En este escenario de cotidianidad, son convocados a realizar los diseños y ajustes necesarios para garantizar el derecho a la educación a los niños, niñas y adolescentes en medio del COVID-19, que desde el mes de marzo hace presencia en el país/alta mar. El imperceptible virus que se originó en el gigante asiático (Wuhan-China), sin ser modelo y sin pretensiones filosóficas, ha viajado desde la ciudad de la moda (Milán-Italia) a la Atenas suramericana (Bogotá-Colombia). Los maestros, con total disponibilidad y aportando no solo tiempo adicional sino recursos personales, despliegan una serie de acciones pedagógicas emergentes a favor de los procesos de enseñanza-aprendizaje, donde la familia -primera escuela- recupera el protagonismo en virtud del

confinamiento. Ahora, los establecimientos educativos –segundo hogar- cierran sus claustros, y se abren hacia una nueva experiencia que la política pública denominó *Aprende en casa.*

El COVID-19 obligó al confinamiento, el cual generó fatiga pandémica. La creatividad implementada de los pedagogos y la paciencia probada de los progenitores, no resistió la nueva dinámica. Esta no tardó en promulgar las posibles causas de las múltiples tensiones familiares. *-No somos maestros - proclamaron los padres de familia -los docentes no son expertos en virtualidad, las salas de nuestras casas no son aulas de clase, nuestros hijos no aprenden sin la respectiva motivación, no avanzan sin la socialización con pares, no profundizan sin la asesoría permanente de especialistas en ciencias, humanidades y arte.*

Por su parte y en pocas palabras, los pedagogos decretaron que los estudiantes y sus familias carecen de habilidades y recursos necesarios para atender a través de una pantalla las propuestas de los docentes. En la práctica pedagógica emergente, las familias y los educadores más que nunca son aliados, los primeros desde la presencialidad, y los segundos desde la virtualidad mancomunadamente desplegaron planes para garantizar educación en tiempos de emergencia. Quienes integran esta gran alianza (familia-escuela) experimentaron que, ante el infortunio, la resiliencia debe integrarse al sistema educativo; la creatividad, la gestión positiva del conflicto, el liderazgo, el trabajo en equipo, la adaptabilidad y otras habilidades blandas

son tan importantes como las llamadas fuertes, hoy blandengues y debilitadas por un virus.

Además de la valoración pedagógica poco esperanzadora, la fatiga pandémica visibiliza situaciones familiares y sociales de desigualdad e injusticia estructurales históricamente existentes, pero naturalizadas y camufladas en la informalidad y la cotidianidad. Los versados en datos, con la tranquilidad que los caracteriza, informan del vertiginoso incremento del desempleo, el hambre, la violencia intrafamiliar, las dificultades de acceso a internet, los vacíos conceptuales, el analfabetismo informático, la nomofobia, los malos hábitos alimenticios y el sedentarismo, entre otros virus locales que afectan la dignidad humana. No se duda que el COVID-19 ha modificado las rutinas familiares, escolares y sociales. La presencia del infortunio que acrecienta las crisis desde el servicio de orientación estudiantil es abordada en perspectiva de la resiliencia. El orientador como héroe anónimo, sin la difusión de los medios y sin piezas publicitarias en plena tormenta, *ofrece atención, prevención, promoción y seguimiento* para que los estudiantes y sus familias no naufraguen ante la ráfaga de vientos huracanados proveniente de Wuhan.

El docente orientador, quien constantemente y en secreto profesional navega en medio de las tormentosas aguas de vida escolar causadas por la paternidad temprana, el consumo de sustancias psicoactivas, la accidentalidad, la violencia manifiesta en todas sus formas, la conducta suicida, la necesidades básicas

insatisfechas, los trastornos de aprendizaje y de comportamiento apoyado en la carta náutica del directorio de protocolos de atención integral para la convivencia y el ejercicio de los derechos humanos, sexuales y reproductivos, comprende que el nuevo fenómeno exige otras rutas que incluyan un enfoque biológico y social sin el cual el buque de la humanidad quedará abollado, estancado y sin gobierno.

Mediante el catalejo visualizó y comprendió que la resiliencia individual, familiar y escolar puede transformar el ciclón del COVID-19 en pequeñas borrascas con las que se debe navegar cotidianamente. El servicio de orientación se basa en que la presencia de una situación no deseada requiere el descubrimiento y la activación de habilidades individuales, familiares y sociales, haciendo de la emergencia una oportunidad de éxito. Desde la reconstrucción cognitiva, los estudiantes y sus familias deben continuar la vida sanamente a pesar de los eventos traumáticos.

Inicialmente, percibieron el COVID-19 como un huracán que acabaría hasta con el nido de la perra; con la activación de factores resilientes lo vieron como una fuerte lluvia con rayos incluidos, con el autocuidado y el cuidado de los otros, mediante acciones conscientes. El uso adecuado del tapabocas, el lavado constante de las manos y el estricto distanciamiento social actúan como

eficiente paraguas y efectivo pararrayos. Hoy, mientras los científicos y epidemiólogos de naciones poderosas avanzan en sus investigaciones para desarrollar la vacuna, los estudiantes y familias de la Atenas suramericana se suman al mismo objetivo (salvar vidas) desde un enfoque social, el cual permitió que la nave siempre insegura en la que navega la humanidad, atracara el 2020 con una experiencia valiosa para proyectar el 2021 con una firme esperanza.

Buen viento y buena mar.

Capitán Bigotes Resilientes,
IED Colegio Nelson Mandela

Buen viento y buena mar señor capitán Bigotes Resilientes por habernos hecho naufragar en la realidad y haber enviado un salvavidas de esperanza. La mirada de lo que se vivió como docente orientador.

Sigamos navegando… a lo lejos se ve... la plataforma del buque del pirata Pejo Trovador, lleno de silencios y misterios… ¡La parada será en reposo y sosiego!… ¡Pues tiene el alma quebrantada…!

Destino: El pirata Pejo Trovador, el autoconocimiento y el trabajo colectivo

En la plataforma del buque, el pirata Pejo Trovador reniega, pues está escribiendo una carta a su familia en puerto y no sabe por dónde comenzar. Desea contarles proyectos realizados, grandes recorridos por el océano, sorprendentes luchas y victorias; sin embargo, al escribir el título en su carta las palabras que surgen son: "Proyecto habilidades sociales y formación teatral: Ciudad de los planes frustrados, pero no olvidados". Decide romper la hoja y volver a intentar escribir una carta esperanzadora. El resultado de ello ante la altamar inicia así:

Te recomiendo no acomodarte mucho, ni construir lazos muy estrechos con ellos, porque espero que viajes pronto desde esa ciudad que alberga los sueños y planes semi-frustrados, pero que no han sido olvidados y aún tienen ánimos para venir a la ciudad de los proyectos en desarrollo. Actualmente hay aquí una versión más extraña de ti mismo conversando con una diferente de sí mismo, que tal vez no conocía. Y es que esta versión posapocalíptica no es la de un guerrero sobreviviendo contra los zombies marítimos, sino la de alguien que se ha tenido que adaptar al encierro y que en chancletas ha tenido que mover su lugar de trabajo, cambiando los salones por los teclados, los abrazos por los tapabocas, y las personas por las pantallas. De no ser por eso, estaría en la ciudad del desempleo y la desesperación.

Para mantenerme en el lugar de la acción y no perder contacto con la realidad, ha sido muy útil el estar en

contacto con algunos de los seres queridos y las sonrisas de mis estudiantes, así como recordar en el 2019 cuando eras apenas un bebé y juntos hacíamos juegos de música, pantomimas y otras locuras que buscaban fortalecer las capacidades de los estudiantes para lidiar consigo mismos y con los demás. Apenas logro encontrar unos vestigios de lo grande que eres; los ejercicios de imaginación no han sido tan potentes como lo esperábamos, y las interacciones mediadas por la pantalla tampoco tienen la afectividad ni el nivel de significancia con el que queremos impactar a estos proyectos de vida y a las comunidades escolares. Tengo miedo de que seas una víctima mortal del COVID-19, como tu hermanito Scanea Prima, el grupo comunitario de teatro que no logró ni adaptarse ni sanearse.

Hoy el pirata **Pejo Trovador** está en esos días, en que su reflejo ante un mundo de incertidumbre lo cuestiona, pues no esperaba que la altamar lo llevara a tener tan mal viaje. Siente sobre sus hombros un cúmulo de proyectos que reclaman su atención, como las labores consigo mismo, con su familia y su institución. Sin embargo, luego de un momento de silencio, decide sacar su mejor talento ante la tripulación, y nos lleva a escuchar su trova del Cuento de Pejo:

Cuando me ves, te ves; yo también me quiero ver. Arreglarme el cabello y practicar mi sonrisa, mis muecas más chistosas; también quisiera verme para hablarme, practicar mis conversaciones con otros, y luego regañarme por no decir lo que practiqué.

Estos pensamientos llevaron a Flejo a aislarse, no quería dedicarse a replicar los errores de los demás; cada ocasión en que alguien blasfemaba de lo que veía en Flejo, él deseaba ser otro:

¿Por qué no tuve la digna vida de los inodoros o la larga vida de los cepillos de dientes?, se decía. Intentó opacarse, creando una barrera para protegerse de los demás, su ego y su complejo de narciso. Pero por temor a ser desechado, junto a otros cachivaches que dejaron de brillar, como la antigua lámpara con la que solía hablar. Así que Flejo decidió darse un baño y se volvió amigo de la noche; se escondía de día para no reflejar a ningún narcisista parlanchín.

Encontró que su dolor se debía a la forma de aferrarse a esas imágenes que habían estado en él día tras día. Su misión no era ser ninguna de estas imágenes, de muecas, llantos, agresiones de autocompasión y adolescentes con cirugías artesanales a barros y espinillas. Así que con los pies que les crecen a los objetos cuando quieren alejarse de sus dueños, se dirigió al exterior, y se recostó sobre el prado para reflejar las estrellas. Soñaba con ser un astro, con ser la hermosa luna de los enamorados y ver el vuelo de las aves sería lo más cercano a volar. ¿Me convertiré en sol?, se preguntó mientras sonreía, pero la idea de reflejar un potente haz de fotones que iniciaran un incendio forestal lo atormentó. Y volvió rápidamente al sueño que su dueña le había destinado.

Decidió no coleccionar las autoimágenes que había logrado para sí; las dejó en la basura por un momento, pensando que lo que había construido de sí no era nada más que desechos inútiles, estorbosos y tóxicos. Pero le costaba deshacerse; alguna parte de esas imágenes se pegaban a sus manos rehusando abandonar a Flejo, mientras más fuerte se sacudía para alejarlas, más fuertemente se ataban a él. Sintió las contradicciones de cada una de estas imágenes, percibió el horrible sinsabor de no poder describirse, ¿era él acaso la imagen de las cosas buenas que le mostraban los unos, las malas que le mostraban los otros? No tenía sentido ser el mejor amigo y al mismo tiempo el peor enemigo de su dueña. Si las contradicciones de estas imágenes le impedían construirse en una entidad estructurada y con sentido, tendría entonces que quebrarse en mil pedazos, en cada uno reflejar una parte de sí. ¿Cómo dividirse? ¿En cuántos pedazos? ¿Qué parte de sí reflejaba mejor la imagen que cada cual tiene de él? Muchas preguntas y muchas decisiones por tomar rápidamente.

Y al no poder tomar ninguna decisión, decidió mirar su reflejo con una inhalación lenta. Mientras respiraba, dejó de reflejar el ayer, y de especular por el mañana. Era solo él, aquí y ahora entregándose a su ambiente. Al dejar de pensar, dejó de haber un él y un ambiente, un él y una imagen. Ninguna imagen, ningún pensamiento, ninguna idea tenían unicidad, cada entidad hacía parte de un todo que incluía a Flejo. Comprendió entonces que no necesitaba verse a sí mismo, encontró en cada reflejo de los demás una parte de sí.

También le dijeron: Hombre, *¿cuántas tormentas hemos superado?, ¿cuántas ventiscas hemos afrontado y salido a flote?, más de mil historias tienes por contar; sigue tú con tus cuentos y trovas adelante, y verás como nuestra obra de teatro ya saldrá.* El trovador sintió regocijo, no estaba solo, sus planes iban andando poco a poco y contaba con un elenco para realizarlo. Así que tomó pluma en mano y decidió terminar la carta para su familia, conformada por tres bellas mujeres que lo esperaban en casa:

Quiero darte las buenas nuevas de que estos ejercicios de imaginación, de imaginación guiada y de meditación han tenido un efecto positivo en la comunidad y han hecho crecer las expectativas que tienen por tu desarrollo. Y quiero que sepas que, aunque te sientas sin fuerza, estos proyectos están vivos, y la vida se trata de adaptación, filogenética y ontogenética; y aunque te sientas un poco lastimado y un poco frustrado con este proyecto por no estar brillando con todo tu esplendor, no compares proyectos pedagógicos unos con otros, no obligues a compararlos con actuales, disfruta su compañía y aprende de ellos. Y recuerda, eres diferente porque aún tienes una parte de ti en la realidad, tus cuentos también harán parte del sueño. Y se tiene un futuro mucho más próximo y tangible de lo que se cree.

Queda mucho por hacer y crecer; junto a esta carta observarás otros proyectos y crónicas que te harán sentir menos solo, que lograron adaptarse a esto que no esperábamos, y aún luchan por transformar un mundo cada vez mejor a través de la educación. Sin otro particular, me suscribo con ilusión y cariño.

Tu amado esposo Pejo Trovador

El Pirata sella su carta y toca su guitarra. Mientras eso ocurre, de las aguas emerge un punto que se convierte poco a poco en la figura de un ave y finalmente llega la gaviota ***Sin conexión*** quien con su sutil visita nos trae un mensaje de un barco que también está en altamar.

…Continuemos...

La capitana con esta sensación decide abrir la carta, pues quiere saber qué pasó con los naufragios desaparecidos, en particular, qué pasó con Emilio.

Gaviota Sin conexión y la epístola al Ausente

Hola Emilio, ¿cómo estás?

Espero todo marche bien en lo posible, te escribe tu profesor Orientador. Llevaba un tiempo queriendo comunicarme, pero no ha sido fácil sentarme a escribir tras el cambio que recibió el mundo por el virus que lo acecha; suelo confundir las madrugadas con las noches y las mañanas con las tardes… Esto incluso me llevó a dudar varios minutos si saludar con buenos días, tardes o noches en el saludo que encabeza esta carta.

Te escribo porque varios docentes han intentado comunicarse contigo, sin embargo, han sido intentos fallidos. Es más, ellos recurrieron a mí para buscar una forma; me dicen que en tu ficha de registro los números de teléfonos que aparecen

no coinciden con líneas en funcionamiento. Luego busqué comprobarlo de mi parte, pero no logré obtener mejor suerte. De hecho, cambié uno o dos números al final de la secuencia de los teléfonos que estaban registrados; pero lo único que encontré fueron varios llamados de atención por parte de personas que no conocía, y el contacto con una representante de catálogo que ahora me envía promociones de lociones y relojes de colección. Así que, con nueva fragancia, decidí dejar de intentar comunicarme.

Luego uní información para contactarte por medio del correo electrónico que aparecía en la ficha de registro; ya que estamos en aislamiento, pensé que podría ser fácil enviar un comunicado por la web. De hecho, llamó mi atención la forma que denominaste tu correo: sinconexion@mail.com, esto denota un estímulo para que otros se contacten; sin embargo, creo que la dirección no es solo una metáfora, ya que han pasado varios días y no he recibido respuesta. Después de este intento fallido ideé una nueva estrategia. Recordé de repente que en la institución tenemos otros datos, así que usé la dirección de residencia para remitir esta carta y saber cómo te encuentras.

Teniendo este dato en mente, busqué asegurar la comunicación y hacer uso de correo certificado para la entrega. Emilio, es imperante saber si estas pasando por alguna dificultad o si requieres de alguna ayuda. Recorrí diferentes lugares, y me di cuenta de que escasas compañías de correo certificado llevan la correspondencia a la dirección que registras (Calle 2da Número 1 Este bis 19, puerta dos,

pieza 4). Al preguntar en cada servicio de mensajería me aludían "señor hay inseguridad en el sector, yo por allá no voy"; otros eran más sutiles, "el área esta fuera de nuestra cobertura". Tras insistir y pagar un recargo, las dos únicas compañías que aceptaron el envío me devolvieron la carta señalando que el destinatario no coincidía con el domicilio.

Llegado a este punto, muchos ya habrían descartado tu búsqueda, Emilio, pero en definitiva se trata de un reto que vale la pena continuar, ya que aunque no eres el mejor en tu desempeño académico, ni mucho menos el más juicioso del colegio, o quien siempre asiste y permanece en clase, entiendo cuánto esfuerzo haces por continuar en tus estudios; sé de la parte de tu vida de la que no se puede hablar y las circunstancias que has tenido que superar; de hecho, me motiva que permanezcas en el colegio, con personas diferentes, con proyectos. Sé que en la presencialidad varias veces logré disuadir el retiro de los papeles que te adscriben a la institución educativa, y retornabas prontamente al cruzar el umbral del acceso al colegio. Ahora creo que estos intentos por dejar el colegio fueron una forma de llamar la atención para recibir ese impulso motivador de sentirte parte de algo; de esos profesores que han celebrado cada logro, que para algunas vidas es algo que es normal tener en el día a día, pero a ti te implica un sobresfuerzo.

Luego de pensar una forma de entrar en contacto contigo, opté por buscar a algunos de tus amigos más cercanos; quizás ellos sabrían algo de ti, así que hablé con Estanislao y Paulo,

pero la sorpresa fue que tampoco conocían más información acerca de tu paradero tras el aislamiento. También pregunté a María, pero la suerte no fue distinta; no obstante, ella mencionó que por redes sociales había logrado contacto contigo un mes atrás para felicitarte por tu cumpleaños y dada la casualidad, estaba en línea; esta información llevó a intentar ubicarte por medio de las redes sociales del colegio, canalizando algunos llamados de apoyo por tu perfil escolar.

Han pasado 20 días desde que usé las redes sociales para saber de ti, publicando diferentes ayudas y soporte que el colegio puede brindar, pero no he recibido comunicación; luego, quizás el encuentro con María fue una casualidad al conmemorar una nueva vuelta al sol en tu vida, de hecho, es sabido que no cuentas con computador o celular inteligente; así que ojalá la curiosidad te lleve a un café internet y encuentres estos llamados.

Finalmente, y agotando los recursos con los que ubicarte y garantizar tus derechos, se ha reportado el caso a la Dirección Local de Educación para que nos apoyen con tu búsqueda y retorno. Recuerda, en el colegio siempre serás bien recibido y estamos dispuestos a respaldar tu proceso formativo. A lo anterior se suma, como última estrategia, la composición de esta carta, la cual he buscado dejar encargada con tus amigos, que en caso de verte te harán entrega; como también remitirla personalmente a la dirección física y electrónica que reporta tu archivo; dejando una copia impresa en la portería del colegio, por si algún día pasas por allí y los porteros te reconocen, lo cual espero sea pronto.

Creo que por el momento es lo mejor que puedo hacer, y espero podamos conversar de nuevo sobre esos planes a futuro que sueles tener y las formas de sortear los problemas que te depara el diario vivir en tu cotidianidad. Admiro como, pese a tus dificultades, siempre has retornado al colegio, y anhelo que esta no sea la excepción en ese camino que se viene trazando en tu vida; en todo caso, tengo la esperanza de que llegarán algún día a su destinatario.

Sin más que decir por el momento se despide, en espera de contacto,

Un Docente Orientador
Colegio Antonio José Uribe

La tripulación decide tomar una copia a la carta, para estar atenta al encuentro con Emilio y dejar que, **Sin conexión**, esta gaviota persistente, siga su rumbo llevando mensajes en medio de la sindemia y buscando encuentros en la tormenta.

Nos acercábamos a nuestro último destino. A lo lejos, se reconocía una luz proveniente del faro, que a medida que se avizoraba la tierra, nos daba una sutil sensación del fin del naufragio y la vez nos proclamaba algo de quietud. Allí estaba la maestra Faro de Luz, quien cantaba una canción a ritmos de tambores africanos, la cual entraba por nuestros poros haciendo emerger sensaciones inolvidables y propias de tierra firme:

Último destino: La Maestra Faro de luz y las personas que quedaron en altamar

El arte estaba para ti y para los demás; con los demás era la extensión de sí mismo compartido en miradas, sensaciones, conceptos, deseos y en fin, como luz, como un faro luminoso buscando sentidos y horizontes, justicia y libertades, extensiones de la vida e ilusiones como esperanzas compartidas así: en dúos, parejas o binas, en grupos cuya cantidad no pasa del dos: dos miradas, dos sonrisas, dos amaneceres, el tuyo y el mío; antecedidos de dos atardeceres repletos de soles de venados ardientes, pero pacíficos. Sí, muy pacíííííficoooos, como tú o como yo, mejor como los soles; no obstante, gente con sed y hambre de justicia social, de acceso a los derechos que esta patria nos niega.

Aunque no solamente a nosotros, también a otros de esta geografía. Caminamos, correremos por utópicos callejones sin salidas o con muchas salidas y entradas, llegadas y partidas que buscan, como el arte, creación cada día; con historias inconclusas porque la vida se dibuja breve en tiempos de pandemia.

¿Pandemia? ¿Sindemia? ¿Qué digo del futuro? Futuros que parten en el aquí y el ahora, eso es el Ser –Ser Humano-, creador, creatura, imaginación de cada día, de muchos días de sensibilización, sustancias y modelos de vida; de amar, de mundos e incluso de muertes, porque con tres heridas yo, pero también usted, ustedes, es decir, nosotres y vosotres: la de la vida, la del amor, la de la muerte, particularmente ahora en tiempos de sindemia.

Sindemia en Colombia, plagada de hipoteca inversa, privilegio a la banca, pero para la población no hayyyy. Decreto de renta básica, pese a la casi sin igual vulnerabilidad en el contexto Latinoamericano.

Eso del buen vivir, calentura de mingas, de indíííígenas, de aaaafros. Síííí vea, con tres heridas, yo y Ud., descendientes de ellos: la de la vida, la del amor, la de la muerte, especialmente en tiempos de no vida, NO VIDA. Son tiempos de sindemia.

Puerto Nodo Orientación Educativa - REDDI promesa de reflexión y transformación

En el océano y con todas las historias, cuentos, crónicas, poesías y cartas, nacieron en el corazón de este nodo de orientadores profesionales psicosociales, tripulantes de este buque, quienes nos reunimos los miércoles en el ocaso en el puerto, para compartir y proyectar experiencias. De estos encuentros surgen la reflexión y la producción.

Nos reunimos bajo una identidad colectiva, bajo los recuerdos. Trabajamos para sí mismos, para el buque, para los barcos, para el océano, para las personas y para la orientación educativa de Colombia. Teorizamos sobre la escuela y los aprendizajes diferentes; la socio-afectividad y la convivencia; la orientación educativa, sus prácticas, sus actores y sus saberes; la sociedad, la comunidad, la familia

y el proyecto de vida con un toque resiliente y la salud mental en el ámbito escolar.

Tejimos experiencias e historias que construyeron y contagiaron prácticas socioemocionales, familiares y profesionales, resilientes en la escuela. Los cuatro objetivos que nos planteamos nos orientaron cuando la incertidumbre y el mar se convirtieron en tormenta.

El primero de ellos, reflexionar sobre la práctica del docente orientador y su articulación con otros estamentos, mediante la investigación social, pedagógica, educativa, psicopedagógica y/o psicológica. El segundo, consolidar procesos investigativos e innovadores en el ámbito escolar. El tercero, organizar eventos académicos de actualización y profundización para docentes orientadores y la comunidad educativa en general. Y finalmente, el propender por generar divulgación de la investigación en el campo de la orientación educativa.

Nos hicimos responsables de un proceso por la educación oficial, por las nuevas generaciones, por nosotros mismos y por ti, Educativa-REDDI donde eres bienvenido/a también.

Adolfo Eleazar Rojas Pacheco, Marcela Salcedo García, Jonathan López Neira, David Pérez Céspedes y Elsa Tovar Cortes
Integrantes del Nodo de Orientación Educativa

Un sentir Inclusivo

Red Distrital de Referentes de Discapacidad

Podcast

A continuación, encontrarán seis historias que recogen el sentir y los saberes de las y los docentes de apoyo, en medio de una pandemia que ha cambiado la forma de pensar e interactuar con la comunidad.

LA COCINA DE MAYPA

Martha Laura Gallego Vargas

Una bella y soleada mañana, desde la ventana de mi oficina, me deleité viendo correr nuestros niños por el parquecito colegial. Corren felices a hurtadillas para escaparse hacía la huerta escolar. Los aromas de yerbabuena, manzanilla, perejil y ruda vuelan como mariposas hacia sus risueños y pícaros rostros ocultos tras las gafas de gruesos lentes. Desde el parque infantil, el columpio relincha cual caballo domesticado por su infantil carga, el rodadero sonríe y acoge a todos los pequeños turistas que en fila de ciempiés gozan de su balanceo.

Más allá, las mariposas amarillas se posaron inesperadamente sobre el rosal, y las gerberas amarillas y naranjas dieron un salto aquí, otro allá, abriendo los pétalos de las rosas de un color rojo que sólo se compara con la mejilla de los pilluelos. Juan David, quietecito, no se inmutó ante tanto ruido; permaneció solo, sentado en el viejo tronco jugueteando con sus dedos como si fueran enanitos, aparentemente, absorto en sus pensamientos. Su mirada parecía estar perdida en el horizonte. Pero no era así, él se encontraba en su propio mundo, atento a lo que estaba ocurriendo.

- ¡No peleen niños!, ¡no empujen a los pequeños!, ¡cuidado con ese balón!, ¡no se suban a las gradas, está prohibido!

Gritaba la maestra de disciplina, pero nadie la atendía, nadie la escuchaba, el juguetón recreo seguía.

Sonaba la campana, el silencio aparecía. Las voces y risas infantiles desaparecían, el rechinar del columpio se callaba. La enredadera, en su verde selva, lloraba gota a gota sobre los viejos muros de la escuela; recuerda el manotazo de Pedrito quien de un jalón le arrancaba mil hojas. Ya no se veía a Juan David feliz, gritando:

- ¡Goooool! ¡Amigo te la gané!

Camila ya no brincaba inquieta con sus amigas en la golosa; ya no había un Juan Camilo jugando a los perseguidos, subiendo y bajando por las gradas contando:

-uno, dos, cinco...

Y soltando la risa.

Todo cambió de repente, la escuela cerró sus puertas. Llegó un bicho llamado COVID. Muchos padres se agarraron la cabeza y expresaron su preocupación. Los niños desesperanzados no sabían qué pasó. La profe ya no llegó, la ruta escolar no pasó, el recreo se acabó, la pandemia rompió sus frágiles corazones y aparentemente acabó con la razón de ser del aula: el encuentro diario con nuestros niños. Días después, trataba de encontrarlos nuevamente, mirando desde la ventana de mi corazón a estos pilluelos. Ya no tenía los niños, ya no estábamos en el aula. No había tablero, no teníamos libros, no había grabadora ni rompecabezas.

Llamé a los niños y les dije que ahora la escuela estaba en su casa y que desde allí tendríamos que seguir

aprendiendo. Lo único que tenía claro era que los niños estaban en casa desde la ventana de mi corazón. Los veía sin mayor tecnología, sin computador, sin tablet, sin internet, sin refrigerio, sin amigos. De pronto, me planteé una solución aparentemente fácil: usar la cotidianidad y las herramientas de la casa. Ubiqué la cocina y a través de llamadas y WhatsApp empezamos, junto con las familias, a acercarnos al aprendizaje alrededor del fogón, algo tradicional en nuestros ancestros. Metí mi cabeza en su cocina y observé el canasto recién llegado del mercado, el banano, la manzana, los arándanos, las fresas. La piña con mil ojos me invitaba a preparar en familia una deliciosa ensalada de frutas. Diseñé una metodología que llevó la escuela a sus casas, a través de la cocina y del ejercicio de preparar los alimentos en familia. Así fue como un amigo me ayudó con la grabación, mi hijo editaba los videos y, luego, yo los enviaba a los padres. Y, así, la cocina de MAYPA (mamá y papá) iniciaba.

- ¡Mamita, lávate bien las manos! -Grita feliz Juan Camilo

-Papá lavemos las frutas para evitar peligros. Así como dijo la profe Laura. Porque luego me tienes que ayudar a escribir y leer los nombres de las frutas que tenemos en la bandeja y enviar por WhatsApp mínimo seis palabras, yo ya las aprendí. Papito gracias.

El olor de las frutas llena de aromas la cocina y los colores asaltan los ojitos inquietos de María Fernanda.

-Mami, ¿cómo se escribe fesa? esa fruta rojita que estoy lavando.

El papá corre y le muestra unos cartelitos donde presenta el dibujo de las frutas con sus respectivos nombres y María Fernanda repite feliz:

- ¡Feeesa-fresa!

Y termina de armar la deliciosa ensalada de frutas. Alista seis manzanas, cuatro bananos, doce fresas, quince arándanos, y así sumamos. Cuando me llegan las fotos del proceso, mi corazón salta feliz, logramos conectarnos con los chicos perdidos y sorteamos las dificultades del aislamiento que, según versados psiquiatras, nos produce el mal de piel seca que es, en esencia, la ausencia del abrazo que nos da la escuela.

Al final, risas y alegrías. Pasan y repasan los cartelitos animados. Leen, repiten y todos se ven felices de aprender en La Cocina de MAYPA.

EL RECORRIDO DE MILEYDI

Jolyma Patricia Murcia Montealegre

Cuando hablo con Mileydi, ella manifiesta haber dejado todo: casa, estudio y familia, con la expectativa de poder rehacer su vida en Colombia. Evidencio cierta tristeza y nostalgia cuando recuerda las comodidades que tenía en su casa, las cuales ya no le puede brindar a su hijo Miguel, quien la cuestiona mediante gritos y llanto cada vez que falta algo. Ambos vienen de Venezuela buscando mejores oportunidades. El padre en este momento está ausente, no hay colaboración económica. Madre e hijo llegan a Colombia y se establecen en la ciudad de Bogotá. Inicialmente, se ubican en la casa de un familiar, donde comparten la convivencia y los gastos con otra familia. Mileydi colabora con algunos ahorros que trae del trabajo que tenía en Venezuela como auxiliar administrativa. Busca ingresos adicionales, haciendo labores domésticas, así que tiene que dejar a su hijo al cuidado de las personas con la que convive.

En Colombia, le solicitan el Permiso de Permanencia (PEP), tanto para ella como para su hijo, lo cual es necesario para ingresar al sistema laboral y educativo. Al conocer a Miguel, observo que, tanto a nivel grupal como individual, se muestra aislado, presenta llanto constante, refiere el querer volver a su casa; dice que allá tenía todo, en especial a su padre. Según comenta la madre esto también pasa en casa y le genera dificultades, ya que se torna inquieto y desobediente. En un primer momento, me siento desconcertada. Luego, con más

calma, busco cómo activar las redes locales para que el documento diagnóstico sea actualizado. Desde la Sub Red Occidente, se remite el caso para que tanto la madre como el niño, reciban apoyo psicológico en la Cruz Roja. En su condición de migrantes, esto les permitirá tener una mejor adaptación al país y su situación actual.

En el mes de marzo, la madre decide buscar otro espacio de vivienda, ya que se le presentan inconvenientes con la familia, debido a la segregación y a la falta de tolerancia con el niño. Para ese momento, consigue un trabajo de medio tiempo, donde le permiten llevar a su hijo. Ese mes, aprovecha los ingresos en su manutención y logran suplir sus necesidades inmediatas. De pronto, inicia el aislamiento y el cierre de varios sectores económicos. A Mileydi la suspenden del trabajo porque no le pueden pagar. Busca otras opciones para sobrellevar la situación, como trabajadora independiente vendiendo café y otros comestibles en un carro de mercado, en compañía de su hijo porque no tiene con quien dejarlo.

Mileydi cuenta con un celular que a veces tiene señal, lo cual no le facilita la estrategia de *Aprender en Casa*. A pesar de esta situación, sigue adelante con su hijo, presentando las tareas en físico, ya que es la oportunidad que le da el colegio a los estudiantes que no tienen muchos recursos, brindándoles el material para su elaboración. A pesar de las dificultades de conexión, seguimos en contacto, unas veces con llamadas y otras con mensajes. Su vinculación al sistema empieza a ser un apoyo, pues comienza a recibir los bonos escolares.

Así mismo, luego de unos meses de iniciado el aislamiento, la Red local es clave para que Miguel reciba valoración médica. Para este momento, ya cuentan con documentos. Si bien no ha conseguido un trabajo estable, el tener el PEP le garantiza poder buscar un empleo formal que la aleje de los peligros de la informalidad.

Pese a las dificultades, Mileydi logra ver el futuro con esperanza, pues siente el respaldo de la Red. Ella sueña con tener un mejor trabajo y darle una mejor calidad de vida a Miguel, su motor en este país que ya no es tan extraño para ella.

UNA REUNIÓN INOLVIDABLE
Adriana Puello Martínez

Una mañana de marzo me levanté y llamé a Sandrita, compañera de la Red. Como raro, ese día hablamos del planeta tierra y nuestro continente americano. Analizamos que ahí se encuentra Colombia. Comentamos lo privilegiados que somos por las regiones que tenemos, caracterizadas por tanta cultura y las riquezas en fauna y flora. Nos sentíamos orgullosas de la diversidad de personas con diferentes costumbres.
Al día siguiente, de manera intempestiva, nuestro diario vivir se transformó. Las noticias nos informaban que este hermoso país, al igual que la región y que todo el planeta, estaba obligado a vivir confinado. La cotidianidad cambió, se tuvo que trabajar y estudiar desde casa.
Así empezó para mí este confinamiento. Desde allí se empezaron a dar muchos cambios, situaciones y eventos que recordaré por mucho tiempo. Uno de ellos ocurrió en el mes de julio.

Una noche, durante ese mes, me acosté pensando en el encuentro de la Red de docentes de apoyo pedagógico de las localidades de Santafé y Candelaria, que se llevaría a cabo el viernes en la mañana. Me inquietaba poder escuchar las experiencias de mis compañeros.

Nada es práctico y no lo aterrizan a la realidad. – se quejaba una compañera, que se sentía aburrida.

Otra, por el contrario, contaba que estaba emocionada y dichosa:

- Mis niños son muy felices con mi trabajo, yo les grabo videos con las gallinas que tengo en casa y les refuerzo temas con mis pollitos.

En ese momento, otra compañera contó la historia de una familia que tuvo que cambiar de lugar de vivienda, dejando atrás su cultura, tradiciones y costumbres para poder ayudar a sus hijas a seguir adelante. La madre y sus dos hijas (una de ellas en condición de discapacidad) pertenecen a una comunidad indígena y han sufrido del fenómeno del desplazamiento. Esta mamá tuvo que empezar a mirar opciones de trabajo, vivienda y comida. Le contó a la profesora que una mañana se despertó temprano, y tomó la decisión de salir a vender tintos, dejando algo de alimento preparado para sus hijas. Con momentos buenos y otros difíciles, hasta llegar la noche, y poder regresar a su sitio de vivienda, ya que tenía que pagar el arriendo y algo de comida. Pero para ella lo más importante era dejar el dinero para brindarles a sus hijas un celular, sacar las guías y poderse conectar a sus actividades escolares.

Ante este relato todos guardamos silencio. La historia de esta madre, su esfuerzo, su capacidad de superar las condiciones adversas nos dejaron sin palabra. Nos quedamos pensativos, sin saber qué decir.

De pronto, el silencio fue interrumpido por un compañero:

- Esto nos enseña a ser más sensibles, a ubicarnos en los zapatos de los demás, y conocer a los chicos y a sus familias en su entorno real.

Otra compañera agregó:

- Miremos desde allí cómo podemos trabajar con estas realidades y sin dejar de lado las dificultades que poseen los estudiantes con discapacidad.

Volví al otro día a conversar con Sandrita. Sentía que este planeta, este continente, este país, estaba cambiando; pero también cambiábamos nosotras viendo con ojos más esperanzados aquello que estábamos viviendo.

TODO ESTO VA A PASAR

Lina Rocio Ayala Castro

- ¡Buen día, Laurita! ¡Levántate!, ¡hay que ir al colegio!

Son las cinco de la mañana. Laura se levanta, se lava la cara, se viste con uniforme y se sienta en el comedor para tomarse su agua de panela con pan. Se cepilla los dientes y ya tiene lista su maleta para ir a estudiar. Carmen acompaña a su hija al colegio desde su casa en el barrio Palermo, una zona periférica de la localidad Rafael Uribe Uribe. Caminan 45 minutos para llegar a su destino en el barrio Quiroga. Al llegar al colegio, Laura ve a su profe con la que habla todos los días y se le acerca; a lo lejos mira a sus amigas y les sonríe. La Profe Elisa sonríe al mirar a Laura, la saluda con un abrazo y siente sus cachetes fríos, ve sus ojos grandes y su pelo largo; para Elisa es una de sus alumnas más queridas, ya que se conocen desde hace mucho tiempo. Laura está diagnosticada con discapacidad múltiple y sus amigos la protegen mucho. En la hora de descanso, le encanta estar con ellos en el jardín, comparten sus onces y le gusta tener una flor enredada en su cabello, al lado izquierdo de su cabeza. Al terminar el día académico, se va a almorzar con Marthica, la enfermera que le ayuda a aprender a masticar.

El lunes siguiente Laura no se levanta temprano, no va al colegio y no realiza ninguna de las rutinas a las que está acostumbrada. Es extraño para ella, pero no le da mucha importancia. Así pasan varios días, pero ella no

logra entender por qué no puede ver a sus amigos. Laura también empieza a extrañar a Carolina, Patricia y Flor, las terapeutas con las que ella juega, aprende a decir palabras y a solucionar rompecabezas. Ahora resulta que tampoco puede ver a sus abuelos o a sus primos, ni siquiera a su tía Clara, con la que pasaba todos los fines de semana. Para Laura ahora todo es muy confuso, todo ha cambiado, ya no ve a su familia, ya no ve a sus amigos, a sus profesores, y ya no siente el aire tocar su rostro en las mañanas.

Laura no entiende nada, no entiende por qué no puede mostrar su linda sonrisa al mundo. Ahora tiene que tapar su boca y nariz, tiene que lavar sus manos constantemente y alejarse de la gente.

¿Nunca volveré a ver a mis amigos? ¿Dónde está mi profesora? ¿Cuándo veré a mi familia? - Le pregunta a su mamá. Llora desconsoladamente. Carmen la abraza, intenta calmarla mirándola a los ojos.

-Tranquila, mi bella Laura. Todo esto va a pasar y en algún momento nos volveremos a encontrar.

Carmen se cuestiona si lo que le dijo pueda llegar a ser verdad. En ese momento, la profesora Elisa llama a Carmen y le pregunta cómo se encuentra y cómo está su hija. Conversan por un largo rato y Carmen no para de hablar. Le cuenta de la casa, del trabajo, de los vecinos, de las noticias y de la niña. La profesora Elisa la escucha silenciosamente, le da palabras de aliento, en medio de su

propia incertidumbre. Ella siente que, como maestra, su deber también es apoyar al otro. A lo lejos, Laura escucha a las dos mujeres hablando; por una extraña razón sabe que muy pronto volverá a ver a su maestra. Al día siguiente, Carmen recibe una llamada por su celular y preguntan por Laura. Madre e hija quedan asombradas cuando se dan cuenta de que las están observando por la pantalla del teléfono. Laura sonríe y empieza a llorar. No entiende porqué ve las caras de la profe Elisa y de Marthica en una pantalla. A ellas también se les aguan los ojos al ver a la niña emocionada. Toman aire y empiezan a dialogar sobre las actividades académicas que deben trabajar.

A partir de ese día, Laura volvió a estudiar. Se reúne a trabajar con sus docentes y amigos; hablan de sus lindas aventuras en casa, del baile que tienen que presentar y del poema que deben declamar. Laura también llama a la profesora Elisa para contarle qué hace con Carolina, Patricia y Flor, con las que se encuentra cada tercer día por video llamada. Laura se empieza a acostumbrar a esta nueva normalidad.

Carmen ya no se levanta temprano para llevar a Laura al colegio, ahora se levanta temprano para desayunar con ella y luego convertirse, por unos instantes, en su maestra en este nuevo colegio que es su hogar.

UN ESPACIO PARA SOÑAR

Claudia M. Borda M.

La pandemia nos obligó a transformarnos, sin preparación, sin formación y sin pruebas piloto. De un día para otro, la vida cambió. Salimos a cuarentena y mil preguntas empezaron a formarse: ¿Cómo hacer para que los estudiantes de inclusión no quedaran en el aire?, ¿cómo hacerles sentir que no estaban solos? ¿Podrán seguir contando con su docente de apoyo? La primera idea que se cristalizó fue crear un grupo de WhatsApp, lo que nos daba inmediatez y nos facilitaba la comunicación. Pero faltaba el afecto, el seguir viéndonos; entonces nace la idea de crear el blog *Mi UBA virtual, Un espacio para soñar* como un lugar de intercambio de experiencias y habilidades. La dificultad grande se materializó en una única pregunta: ¿Cómo se hace un blog?

Afortunadamente, un amigo resolvió mi duda. Su primo nos envió un tutorial de YouTube, el cual nos guio paso a paso. Una sobrina me ayudó con el diseño y, un ángel de esos que no tienen alas pero que a veces están por ahí, me aclaró las dudas. La pregunta estaba resuelta, ya sabía cómo hacer un blog. Con pasos tambaleantes surgió esta aventura. Los docentes comenzamos a proponer actividades, señalando el camino. Por ejemplo, los invitamos a tomar fotos de lo que veían a través de sus ventanas, como una forma de conocer otros lugares y compartir desde la seguridad de nuestra casa.

Entonces volamos, no en alfombras mágicas, pero sí en fotos mágicas. Recorrimos calles, le dimos forma a

las nubes, conocimos árboles y edificios; vimos paisajes sombríos y otros vibrantes. Salimos de paseo y, de ventana en ventana, pudimos dibujar otras realidades. En otra ocasión, hablamos de las mascotas: gatos, aves y perros que nos acompañan en nuestro cotidiano vivir. Pero también volamos con dragones, porque la mascota soñada debería también salir a escena. De la mano de los estudiantes, pudimos conocer sus objetos preciados; no hubo joyas, ni tesoros, pero sí libros, muñecos de peluche, vestidos de princesa y de bailarina, guantes de fútbol, que nos dejaron entrever la fantasía y los sueños. A través del blog hemos podido reconocer en los estudiantes habilidades para el canto, el baile, la interpretación de instrumentos musicales, la creación de poemas. También, encontramos invitaciones para alimentarnos mejor.

- Cierren los ojos por un momento e imaginen un delicioso chocolate acompañado de una rica arepa y huevos tibios, melcochudos, calienticos.

El grupo de WhatsApp continúa, pues ahí es a dónde van los comentarios. Blog y grupo son ahora dos aliados para comunicarnos y no perder nuestra cercanía y nuestra complicidad. Son herramientas que debemos cultivar, que deben seguir floreciendo como un jardín en primavera.

Con estas pequeñas descripciones, esperamos que se animen a visitar el blog *Mi UBA Virtual: un espacio para soñar* y nos dejen sus comentarios, algo que ha sido difícil, para los estudiantes y sus familias.

UNA BATALLA SOSTENIDA
Docentes Inclured

Quiero contarles lo que somos, estos guerreros por la inclusión, cómo nos hemos visto y cómo nos vemos ahora**,** en este difícil y aciago tiempo de pandemia que nos ha quitado un poco de lo esencialmente humano.

En la institución se empezó a hablar de políticas, prácticas y cultura inclusiva; habíamos avanzado, ya no se referían a los estudiantes como *los raros* o *l*os diferentes, tampoco a los de *necesidades educativas especiales;* el nombre de cada estudiante se hizo indispensable y se les empezó a apreciar sin juicios valorativos y sin etiquetas, dando fuerza a su reconocimiento y a sus necesidades de apoyo diferencial. Íbamos bien, todo parecía marchar y los nuevos retos venían con previsión, pero a mediados de marzo de 2020 se nos vino encima la pandemia del COVID-19. Y nos llegó de sorpresa, como tantas cosas en la vida. Un inesperado acontecimiento que hemos tenido que aprender a navegarlo a la deriva y en estado de alerta. Los primeros días no teníamos claro lo que ocurría, creíamos que pronto volveríamos; no éramos conscientes de las implicaciones de *cerrar la escuela* y empezar un nuevo proceso pedagógico, mediado por las TIC, bajo la estrategia de *Aprender en casa*.

Me asaltaban muchas preocupaciones, ¿cómo se sentipiensan las y los estudiantes con discapacidad en las aulas virtuales?, ¿tienen la posibilidad de acceder a ellas?, ¿cómo nos ven, nos piensan y nos sienten ahora nuestros

estudiantes?, ¿cómo ven ellos a sus docentes con tantas palabras raras y tantas exigencias desde la virtualidad? Tristemente, también pensé que el énfasis en contenidos sin arraigo con la vida y que la no presencia corporal, hicieron que la inclusión de personas con discapacidad en la pandemia ya no fuera un problema, pues esos forasteros, que no encajaban con la normalidad, ya no están en las aulas, están ausentes. Muchos no tienen acceso a internet y están en otra escuela: ni presencial ni virtual.

Todo esto me hace recordar cuando Pablo, un día, se acercó a mí y me dijo:

- Profe, si usted me dibuja, ¿yo podría entender cómo lo ven a uno los maestros?

Mi respuesta rondó por cada uno de los aprendizajes adquiridos en la academia y en la experiencia del día a día como docente en la *escuela para todos y todas*.

Por fin, exclamé: - *¡Yo te dibujo, pero tú te pones color! Yo solo puedo hacer una silueta tuya.*

Estaba segura, por los gestos que hacía mientras yo lo dibujaba, que esperaba con ansias poder descifrar cómo lo ven los maestros. Pero cuando le mostré la silueta, su decepción fue tan evidente que lo único que pudo decirme fue:

- Yo me veo igual, pero todos me tratan diferente.

Hoy quisiera mirarlo a los ojos y preguntarle si aún lo tratamos diferente, cuando ni siquiera puede estar al otro lado de una pantalla. Él hace parte de los muchos estudiantes que, en estos tiempos de *nuevas normalidades*, lo único que reciben y devuelven a la escuela son guías resueltas, que nos permiten certificar que aún hacen parte de un curso. Se agolpan múltiples sensaciones y sentimientos. He vivido momentos de congoja, angustia y tristeza por algunos niños y familias, con quienes he compartido sus dificultades y hasta sus desgracias. Y por otros que no hemos logrado contener en la escuela, de quienes no obtenemos respuesta y con quienes no sabemos que más hacer. A veces siento que lo hemos hecho casi todo: guías, módulos, llamadas telefónicas, mensajes por chat, videos, audios, correos, etc. Las clases virtuales se convirtieron en el planeador y en los medios usados para los encuentros de los maestros y el trabajo de las docentes de apoyo; pero ello no ha sido suficiente, pues algunas familias han perdido la fe y la credibilidad en la escuela, han perdido la esperanza y están en altísimo riesgo de deserción o abandono.

También, la pandemia me ha propiciado momentos gloriosos, como esta alegría del reencuentro telefónico o virtual, las largas conversaciones con los niños y con los padres, con quienes hemos fortalecido nuestros vínculos. El orgullo que sentimos por nuestros estudiantes con discapacidad, que han podido mostrar avances y potencialidades, desarrollando bellos trabajos y creaciones. Mi admiración por ellos y sus padres, quienes a pesar de la adversidad asumen con alegría sus procesos y se esfuerzan.

Este tiempo es un trasegar pausado, pero no detenido, pues de ahora en adelante la escuela deberá ser una escuela abierta, viva y vigente que está presta para la acogida. Sin importar el momento en que decidan regresar, con un nuevo horizonte comprensivo, con nuevos significados y sentidos de la vida construidos y reconstruidos entre todos.

Myriam Stella Fajardo Becerra, Sandra Patricia Gómez Vaca, Luz Adriana Vargas Sanabria y José Eduardo Agudelo Mancera
Integrantes de la Red de Docentes de Apoyo 1nclured-Usaquén

Voces, espacios y tiempos

de la escuela en estos tiempos

Red Distrital de Docentes Investigadores (REDDI)

Podcast

Saberes pedagógicos, didácticos y educativos para echar a nuestro morral

Hacia comienzos de 2020, la confusión común a escala planetaria se producía por aquel microorganismo que ha puesto en jaque la vida humana, la sobrevivencia propia de un sistema social profundamente desigual; así como ha cuestionado la ética en su sentido más profundo: el de la relación con la vida, a propósito del cuidado de sí, el cuidado del otro y la otra, y el cuidado del planeta que nos acoge como especie; una hospitalidad que La Tierra, nuestra Pacha Mama, nos ofrece, a pesar de nuestra violencia en su contra, y en contra de la naturaleza misma de la especie humana, y de las mujeres y hombres como seres sociales. Violencia encarnada en la proyección explotadora y esquizoide propia de la modernidad, que como proyecto civilizatorio expandió la modernización en todos los lugares del planeta azul para sostener el modelo de explotación capitalista. Proceso en el cual se instalaron y confluyen diversas matrices de opresión, que hace rato se vienen denunciando, como lo son el machismo, el eurocentrismo, el adultocentrismo, el clasismo, y en general las variopintas relaciones sociales mediadas por asimetrías de poder, propias de centrar la mirada en el individuo, y en el sacar ventaja del otro para la acumulación y la explotación del hombre por el hombre.

La crisis del COVID era también parte y resultado de la crisis social. La excepcionalidad que se marcaba por decreto era producto de una sumatoria de crisis que nos enrostra la inequidad en la prestación de servicios básicos como la salud y la amenaza contra la vida. Lo anormal de quedarse en casa dejaba entrever la imposibilidad de mantener los caminos de la otra normalidad. Y al estar en casa, como quiera que ella sea, poder observar cómo son tratados los *nadies,* cómo existen y se expresan diversas brechas sociales mucho más profundas que las digitales. Parece una verdad de Perogrullo, pero es necesario volverla a mirar, macearla, entenderla, preguntarse por qué ocurre, qué es lo anormal, cotejándola con a quiénes afectan, a quiénes se les permitía salir, quiénes eran y son los más expuestos, quiénes y qué condiciones tienen las personas afectadas por el virus. Resolver esas inquietudes nos ha llevado a un punto común: nos permite exponer los niveles de desigualdad que se han configurado en los sistemas de salud y educación. Así, en nuestros primeros conversatorios, recordamos cómo la construcción social de lo normal y lo anormal es cultural, histórica y contingente. Lo normal, lo anormal y lo excepcional se siguieron colocando al orden del día para el tratamiento y dominio de las poblaciones.

Ya existen pandemias, tales como la ansiedad, el estrés, la depresión, la autoflagelación, las cuales marcan el transitar de las experiencias de los actores del ámbito educativo, particularmente de las infancias, como nos lo indicó Pablo Yafe. Allí, la reflexión también se hizo en cómo nuestro actuar sobre ellas está ligado a la

revolución industrial, a la mudanza a las grandes urbes, a dejar de lado lo rural en la lógica de las ciudades como proveedoras de trabajo y educación; a potenciar una asimetría del mundo adulto, de la superioridad del hombre blanco, europeo, que se ha impulsado también desde la escuela. Esa configuración de la infancia moderna requiere ser vista en el marco de un despliegue con *lógica topográfica y espacial, va echando raíces en función de espacios físicos y simbólicos que hacen la gramática de esta, y eso se está transgrediendo.* Así, pudimos observar el correlato de los estados de emergencia que le han permitido a los gobiernos solventar la crisis sistémica y, en el marco de los sistemas educativos, llevar sin más un paro que obligó a dejar de asistir presencialmente a las clases en las escuelas a más de 400 millones de niñas y niños de todo el mundo. ¿Qué nos podría decir esa experiencia? ¿Qué discursos merodeaban el desarrollo de la excepcionalidad administrativa para controlar la pandemia? ¿Qué podríamos abordar con nuestras y nuestros estudiantes? ¿Cómo serían sus experiencias? ¿Qué tan preparados estábamos para abordar esas realidades? ¿Qué significaba la virtualidad? ¿Qué dominios de saber pedagógico, didáctico y educativo teníamos para echar a nuestro morral ahora para desarrollar los lápices, pizarrones, aulas, libros, y demás instrumentos que permitieran darle sentido a esa complejidad que significa asistir a la escuela?

Esas y muchas otras preguntas merodeaban nuestro quehacer, que ha terminado en la prolongación espacio-temporal del acto educativo a los lugares de habitación

de docentes y estudiantes dispuestos para ello, y que a nuestro juicio generan evidencias cada vez más fuertes sobre como la presencialidad y la escuela pública son vitales para cualquier propuesta humanizadora y ecosocial, alternativa al modelo de sobreexplotación que vivenciamos. Ello, junto con un proyecto que escuche e integre la voz de niñas y niños en estructuraciones básicas como el currículo, la evaluación y la democracia escolar organizada en lógicas de participación horizontal cada vez menos representativas. Las ideas iniciales partían, entonces, de las premisas de que lo que sirve para nosotres, sirve para otres.

Digámoslo de una vez, la apuesta educativa alternativa pasa por la construcción, desde lo común y lo diverso que constituye la experiencia propia del proceso enseñanza-aprendizaje. Ello requiere interpretar, desde nuestras prácticas, lo visto en estos últimos meses a través de las pantallas, de los talleres, de las guías y otros tantos artefactos, a propósito de la realidad de nuestres estudiantes, a través de sus propias voces y ojos; así como la de sus madres, padres y acudientes, quienes, además, alimentan la reflexión permitiendo construir desde su vida vivida, sus intereses, sus apuestas educativas, entre otros aspectos cruciales para entender lo marginal.

El espíritu de la conversa

Partir de la premisa de abordar los malestares existentes en la normalidad de la vida anterior al COVID-19, relacionadas con el tiempo para ver y compartir con sus familias, con trabajos en casa, con modificaciones en los vínculos y lazos inter e intra generacionales, nos abre otras posibilidades de abordar la problemática de la escuela. El duelo por la actualidad, la añoranza de lo pasado, y las alternativas de construcción de futuro están en cuestión. La crisis devela, una vez más, las formas de explotación y dominación propias del proyecto hegemónico y la necesidad de construir otro contrahegemónico. El sentir propio de esta experiencia ha sido y sigue siendo la incertidumbre, que nos evoca las otras formas de vivir, recordar la esperanza, esa que recuerda el filósofo de Portbou: nos invita a ver una realidad más amplia, a construir desde las multitudes como actor político, la emancipación como bandera educativa y proyecto político.

Las respuestas que en las conversas se iban dando a las preguntas planteadas nos señalaron la necesidad de construir alternativas emancipatorias a los modelos educativos, y a aprender del otro y con la otra esas posibilidades. A entender cómo se desarrollaba un modelo que en el plano educativo llevó la experiencia de la suspensión que propicia el acto educativo, a los límites de lo íntimo, a las dinámicas de la vida privada, al abismo del no poder detenerse, de separar en muchos

casos lo común que en el seno del hogar se podía producir. Además, al pasar de los días se dejaba entrever las heterogéneas y diversas condiciones sociales que se dan en la escuela. También, las profundas desigualdades a las que se sumaba el hecho de permanecer encerrados en casa y, desde allí, abordar los procesos educativos y de socialización. Pues bien, al irse acumulando los días en la experiencia sórdida de pretender socializar y educar a través de las pantallas o lejanías de las prácticas humanas, propias de los seres sociales que somos, un grupo de compañeres decidimos entablar conversatorios –sí, conversas sin más pretensiones, conversas- sobre eso que estábamos viviendo y poder compartir nuestras experiencias para, a partir de ellas, ir ajustando nuestras prácticas y entender de alguna manera lo que nos está sucediendo.

Cuando tuvimos que vernos aislados en marzo, todos quedamos fuera de lugar, a todos nos tomó por sorpresa y ahí surgió la necesidad de crear ese diálogo, el diálogo de la conversación, la indagación, la construcción colectiva, la cual iniciamos convocando diferentes líderes, invitando diferentes maestros que conocíamos y con los que teníamos contacto en Latinoamérica: México, Argentina, Brasil, incluso en España. Los contactos entre estos mundos fueron muy enriquecedores y nos permitieron salir de esa burbuja en la que nos encerramos. Nos permitió volver a la escucha del otro y comprender que estábamos *en las mismas*. Ese acto produjo alivio al saber que las cargas comunes se podrían llevar de esa misma manera, comúnmente entendiendo la diversidad.

Comprender que la situación estaba globalizada, nos permitió parar, observar, dialogar y actuar; así como adentrarnos en las maneras como se estaba reinventando la educación. El sistema educativo se estaba sosteniendo en contextos similares, intentando reinventarse y reinventar el acto pedagógico. Como propuestas iniciales, el espíritu de la conversa estaba en clave de aprovechar la crisis como una oportunidad para repensar la educación. Esto nos generó el diálogo y conocer otras estrategias, alternativas a la educación, a la coyuntura.

Lo que nos unió a pensar los diálogos y conectar experiencias fue la crisis, sobre todo para entender la *gramática* de la escolaridad y lo que sucede con ella al cerrar la educación masivamente. Al decir gramática, estamos hablando de la estructura mínima que se ha globalizado, y que más o menos enmarca el lenguaje de cómo funciona una institución escolar. Si en el antes veíamos cómo la crisis de excepcionalidad marcada por el estado de emergencia sanitaria se sumaba a las crisis societales y la pandemia a otras pandemias, en el momento de las transformaciones se nos abrían las preguntas sobre cómo abordar y comprender miradas y voces en la escuela en clave latinoamericana ante la amenaza de COVID-19; y poder analizar la crisis como una posibilidad para construir nuevas relaciones en la escuela, en una posibilidad de encuentro, y de repensarnos y redimensionar la escuela, en todos sus ámbitos.

Semilleros al poder

Decidimos entonces realizar el evento cada 15 días, los días jueves de 5 a 7 pm; de tal manera que tanto organizadores como el público a quien estaba dirigido destinaran un espacio en su agenda para conversar sobre *La Reinvención de la Educación en Tiempos Virales*. La temática de los conversatorios se suscitaba por medio de preguntas orientadoras en torno a los nuevos escenarios que se plantean para la educación, la pedagogía, el currículo, la didáctica, la evaluación, la institución escolar y la educación en, durante y después de la pandemia. El énfasis se hacía en entender los discursos que transitan hoy por los espacios escolares, en propiciar reflexiones sobre lo que puede significar la calidad de la educación, desde las pedagogías y didácticas alternativas, disruptivas e innovadoras; dando cuenta de la importancia que recobran procesos que antes de la cuarentena ya apuntaban al mejoramiento de la educación, por una que le dio prioridad al sentir humano, centrada en el buen vivir del estudiante y del docente, en el cuidado y autocuidado. De esta manera, se generan procesos de cultura escolar sobre la ética de la vida y la vida misma, más allá de los aspectos organizativos y formales que implica el sistema educativo.

En el primer ciclo, participaron alrededor de 2500 personas en vivo entre educadores, estudiantes y demás protagonistas de la educación, de diversos países latinoamericanos (como México, Argentina,

Ecuador, Perú, Guatemala y Brasil), y de distintas regiones de Colombia e instituciones educativas, en los que se evidenció la necesidad de repensar las prácticas pedagógicas, adaptándolas a la virtualidad, a la educación sincrónica y asincrónica, por lo que el espacio creado resultó ser de vital importancia para compartir experiencias, estrategias y reflexiones sobre las formas de enseñanza. Luego del receso de mitad de año en el calendario académico, después de un merecido descanso de las pantallas, realizamos la evaluación del primer ciclo y decidimos continuar con nuestra propuesta; modificamos la publicidad, el eslogan y establecimos que era necesario garantizar un espacio para los estudiantes. Como los encuentros con los docentes se realizaban cada 15 días, decidimos incluir en el intermedio las charlas con estudiantes, de tal manera que ahora estaríamos transmitiendo todos los jueves, intercalando los diálogos maestros: de la reinvención a la transformación, con el espacio denominado *Charlas con estudiantes sobre educación pos-COVID*.

De la experiencia con niñas, niños y jóvenes, resaltamos la participación de estudiantes y exalumnos del Colegio Distrital Francisco Socarrás, de la localidad de Bosa, quienes hacen parte del proyecto de semilleros que lidera el profe Rafa, denominado *Arracachas al poder*; proyecto que fue reconocido en el 2018 por su publicación en el marco de la segunda convocatoria en el Fondo Concursable para el Apoyo y Fomento a Semilleros Escolares de Investigación, realizado por la SED y el IDEP; y la participación de las estudiantes del colegio privado Cooperativo Ismael Perdomo, orientadas en la clase de Filosofía por nuestra compañera Isabel Suárez.

Las charlas fueron muy provechosas para mí en este tiempo de pandemia. - afirmó Marby Sofía, estudiante de grado 11 y líder de las Arracachas.

- Considero que nos pudimos dar cuenta de que todos, sin excepción, estábamos pasando por esa situación, y en ese sentido, es muy interesante conocer cómo cada uno afronta las crisis. Todos nos encontramos frente a esta pandemia y las charlas con estudiantes son un espacio para ser empático y entender la situación que el otro está viviendo.

La reinvención

Dado lo dicho y lo no dicho, en la reinvención nuestras preguntas han girado en torno a cómo generar espacios educativos que trasciendan la individualidad y que permitan enfrentar colectivamente las nuevas realidades, y develar lo que se extraña de la experiencia educativa, para desde allí reconocer algunos aspectos relevantes de la educación. Se presentan como claves los rostros, la presencialidad para el contacto con el otro, las dinámicas que en la educación convierten lo humano en demasiado humano, la proxemia; los espacios físicos en los que se construye identidad, donde la interacción produce vida social, donde se co-crea la confidencialidad. En los encuentros fuimos viendo cómo la escuela es un espacio físico de protección y garantía de derechos, muchos de los cuales se vieron extraviados en los procesos de

virtualidad que exigió esta contingencia. La escuela como protectora de las múltiples violencias, como posibilidad de reconocimiento de las desigualdades sociales, en la que circulan saberes que en sentido contrario de lo mandado por la razón moderna no son solo disciplinares, sino fundamentalmente valorativos, emocionales y en relación con el pensamiento crítico, social y ambiental.

Pensar la reinvención es encontrarse con lo extraño para visibilizar sus potencias. Varias preguntas con las que empezamos esta crónica siguen vigentes, y nos permiten avanzar en propuestas metodológicas que retomen, en lo presencial o en la virtualidad, esas extrañezas y las ventajas que se trabajan. Nos llevan a pensar en responsabilidades colectivas en las que podamos reabrir los debates sobre la emancipación como fin último de la educación, que requiere construir una visión humanista, ecológica, flexible y acondicionada a los contextos en que se suscribe. Las pedagogías de excepción nos animan a permanecer en contacto y con afecto, a potenciar evaluaciones cualitativas, a que se contemplen procesos pedagógicos que motiven la pertenencia y la participación. Espacios en los que prevalezca el vínculo afectivo entre docente, estudiante y familia en contexto y se potencie el ser humano, construcción de redes de solidaridad y apoyo mutuo. Escenarios en los que se permita fortalecer la capacidad de la escuela de generar sentidos en el marco de pedagogías situadas.

Que cada estudiante sienta que puede ser objeto de reclamo, que vale lo suficiente como para que se le pida

algo que pueda devolver, no confundir vulnerabilidad con incapacidad; el primer paso para acortar brechas es que seamos capaces de transformar la realidad, nos señaló Pablo Yafre.

Frente al retorno, hay muchas cosas que decir. Dejémoslas solo punteadas: ¿Cómo manejar el duelo frente a la pérdida de identidad y de espacios para construirla? ¿Cómo han sido los comportamientos de niños y jóvenes y medios virtuales? ¿Cómo han vivido en sus casas cuando no tienen acceso? ¿Cómo se ha dado la interacción entre las personas? ¿Cómo se ha dado el respeto hacia la labor docente, los procesos pedagógicos y el lugar de la familia? ¿Cuáles son los retos en torno a la educación emocional? ¿Cómo se va a dar el reencuentro?, entre otros aspectos. Todo ello requiere de múltiples dimensiones de acompañamiento, de desafíos a nosotros mismos, en los que la solidaridad y el apoyo mutuo resultan fundamentales para la transformación social. Otro aspecto que sin duda tomó fuerza fue responder a la pregunta sobre cómo se reconoce o no la voz de niños y niñas y su capacidad de agencia en la transformación de la escuela, lo que propicia pensar, a su vez, en qué pasa con las experiencias de niñas y niños en el marco de la pandemia, que están atravesadas por una desigualdad estructural, ejercicios de violencias, la relación escuela-familia y el ejercicio de la orientación.

De otro lado, no podemos hablar del impacto y de los aprendizajes que suscitaron en todos los actores que interactuaron en estos conversatorios, diálogos y

charlas, ya sea en el rol de ponentes o como asistentes. No obstante, podemos compartir lo logrado en nosotros como organizadores y moderadores. Para ello vamos a retomar unas palabras clave que nos dan pistas sobre posibles articulaciones.

Resiliencia: Ha sido el mayor aprendizaje, el cómo a partir de una crisis mundial, económica, de salud y del propio sistema educativo, los obstáculos nos ayudan a señalar hacia dónde debe ir la escuela. Ante la crisis institucional escolar que aumenta con las dinámicas de la pandemia, los individuos podían quedarse con el obstáculo y mantener la continuidad de lo que se denomina la vida normal, o pensarse o reinventarse nuevas formas para poder garantizar el ejercicio del derecho a la educación y garantizar la construcción de comunidad educativa. Uno de los mayores logros que uno encuentra o siente en las intervenciones es precisamente que los obstáculos han sido vistos como una posibilidad de creación que nos señala hacia dónde podemos ir y hacia dónde la escuela en general, y los actores que circulan allá, podrían poner sus ojos para la reinvención de la escuela.

Empatía: La escuela es mucho más de lo que pensamos, la escuela es el contexto, como lo señalan los pedagogos del construccionismo. Es una relación compleja entre profesores, trabajadores de la educación, estudiantes y padres de familia. Al entrar en diálogo con otros, al escuchar sus temores, propuestas, retos y necesidades, surge la comprensión y capacidad de entender que,

aunque estamos pasando por una misma situación, las concepciones prácticas son diversas y, por tanto, enriquecen nuestro quehacer docente. Reconocer y reconocernos en las actividades que se dan en la escuela, pensando en la proximidad que el medio virtual está habilitando; entender que tenemos una experiencia relativamente similar con los doscientos millones de estudiantes que se quedaron sin escuela presencial; entender las diferencias con los más cercanos, con los que a diario acompañamos en el proceso de aprendizaje.

Solidaridad y humanidad: La reinvención trasciende a la incorporación de un currículo, de procesos de evaluación, de contenidos y saberes. La pandemia nos mostró que debemos fortalecer, sobre todo, un tema que tiene que ver con la ética, en su sentido más profundo de cómo cuidarse a sí mismo y al otro, a cuidar la especie humana y nuestro planeta. Saberes que nos develan el sentido de lo humano y de nuestra existencia como especie, los cuales se deben incorporar en el currículo, constituyéndose parte central de la experiencia del sujeto y de los diferentes actores de la escuela.

Miramiento: Mirarnos en el otro y entender qué necesita aquel que está ahí, al otro lado de la pantalla; el hecho de que los estudiantes estén hablando con nosotros, eso es lo más enriquecedor. Como profesores e investigadores, desde el comienzo escuchamos a los maestros y sus propuestas, y a veces se vuelven repetitivos los discursos; pero al dialogar junto con los estudiantes, ellos se vuelven educadores, nos enseñan a estar a la vanguardia, a ser más exigentes con nosotros, nos

invitan a actualizarnos y a mirar más allá de los muros de la escuela. Ahora sabemos más de los estudiantes, su contexto, sus dificultades, conocemos sus familias, el lugar donde viven y viceversa; ahora sabemos un poco más qué pasa en la casa de ellos, un reflejo de lo que pasa en nuestra sociedad y, al ver nuestro reflejo en ellos, entendemos aún más la razón por la cual nuestra labor docente se reivindica por la responsabilidad social de contribuir a la adquisición del conocimiento y con este, a la emancipación y la libertad para decidir.

Gratitud: Fueron 7 meses de trabajo continuo, paralelo y, en ocasiones, mezclado con nuestras rutinas laborales y familiares. Fueron encuentros semanales rigurosos, realizando la logística de cada evento, sumado a más horas frente a la pantalla, antes, durante y después de cada encuentro; sin embargo, lo mejor de todo siempre fue al final de cada transmisión, cuando ponentes y asistentes nos manifestaban su gratitud por permitir este espacio conversacional. Así mismo, nosotros como organizadores sentimos un profundo agradecimiento por los demás asociados de la REDDI, que desde los diversos nodos participaron y promovieron los conversatorios; por los ponentes y asociados que creyeron en nosotros; a Gabriel Garzón y su grupo El Rojo Impro, que nos permitieron el uso de la plataforma de transmisión; por los estudiantes que acogieron y se empoderaron de este espacio; por nuestras familias que soportaron y nos cedieron parte de su tiempo.

Y finalmente, gracias a todos los que se atrevieron a leer esta crónica y compartir con nosotros esta gran experiencia.

Paulo Molina Bolívar e Ingrid Nathalia Meneses
Integrantes de la Red Distrital de Docentes Investigadores (REDDI)

Hablar de Vietnam o del Frente Nacional

Semillero Pensamiento Político

Podcast

Martes, 6:30 a.m. Hace frío. Hoy hay formación general en las canchas. Cada semana, un grupo conformado por seis profesores hacen las veces de guardianes. En fila y de frente a la entrada saludan a quienes llegan en un afán desesperado por entrar. Estoy de pie, pero inerte, el frío logra doblegar la voluntad.

- Buenos días. - digo.

Nadie contesta mi saludo, solo una de las maestras que, con su rostro repleto de bondad, asiente con la cabeza. Decido entonces hinchar mi pecho, inflarlo hasta donde no dé más, sentir mis cuerdas vocales listas y saludar duro, la voz no quiere salir. Recibo respuestas instantáneas. Quienes van entrando, niñas, niños, adolescentes, padres, madres, profesores me miran y contestan.

- ¡Buenos días, profe!

A mi saludo agrego: - *Hay formación, ¡a las canchas!*

Los receptores del mensaje asumen la información con gestos de desaprobación y rabia. Claro, subir a la cancha a esta hora es un acto de total crueldad. Cerramos la puerta grande, azul, de hierro, fría y a veces mezquina. Mientras se va cerrando, los pasos agigantados de aquellos que no lograron cruzar esa delgada línea para estar a tiempo se escuchan como galopes al final de una cruzada. La puerta se cierra, no entra nadie más. Así, entre el viento helado y los gritos que guían a nuestro camino hacia tan despreciada e impuesta reunión en la cancha, transcurren unos minutos. El viento realmente es muy frío. Ahora es acompañado por diminutas pero crueles gotas de agua, que solo se sienten cuando se incrustan en la piel enrojecida por la niebla, esa que cubre por un momento todo lo que se alcanza a ver.

Cada grupo hace dos filas. El más pequeño está en el frente, el más alto al final. Cada director de grupo ordena a sus estudiantes que no hablen, que no miren, que no murmuren, que tengan el uniforme completo, entre otras cosas; pero lo realmente importante es que estén en silencio. ¡Qué forma más aburrida de estar en el colegio! Algo extraño está sucediendo. Todos los niños, las niñas y adultos abandonan sus palabras compartidas para entonar al unísono un silencio abrumador. Va a hablar el coordinador. Unos lo escuchan, otros no; unos solo están ahí de pie, pensando en cosas, en cualquier cosa.

¡Sí que es aburrido! Que el uniforme, que las tareas, que la responsabilidad, que se van a tirar el año, siempre es lo mismo.

Observo a los chicos de mi curso, algunos con sonrisas y gestos, me hacen saber que el regaño matutino no justifica aguantar tanto frío. A lo lejos, y usando como camuflaje la buena suerte, un grupo de chicos forman un círculo protector, algo está pasando. Despacio, me voy acercando, es tanta la atención sobre el suceso que no percatan mi presencia. Logro estar justo detrás del más alto, su intención es clara, no dejar ver qué sucede. No lo logra, el más alto de ellos a duras penas llega a mis hombros. Sobre sus cabezas observo y escucho.

Es un ruido que tiene ritmo: tuck-tuck-tis, tuck-tuck-tis, y así sigue, no se detiene; es Mario, un chico que está en noveno. El ritmo se produce al ensortijar sus manos alrededor de la boca. Mientras el sonido se convierte en música sus hombros van hacia atrás y hacia adelante, invitan a todos a seguirlo. Es una suerte de danza que inmoviliza los pies ¡y te mueve el alma! Todos miran a Julio, yo también; ahora soy cómplice de la diversión. Esperan algo de él. Julio mueve sus manos en círculos, como queriendo decir algo, lo intenta y se detiene; trata de entrar con su voz sin romper con el ritmo que Mario ensambla. Finalmente, Julio entra, lo logra y ahora son uno solo. El ritmo de Mario y la voz de Julio. No le entiendo, habla muy rápido, canta muy rápido. Los demás solo escuchan y se mueven sin separar los pies del piso.

Son el centro de atención, los admiran, los escuchan y los aplauden. Acudo nuevamente al estallido de la voz. Tomo aire y digo en tono fuerte:

- ¡Buenos días!

Paran, voltean y sonríen. *- ¡Uyyyyy, profe, nos asustó!*

- ¿Por qué no están en la formación?

- ¡Profe está haciendo mucho frío y el profe siempre habla de lo mismo!

Tienen toda la razón, estoy de acuerdo con ellos. Pero no se los digo.

-Profe ¿vamos a formar? Si vamos el coordinador nos regaña.

- ¡Ya que van a ir si ya van a terminar! esperen y se unen a sus cursos cuando los envíen al salón.

- Gracias, profe.

La sorpresa aún no me abandona. Son muy buenos haciendo música, convocan y los aplauden, son unas pequeñas estrellas. Mientras tanto la voz del coordinador suena y acalla. Ahora la instrucción es romper filas, abandonar la cancha y disponerse para comenzar un día más de clases. Como hormigas todos se van desplazando, en filas, despacio y con un rumbo ya definido. No dejo de pensar en los grandes artistas.

Me gusta caminar por el colegio. El colegio es distinto a todos, parece un laberinto. Lo atraviesan escaleras y pequeños pasillos adornados por algunos árboles que tienen flores amarillas, rojas y rosadas: A veces, si cuento con buena suerte, veo colibríes volando a su alrededor. Casi siempre hace frío, pero vale la pena caminar, es en esos pasillos donde se vive el colegio. Los chicos se encuentran, se saludan, se hacen amigos, se enamoran, discuten, se reconcilian, y por supuesto cantan, cantan rap. Encontrarme en esos recorridos a Julio es prácticamente un designio, aprovecha cualquier momento para cantar.

Canta sobre el amor, la educación, la política, pero sobre todo le canta a su sueño de ser famoso. Siempre lo saludo cuando lo veo. En el salón o durante la clase, es serio, atento y muy preguntón. Fuera de clase es una toda una estrella.

Es una semana como cualquier otra y lo habitual hace presencia. Los profes en la puerta, los chicos llegando al colegio, el frío de la mañana y el infaltable olor a tinto caliente. Un mensaje de voz llega a nuestro grupo de WhatsApp.

- ¡Profes, en el descanso una reunión urgente! ¡Nos vemos en sala de profesores! Es el coordinador. Nos miramos y nos preguntamos de qué podría tratar aquella reunión sorpresa.

Llegamos a la sala de profesores. Esta no es una reunión cualquiera, me lo dicen las caras de expectativa y preocupación.

Profes, el COVID ha tocado nuestras vidas y se prevé una cuarentena generalizada. - Con estas palabras comenzó el coordinador - Todos a nuestras casas. Me imagino que ya han escuchado que tendremos cuarentena y confinamiento obligatorio.

Una profe, consternada por la noticia, pregunta:

- ¿Entonces qué vamos a hacer con las clases y con los estudiantes?

- Profe, tendremos que hacer unas guías y comunicarnos con ellos utilizando medios virtuales.

- ¿Desde cuándo?

- Desde el lunes.

Ese día tenía clase con novenos, el curso de Julio. También fue el último día que supe de él. Llegué a casa preocupado, toda la tarde pensé en ello, no logré conciliar el sueño. Al llegar el lunes todo era distinto, el frio persistía, pero ahora, al igual que las mañanas, es esquivo. La mañana es esquiva, está ahí. Nace y muere todo el tiempo. Al abrir los ojos respiro profundo y siento como mi existencia recurre a otros caminos que la memoria me señala. Esos caminos hoy son cortos y fugaces. Solo pienso en que los días se han convertido en una fotografía, nada cambia. Prendo el computador, me siento y allí está esperándome. Treinta correos y 100 fotografías que pretenden resumir lo que los estudiantes del colegio escriben para mí. ¡Qué forma más simple de existir! Las mañanas ahora son otras, el frio no congela mi rostro ni condensa mi aliento al caminar. No camino, no corro. Es lejana la sensación de la tardanza. No existe el afán por llegar, pero sí por comprender qué está sucediendo.

Todo es lento. El tiempo está a mi favor. Pero ¿para qué? si ya no es necesario rogar por su existencia

El tiempo teje tramas ocultando su severidad, ha hecho de sí una existencia efímera. Está siempre allí, pero sin aclamar su poder sobre mí. Han pasado dos horas, eso creo, pero no. Mi mirada busca la razón al encontrar el viejo reloj que papá me regaló cuando era niño. Lo niega, apenas han pasado cincuenta minutos. El tiempo es el mismo, el mundo es otro.

Mi existencia se prolonga. Mi voz y yo no somos el mismo equipo. Los teclados, los cables, los aparatos son prótesis que mi cuerpo, aún consciente, reconoce. Siempre han estado a mí lado, solo que ahora reclaman su lugar usurpando mi tranquilidad. Mis ojos, aferrados a la pantalla tratan de descifrar cada palabra, cada letra, cada código cifrado para reemplazar los abrazos, las miradas y las tibias voces que hacen de la escuela mi lugar.

Mi mundo son dos pantallas, que frías y duras, transmiten una realidad que distorsiona mis sentidos. Ya no son los murmullos, los gritos o las risas las que claman por romper el silencio. Ahora son sonidos inertes que avisan que un nuevo mensaje ha llegado. Lo leo, hola profe ¿cómo está? - Para mi fortuna siguen allí. El silencio es inmune, lo interrumpen pequeños sonidos que se desprenden del teclado. ¡clack-click-clack! Son las seis y cuarenta y cinco de la mañana. El frío golpea mi puerta y la lluvia me recuerda el encierro. Es una pandemia. Es un frío diferente; mi cuerpo recuerda aquel frío que calaba los huesos al llegar al colegio. Solo es un recuerdo. Algunos días la suerte cuestionaba mis pasos y atravesaba pequeños arcoíris que arrancaban una sonrisa, que tímida, retaba al frío enloquecedor.

- ¡Profe, profe, profe! Allí están.

Las sonrisas vuelven, me saludan. Realmente son las sonrisas, los gritos, los murmullos, el ruido, lo que se extraña. ¿Qué pasó? - Pregunto. Solo se escuchan sonrisas. Vuelvo a vivir. El tiempo pasa y el encierro es lo cotidiano. Un día cualquiera anuncian que el encierro ha terminado. Se acaba el confinamiento. Tengo clase con noveno. Comenzamos. El tema de hoy: El Frente Nacional. Todos se interesan. Explico, pregunto, hablamos. Al desarrollar el tema y contarles que el Frente Nacional fue una forma de alternancia del poder, solo se escuchan reclamos y arengas.

- Pero, ¿cómo así? ¿Por qué tienen el poder?

- ¡Más bobos nosotros que nos dejamos!

- ¿Quiénes son ellos para mandar?

El tema les gusta y lo manifiestan. Somos solo diez personas conectadas. El grupo es de treinta y cinco. Pero solo unos pocos pueden acceder a la clase. Al día siguiente debo salir; escondo mi miedo, la pandemia nos ha hecho desconfiar de todo y de todos. Me llamaron del servicio de salud. Después de varios meses mi cita con el especialista estaba agendada.

¡No la puedo perder! Madrugo, instalo mis otras prótesis; una lámina de plástico ahora yace sobre mi frente cubriendo todo mi rostro, un trozo de tela esconde mi boca y mi nariz. Mi respiración, convertida en vapor, enceguece mi camino. Me dirijo a la estación y espero. De repente asoma con su cara ruda y la frente marcada mi navío, B11.

Debo bajarme en la estación del Movistar arena. Es extraño, somos pocos en este viaje. El silencio termina cuando al parar en la estación Ricaurte somos invadidos. Suena un estruendo:
- ¡Buenos días! No venimos a robar, solo queremos trabajar con un poco de arte.

La música comienza. Es un son que invita a mi cabeza a que se mueva, el ritmo me lleva.
La música no para y la voz aparece convertida en una suerte de trabalenguas. Es rápido, es rap. Con mi mirada busco su dueño, no lo encuentro, somos muchos. Solo escucho. Se va acercando. La voz ahora ruge y grita:

- ¿Qué dice mi profe? ¡El que desde niño me enseñó, de la guerra de Vietnam y del frente nacional!

Los aplausos suenan y ahora soy el centro de atención. Soy de nuevo el profesor.

Los aplausos no paran y un abrazo rompe los protocolos.

- ¿Y tú qué, Julio?

- Camellando profe. Aquí, en lo mío. Usted sabe cómo es que es.

- Me alegra verte. Pero ¿y el colegio?

- El hambre no espera profe. Todo bien que yo le cumplo. En la buena profe.

Así mismo como apareció Julio se fue desvaneciendo de mi vista. Pasaba por cada uno de los puestos componiendo pequeños versos. Algunas personas contestaban con una sonrisa y una moneda, otras con miradas evasivas y otros simplemente se alejaban y tomaban sus pertenencias con fuerza. La pandemia de la desigualdad y la desconfianza siempre ha estado entre nosotros. Con un abrazo selló la despedida y antes de abandonar el navío me miró, sonrió y levantó su dedo pulgar.

Llegué a mi cita médica. Por primera vez encuentro el lugar vacío. Éramos apenas cinco personas haciendo la fila. Me alegra profundamente. Me atienden, leen mis exámenes de sangre, todo está bien. El día esta soleado y me encontré a Julio. La felicidad ahora se aferra a mi ser. Siento hambre. Justo al lado del edificio del servicio médico hay una pequeña cafetería. Me paro justo en la puerta; con una seña le indico al señor que se encuentra

detrás del mostrador si puedo entrar, con otra seña me responde que sí. Solo me pide que espere. Me toma la temperatura, me baña en alcohol y embadurna mis manos en gel antibacterial. Entro y me siento.

- Buenos días ¿Qué desea tomar?

- Gracias. Un café y una almojábana está bien.

En la pared del lado izquierdo cuelga el delgado televisor que, a todo volumen, convoca a un grupo de foráneos espectadores. Todos miran y comentan. El señor se acerca con mi café y mi almojábana.

- ¿Qué pasó señor? No he visto noticias y parece que algo ha sucedido.

- ¿No ha visto nada? Como que anoche un par de policías mataron a un man. Esto está muy tenaz.

Mientras voy tomando mi café escucho la noticia. El señor está en lo cierto. Me levanto, pago y vuelvo a mi casa, esta vez prefiero tomar un bus. A esta hora va muy solo y el riesgo del contagio es menor.

El miedo pandémico no me abandona.

Llego a mi casa. La rutina es la misma. Me baño en alcohol, me quito los zapatos, me retiro la ropa y voy directo a ducharme. Termino y ahí están, esperándome de nuevo, esas pantallas que ahora son extensiones de

mi ser. Hoy no tengo clases programadas, solo reviso los trabajos enviados. Pasa el tiempo muy lentamente. Son las tres y voy a almorzar donde mamá. Salgo a la calle, se nota bastante movimiento, mamá me llama y me dice:

- Hola mijo, mejor no vengas eso como que se está poniendo feo.

- ¿En serio, madre? Quédate en casa entonces. Mejor mañana nos vemos.

Sigo caminando. A medida que avanzo se escucha más claro un grito compartido y las gargantas que se desangran: ¡Asesinos!, ¡Asesinos!, ¡Asesinos! Son muchas personas. En menos de un minuto los gritos estaban junto a mí, ya era parte de ellos. Solo observo, llegan más y más personas. La indignación se respira y la adrenalina me ordena quedarme. ¡Asesinos, ustedes lo mataron! Grita con ira una pequeña mujer que cierra su arenga lanzando una piedra. Sigo con mi mirada su recorrido. Y allí, con la precisión de la furia, rompe parte del casco de uno de los policías. Me llevo las manos a la cabeza, la gente grita el acto de aquella heroína anónima. Y se escucha el primer estallido: ¡Pummmmm! Es muy fuerte. La gente corre, corro también.

Sigo corriendo, frente a nosotros otro grupo de personas viene corriendo, pero no están solos. Los acompaña la ira, el descontento y las ruinas de una calle que la empresa de acueducto destruyó y abandonó. Quedo en la mitad, ahora ellos también tiran piedras, algunas caen cerca de mí. Siguen los estruendos y ahora el espeso gas de la

represión no me permite respirar, ver y menos correr. Mis pies se enredan con algo y el asfalto me espera.

Alguien me recoge.

- Fresco hermano, no se preocupe, póngase esto en la nariz. Solo obedezco, tampoco tengo otra opción.

El aire vuelve y la vista también; entre dos personas me ayudan a correr hasta un lugar donde puedo sentarme. Al alzar mi cabeza veo como la cantidad de personas ahora es más del doble que hace unos minutos. A lo lejos, unas personas incendian lo que solía ser una caneca gigante de basura. La batalla continúa y yo sigo allí, sentado y tratando de respirar. No hay forma de escapar, las rodillas me duelen producto de la caída, mis ojos arden, pero la respiración está mejorando. La indignación crece y las personas siguen llegando. Las piedras no paran de lanzarse y el gas lacrimógeno no permite ver más allá de un metro. Un joven de no más de veinte años se acerca y me dice - *¿Está bien cucho?* – eso mejor ábrase de aquí que la cosa está como fuerte. Sabias palabras. Comencé a caminar entre la gente hasta que logré salir. Sentí el hambre, el dolor, el ardor. Respirar y, sobre todo, mi dignidad, dolían como nunca.

Camino cerca de media hora. Me alejé tanto como pude. Un restaurante estaba abierto y, al igual que en la mañana, con señas pedí mi ingreso. Pude comer a medias, el dolor era intenso. Comí rápido y regresé a mi casa. Otra vez la rutina: alcohol, ropa, baño. Era la

tercera vez que me duchaba aquel día. Me recosté y el cansancio cerró mis ojos. Desperté unas cinco horas después, me sentía mareado y algo confundido. Tomo el celular para ver la hora. En la parte superior del celular aparecen 20 notificaciones.

Me han etiquetado en videos y fotos. Por un momento pensé que alguien había grabado mi tormentosa tarde. Pero no, eran videos que mostraban policías disparando; otro video mostraba como unos policías golpeaban a un joven y otra era una foto. Y sobre el rostro de un joven decía: desaparecido por la policía, era Julio. No puede ser. Dije mientras mis manos sobre la cabeza me recordaban la felicidad de la mañana ahora convertida en impotencia y angustia. No pude dormir más esa noche.

Al día siguiente ya no solo era la foto de Julio. Las redes sociales se llenaron de videos, fotos, cadenas de WhatsApp, todo reclamando por la vida de Julio. Lo queremos vivo; vivo se lo llevaron, vivo lo regresan eran algunas de las palabras que acompañaban la imagen de Julio. No soporto la incertidumbre, nadie sabe nada sobre él.

Ya han pasado dos días. No he dormido bien. Tengo de nuevo clase con el noveno de Julio. Quiero comenzar haciendo una reflexión sobre todo lo que ha pasado. Abro el link, comienzo a aceptar a los estudiantes, admitir, admitir, admitir, solo hago click en admitir. Buenos días a todos y a todas, hoy no es un día como otros, hoy hace falta uno entre nosotros y quiero comenzar hablando sobre eso. Voy a abrir los micrófonos para escucharlos. Solo se escucha una voz:

- Todo bien cucho, no lo dejé morir cuando se cayó en ese tropel mucho menos ahora ¿Vamos a hablar de Vietnam o del Frente Nacional?

José Joaquín Varas Camacho
Líder del Semillero Pensamiento Político

La Caja de Pandora entre signos de puntuación y sintomas de malestar

Colectivo Caja de Pandora

Podcast

Inolvidable Pandora:

Trascurría el año 2020, cuatro años después de que Bill Gates, en una charla TED, hablase de la necesidad de tener alertas tempranas y de poseer un sistema de salud global, para atender un factible virus que viajaría, ya no por vías férrea, marítima ni a lomo de mula, como la peste bubónica del siglo XIV, engendrada por Yersinia Pestis e inoculada por pulgas; tampoco lo haría como la Gripe Kansas de 1918, suscitada por recombinaciones virales de influenza porcina e influenza aviar; ni por el Síndrome Severo Agudo Respiratorio, transmitido por murciélagos y civetas; ni por el Síndrome Respiratorio de Oriente Medio; ni por ZIKA; ni por el dengue, ni por la Gripe aviar 2004-2005; ni por el Ébola-Zaire y Ébola-Sudán, la leishmaniosis, la malaria o la enfermedad de Chiagas, cuyos principales huéspedes son los armadillos, marsupiales, primates del neotrópico, murciélagos, del popular chinche y más de 150 especies. El probable virus, que podía viajar en avión y cuya familia fue descrita en 1968, era el SARS-CoV-2, topado en los "mercados húmedos" de Wuhan, en noviembre de 2019, trasmitido por pangolines y murciélagos; y cuyo primer caso se descubrió en Colombia el 6 de marzo de 2020.

¡Todo era un caos! El calendario no alcanzó a registrar 20 días, luego del hallazgo, para que los gobernantes decretaran cuarentena en todo el país, desconociendo la diversidad social, geográfica y cultural. Desde ese entonces, hasta la fecha en que se garrapatea esta esquela, parece ser que las diosas Ceres, Diana y Minerva se

rebelaron contra la humanidad, ajusticiándonos con una larga pausa o "encierro", en la que hemos perdido los vínculos con el territorio, con familiares, con nuestro hábitat laboral, cultural, social y hasta con nosotras y nosotros, mismas y mismos, tal como el hombre moderno lo ha agenciado con especies vegetales y animales; con el cambio climático, la deforestación, la reducción y la contaminación de los recursos hídricos, la extinción de la fauna, impurificando el aire y desmantelando, en unos casos, bacterias, hongos, parásitos, microbios, virus y, en otros, contribuyendo con nuevas emergencias, tal como lo estamos padeciendo con los coronavirus.

En todo caso, ocasionando una merma progresiva e irreparable de biodiversidad animal, vegetal y microbiana que, puesta en cifras a 2020, revela que más de 31000 especies están en vías de extinción, y millones ya han prescrito. Todo esto, Pandora, para alegar que las implicaciones de esta trasmisión zoonótica, advertida en el informe "Un mundo en riesgo" y de la cual el Centro Johns Hopkins para la Seguridad en la Salud, el Foro Económico Mundial, la Fundación Bill y Melinda Gates, en la capital del mundo, efectuaron, en octubre de 2019, con un grupo de 15 expertos, la simulación de un brote de coronavirus zoonótico trasferido de animales a humanos y cuyo epicentro sería Brasil.

Señalamos que nuestro litigio le apunta a que la situación que estamos sintiendo en la salud y la vida no es un asunto meramente natural, biológico, sino que hay una

determinación palmaria por la voracidad y la violencia del ser humano, en sus relaciones con la naturaleza, con sus congéneres y a veces consigo mismo/a, mediante la imposición mayoritaria de los patrones de un modo producción: el capitalista, en todas sus expresiones, inmerso el capitalismo cognitivo financiarizado, donde se destaca el eslogan individualista: "sálvese quien pueda", como si la problemática no fuese colectiva y como si la salida no estuviese por construcción de sociedades solidarias e igualitarias, con diversidad y respeto a la naturaleza, como se puede leer en una reciente publicación: Sopa de Wuhan.

Principiamos glosándote esto, Pandora, porque en la impronta de nuestra misiva vas a encontrar una reiterada alusión a la sonada COVID-19 y los enredos que su irrupción ha tenido en la salud y en la existencia, particularmente de la humanidad. Probablemente te preguntarás, para tus adentros: ¿Por qué los emisores toman como punto de referencia los años 2016, el 2019, y no el 2020 de una vez? La respuesta es afín con el dios Cronos y encuadra con nuestra natalidad. Hace cerca de un lustro, un colectivo de maestras y maestros, de un país llamado Colombia, dedicados al ejercicio de la Orientación Escolar, estamos retomando tu nombre para simbolizar una acción terapéutica e investigativa con educadoras y educadores que presentan alteraciones en su salud mental, derivadas de su audaz y peliagudo trabajo pedagógico.

Como ya podrás colegir, la apertura de esta carta virtual, a diferencia de la tinaja que tú destapaste, auscultará al menos una docena de situaciones que, en tu época, en la Grecia prehistórica y matriarcal, ni siquiera se asomaban al borde del ánfora. No dudamos de que algo que se mantiene en el tiempo es la capacidad de percibir, como habitante del Olimpo, las oraciones de los mortales, oraciones que no son súplicas, ni responsos, ni misereres, tampoco supersticiones ni legaciones apocalípticas, sino urdimbres y roturas que se tejen y deshilachan en el telar de nuestro pensamiento y que te los ostentaremos, enseguida, de manera metafórica, más en diacronía que en sincronía, a través de 12 signos de puntuación del idioma Castellano, aprendidos de memoria en las bancas de la escuela primaria.

Dicho esto, comenzamos entonces haciendo paréntesis para rememorar que, en años ulteriores a tu llegada a la Tierra, el hombre moderno, el mismo responsable, directa o indirectamente de la génesis zoonótica de las morbilidades que al inicio señalas, comenzó a degradar tu nombre desconociéndote como la *dadora de todo*, atribuyéndote meramente los males que trajiste en el frasco y ocultándole a la humanidad la *custodia de la Esperanza* que estaba en el fondo de la vasija. Ni más ni menos, como en la película Historia sin fin, donde se persigue al hombre bestia que hostiga a niños y adolescentes, que quieren salvar al reino de Fantasía de una peste que lo está acabando, llamada la *nada*. La Fantasía, como tú lo rememorarás, no tiene límites y por ello uno de los bienhechores pregunta que por

qué está muriendo y la respuesta, de un desprevenido interlocutor, es: "porque los humanos están perdiendo la esperanza y olvidando sus sueños, y así es como la nada se vuelve más fuerte.

Esa custodia es la que este equipo interdisciplinario de psicopedagogos, trabajadores sociales y psicólogas, quienes hacemos honor a tu nombre, intimamos en nuestra acción terapéutica, pedagógica e investigativa, con el magisterio colombiano en un reino real, el de la oportunidad, parafraseando al pavo real en el reino de los pingüinos, en este tiempo de COVID-19, en una ciudad y en una ruralidad que se dinamizan, precariamente, entre la objetivación y lo virtual. Decimos precariamente, porque la pandemia ha puesto al desnudo, además de la aporofobia (miedo, rechazo a la gente pobre), la necro política; insondables cicatrices de la virtualidad, la conectividad y lo digital, dejado con neumonía la creencia de que el progreso científico y tecnológico per se puede impulsar el progreso humano y moral. Los dígitos nos revelan que tan solo el 4%, del total de municipios del país tiene buena conectividad, que el 63% de los bachilleres de 2018 no tenían acceso a internet desde sus hogares, y en las zonas campesinas, apenas el 9% de los educandos disponen de computador. También, es frágil porque los adalides del mercado, sin escrúpulos, han vuelto sus garfios hacia el Estado para que intervenga, al estilo keynesiano, y asuma la financiación de subsidios para empresas, servicios, salud, deudas, asuntos que ponen entre paréntesis a la dogmática neoliberal, promotora de la desaparición del Estado en la regulación de la economía, porque banqueros

y empresarios son quienes gobiernan *en sí* y *para sí*, evocando a la Fenomenología del espíritu.
Dentro del paréntesis, no el del dogma neoliberal, destacamos que no eres la única víctima, como se nombra en el mencionado país a las personas desplazadas, exiliadas, amenazadas, calumniadas, desaparecidas y muertas por un mal denominado violencia que, por su arquetipo y contemporaneidad, estamos seguros de que no se escapó de tu recipiente. Nos referimos a la malevolencia que pareciese ser una llama inflamable, porque no cesa de asir a la humanidad para anonadarla. La democracia, hija de tu patria chica, no ha podido afirmarse; tu colega, Temis, diosa de la justicia, ha sido deformada y a Alétheia le han puesto el ropaje de la mentira, haciéndola pasar por verdad; a la pedagogía, primogénita de la Paideia, la han enrarecido; a la educación le han aplicado la lobotomía de la privatización; la diosa de la riqueza impera y más con el pretexto de la pandemia; y Marte, el dios de la guerra, junto con la diosa Kali, no le ha posibilitado a Hermes, aquella deidad que puso en paz a dos serpientes que peleaban, hacer mediación. ¡Qué vainas, Pandora!

Estos y otros acontecimientos, inolvidable Pandora, tienen en ascuas la salud mental de nuestro macondiano país y en permanente sufrimiento. ¿Cómo afirma un hombre su poder sobre otro? Se lee en la obra de Orwell. La respuesta es: haciéndolo sufrir, porque con la obediencia, no basta. La querella por la opcionalidad del

sufrimiento, el forcejeo por la emancipación y la apuesta por trasmutar de la sumisión hacia la reivindicación de los derechos humanos, son también motivos que han imbricado la cuna de nuestro colectivo.
Luego de este largo paréntesis, vámonos con varios de los puntos. Emprendemos con los puntos suspensivos para denotar que, literalmente, estamos ahí, en suspenso, todo por la propagación de una proteína que nos forzó a desvincularnos de la realidad, del territorio, de los familiares, del lugar de trabajo, de miles de personas que no lograron sobreponerse a la letalidad y que, según algunos parlanchines, rememorando al viejo Whitman, nos ha llevado a la inadmisible aserción de reinventarnos. En este suspenso, la ciencia médica ha sido impotente en el afrontamiento del SARS-CoV-2, tan impotente que, mientras miles de los galenos y enfermeras han caído bajo el poder de la fuerza de la miniatura y pagando con la vida, otros pasaron a ser parte de la inmunidad de rebaño.

A quien sí le ha ido bien es al vilipendiado sentido común. Enjuagar las manos con agua y jabón, ponernos un tapabocas, mantener una distancia prudencial para evitar el contagio, han sido los medios más expeditos para conservar la salud y la existencia en un alto porcentaje. Bañar las manos en tu época, con jabón de tierra fabricado artesanalmente, tapar la boca con las manos y mantener la distancia prudente ante personas con enfermedades contagiosas, seguramente que no fue nada extraño para ti, como tampoco lo ha sido para algunas generaciones, que hemos avanzado en la edad

para alcanzar la juventud. Bañar a la prole con agua tibia mezclada con leche, miel, hierbas y brandy para remediar los padecimientos; lo mismo que resguardarlos de resfriados mediante franelas de bayetilla, sin la menor ayuda de la medicina alopática, porque los gobiernos que seguimos teniendo han sido inferiores en la garantía de los derechos humanos, fueron prácticas realizadas para paliar endemias. Como tú lo sabes, mejor que nosotras y nosotros, campesinos, comunidad originarias y negras, tienen bastante que enseñarnos, a legos y eruditos, acerca del manejo de morbilidades como: tos ferina, tuberculosis, rabia, peste, viruela, gripes y la peste del olvido, porque han sido parte de su itinerario cultural.

Le ponemos un punto y aparte a los puntos suspensivos para adentrarnos en otro acontecimiento: las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que van más allá del cuaderno, el lápiz, el libro, la tiza, el franelógrafo, la cartelera, el esténcil, el pito, la campana ícono de la factoría, el timbre, el tablero de madera, las regletas, el video, el casete, la pizarra, la radio y el cuerno de res en las escuelas rurales, el uso de la informática, y que ahora se nos presenta a través del ordenador, el software educacional inteligente, la tableta, el correo, la aplicación, las redes, el wifi, lo virtual y lo digital.

Segunda carta: La diéresis en el valor de las/los educadoras/es

Memorable Pandora:

En la anterior epístola, le pusimos punto y aparte a los puntos suspensivos para adentrarnos en el espinoso campo de otra Revolución Industrial: las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. La presencia del nuevo coronavirus que, dicho sea de paso, actúa de manera análoga al oficio de la enseñanza tradicional, sucintamente, en las primeras fases, destapa al cuerpo social y estatal con la misma lógica en que se despliega: entra en contacto con la célula, hace que ella lea algo y repita aquello que lee y, además, que le copie muchas veces, y, finalmente, se destruya por lo que ha leído y repetido. Es una verdad de Perogrullo afirmar que son bastantes los hitos que se derriban con la presencia del COVID-19, como ya enunciamos en la carta anterior.

En este punto y aparte proseguimos enunciando otros acontecimientos; verbi gracia, muchas veces repetimos que nuestros estudiantes eran *nativos digitales*, desconociendo que ni siquiera las escuelas y las familias tenían computadoras, tampoco conectividad y, en muchos lugares, adolecen aún del servicio de luz eléctrica, tal como lo notificamos con apoyo en algunas cifras en la primera carta. Y no es una cosa de poca monta, pues la UNESCO reconoce que cerca de 1400 millones de niñas y niños, en el mundo, quedaron desconectados de la vida escolar, porque no tienen internet ni computadores y el mínimo vital en riesgo. ¡Imagínate, Pandora!

Pero ¡atérrate, Pandora! En el atardecer del siglo XX y en la aurora del tercer milenio, empresarios de plataformas digitales y virtuales anunciaron que los humanos del planeta asistiríamos, en el 2019, a la sociedad post-Gutenberg, prácticamente sin impresos, con programas inteligentes que reemplazarían al profesor quien durante siglos definía qué enseñar, cómo, cuándo, en qué edades y grados. La sociedad post-Gutenberg, por medio de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, permitirían a los estudiantes, a los homos conecticus, tomar las decisiones autónomamente, accediendo a la información que otrora era del dominio de maestras y maestros. A esta nueva modalidad de aprendizaje, mediante tecnologías digitales y virtuales, se le puso el INRI, desde ese entonces, como reinvención de la educación.

Durante la crisis sanitaria del COVID-19, hemos visto una realidad abyecta: ninguna autonomía en los estudiantes, en el proceso de aprendizaje, el docente sigue administrando el currículo, las guías impresas están salvando la interacción de altos porcentajes de alumnos con la escuela, el ingenio de los educadores y la puesta en escena de sus herramientas, del tiempo y de su lugar de vivienda, es lo que ha evitado el colapso educacional; eso sí, pagando un alto costo en dinero, salud, bienestar material, somático y mental.

Otra de las amenazas que venía lacerando el dorso del docente era su inminente desaparición. La pandemia lo ha rescatado como la enredadera, porque se ha extendido e incorporado en nuevos territorios, a tal punto que, ante

la incógnita expuesta por un díscolo adolescente, quien le dice: ¿Perdone, pero en la época de internet usted para qué sirve? El avezado e intrépido maestro, agradeciéndole al educando, le pone la diéresis a la letra: *El profesor forma, internet informa; la internet te dice casi todo salvo cómo buscar, filtrar, seleccionar, aceptar o rechazar toda esa información. Y continúa: Un buen profesor puede enseñar a comparar, a verificar y a relacionar sistemáticamente nociones, conceptos, valores, y a tener un sentido crítico basado en el conocimiento. Y finaliza puntualizando: Lo que hace que una clase sea una buena clase, no es que en ella se aprendan fechas y datos, sino que se establezca un dialogo constante, una confrontación de opiniones, una discusión sobre lo que se aprende en la escuela y lo que ocurre fuera de ella.*

Y ¡ni qué hablar del cine, la radio, la televisión y el celular, medios muy cuestionados desde la escolaridad porque les sustraían cantidad de horas a los estudiantes para hacer las tareas! Hoy, son los medios que están eludiendo que la canoa escolar naufrague, junto con el papel y el lápiz. La radio educativa en Colombia tuvo su experiencia pionera en las Escuelas Radiofónicas de Sutatenza, querida Pandora (o Lilith -como te llamó Mefistófeles, respondiendo a Fausto). Esos radios funcionaban con las pilas Eveready, sufragadas por los campesinos porque la única luz industrial era, y aún sigue siendo, la vela y la lámpara de gasolina. La televisión que, a finales de 1960, llegó a las escuelas urbanas y rurales del país, por medio del Proyecto Multinacional de Televisión Educativa, aún sin que la mayoría de las veredas y municipios tuviesen energía eléctrica, ni torres repetidoras para el uso del televisor, están apoyando el

trabajo en casa confundido por no pocos incautos con el *teletrabajo*. Hoy, en profusos territorios, hay energía, pero la conectividad a internet es inexistente en un alto porcentaje, lo mismo que la carencia de equipos y la falta de dinero para comprar datos donde hay esas opciones de uso. Y, curiosamente, estas tecnologías antes de apartar al alumno del maestro/a, como lo pretendió la Tecnología Educativa en los años 60 y 70 del siglo anterior, los ha solidarizado, trasmutando el Síndrome Colombia: la caridad que tanto daño ha moldeado en la humanidad.

Ahora bien, pasémosle el cerrojo a este punto y aparte, de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, para transitar al punto seguido e interrogaciones, no sin antes declarar que estas y otras tecnologías también escoltan procesos de relación sociedad-naturaleza en los que fenómenos como la urbanización, la expansión de cultivos tecnificados y la producción industrial han usurpado esferas ambientales, degradando los ecosistemas y, por esta vía, desplazando aves, mamíferos, insectos, bacterias, parásitos y un montón de especies, de su hábitat original, llegando en ocasiones hasta el cautiverio, hacinándolas en jaulas de metal, desprovistas de agua, sin alimento y sin asistencia; en sí, sometiéndolas a situaciones límites de estrés, ansiedad, aislamiento, medicalización con antibióticos y, también, a la muerte.

El hombre es el único enemigo real que tenemos, dirían estos animales si pudiesen hablar como en la obra de Orwell. *Los animales hombres no respetan lo ajeno,*

acaban de firmar un acuerdo de Paz y el conflicto sigue; si se roban entre ellos mismos, ¿qué harán con nosotros? Y hasta terminarán eliminándonos como a los líderes sociales, expresan los animales en una asamblea en la que discutieron si invitaban al animal hombre a la misma, concluyendo efectivamente con un rotundo no, por una decena de razones argüidas por la zorra y la guacamaya, como se lee en la décima carta de la profe Esperanza, de quien pretende aprender en tiempos de pandemia, lectura que se halla en Cartas y radiolatos, una producción escrita de Caja de Pandora que se puede encontrar a través del profesor Google, como se dice jocosamente.

La pérdida del hábitat, la perturbación de rutinas, y el estrés al que son sometidos los satanizados murciélagos, por la expansión de la frontera agrícola y por la cacería, hacen que arrojen más virus en su saliva, en la orina y en las heces, forjando así más contagio a través de otros animales, de vegetales y de humanos.

Pero si los animales padecen estrés, miedo y deterioro por las condiciones a que son sojuzgados por los comerciantes y depredadores, ¿qué podremos decir de los seres humanos? La respuesta es: mucho, tanto que los signos de puntuación que nos restan no alcanzarán para precisarlo y tanto el estrés, la angustia, la ansiedad, la desesperanza y el miedo están llevando al homo faber a la eliminación mutua, a la necropolítica -como lo dejamos esbozado en nuestro II Encuentro Nacional de Salud Mental 2020-, contrariando el deseo de Séneca cuando le responde a Pluto: *el hombre es algo sagrado para el hombre*.

Tercera carta

Recordada y nunca olvidada Pandora,

En las cartas anteriores te pusimos al tanto, entre puntos suspensivos, diéresis, interrogaciones, admiraciones, punto, y punto y aparte, de unas problemáticas materiales que, con voluntad política, en algún momento de la historia, se resolverán, claro que con esa quimera nos hemos acostado todas las noches desde hace siglos y nos hemos levantado peor, no obstante, mantenemos la esperanza, esa osadía que tú no dejaste escapar de la tinaja. Sin querer ser reiterativos con la enredadera, digamos que al equipo interdisciplinario de Caja de Pandora también le está sucediendo lo mismo que a la glicina, ha traspasado las cercos y tapias del Distrito para abrazar lo que está en el horizonte, el labrantío nacional, atendiendo situaciones de estrés, angustia, ansiedad, desesperanza, miedo, ideación suicida y otros síntomas de malestar que los signos de puntuación son insuficientes para traerlos a este correlato. Son signos y síntomas que, de tiempo atrás, siguen afectando la salud mental de maestra/os, niños, niñas, docentes, padres y madres de familia y a las personas contagiadas/os con COVID-19.

Para la muestra, un botón, empotrado en varios ojales y puesto entre comillas, Pandora, tal como lo tenemos escrito en el estado del arte de nuestra acción investigativa como equipo interdisciplinario. ¡Te vas a aterrar! La última Encuesta Nacional de Salud Mental, aplicada en Colombia por Colciencias, registra que el 52% de

los jóvenes entre 12 y 17 años ostentan problemas de ansiedad. Esa franja de población es la que está en la educación Básica y Media. El 80% de personas de 18 a 44 años manifiesta síntomas depresivos. En ese rango demográfico están los progenitores y familiares de los estudiantes de preescolar a grado 11 que van a los colegios. El 72% de la población mayor de 45 años presenta entre 1 y 3 síntomas de depresión según una publicación de Colsanitas (2018). Ahí hallamos padres de familia y abuelos que conviven con nuestros educandos. Como si fuera poco, el Centro de Memoria Histórica reconoce que: *dos millones de niños han sido afectados directamente por la guerra.*

¡Esto no es nada! Pandora, así como lo ves: entre comillas y con signos de admiración. En 2006, en el lugar donde nace, crece y se dispersa el arbusto trepador, con motivo del despojo de la evaluación de los estudiantes al educador y con la institucionalización de las evaluaciones a los docentes, mediante los Decretos 230 y 1278, los sismólogos encontraron que el 67,9% de la/os educadora/es de 25 colegios públicos, en 14 localidades, concuerdan con que *las difíciles condiciones de la población estudiantil atendida y la puesta en marcha del Decreto 230 no favorecen su bienestar psicosocial.*

El sindicato de Trabajadores de la Educación -ADE- en Bogotá, ¡"no se queda atrás"! Aplicó una encuesta a 120 maestros y encontró que la principal problemática era la mental. El instrumento lo diligenciaron en 19 localidades, en colaboración con el Ministerio de

Trabajo y Seguridad Social. Así mismo, se vislumbró que no se tiene en cuenta la salud mental y emocional de los maestros como debería ser. El estudio se topó con docentes estresados, cansados y con baja estima, efectos producidos por el ejercicio de la profesión.

Y, ¡seguimos con Bogotá!, con el estudio: *Prevalencia y características del Síndrome de Agotamiento Profesional (SAP) en docentes de tres colegios públicos de Bogotá*, publicado en la Revista Colombiana de Psiquiatría, en el que se descubrió que el 43.9% exteriorizan falta de realización personal; el 49,8% despersonalización, *por lo menos 15,6% tienen SAP* con tendencia a subir al 19% y 57.4% cansancio emocional. Dentro de las recomendaciones, que se han quedado en el papel hasta ahora, está: "profundizar en el estudio sobre la salud mental de los maestros, estudiar intervenciones eficaces, bien dirigidas, tendientes a promocionar la salud mental y manejar los problemas que existan al respecto". Es relevante matizar que el docente orientador es quien sale más lastimado.

Permítanos colocar aquí un guion, Pandora, para declarar que las recomendaciones son de *vieja data*, tienen su arranque en el primer estudio sobre síndrome de Agotamiento Profesional o Burnout, como le llama Byung Han Chul, iniciado por el Instituto de Salud Pública de la U. Nacional de Colombia, con los maestro/as oficiales de Medellín. Es "el primer trabajo de investigación que explora el síndrome de desgaste profesional- Burnout en población de docentes de

Colombia", en el amanecer del siglo (2005). En la investigación se halló una estrecha relación entre el síndrome del "trabajador quemado" o de Burnout y las variables estudiadas, alcanzando un 23.4% de afectación y un 23.4% adicional con riesgo de manifestarlo, quedando la posibilidad de ascender al 46.8%.

A estas alturas del relato de la misiva, Pandora dirá: bueno este equipo interdisciplinario se ha dedicado a *adelantar cuaderno*, a hablar de los demás, pero de Caja de Pandora quiero saber más. ¿Qué más hacen aparte del estado del arte, de las 33 Cartas de la profesora Esperanza, quién quiere aprender en tiempos de pandemia, de la sistematización de la experiencia, de los encuentros experienciales, de sus reuniones como equipo, de los talleres con profesores, estudiantes y padres de familia, de los escritos, de una cantidad de teleconferencias realizadas con la SED, el IDEP, Fecode y sus sindicatos filiales, con la ADE, con colegios, de los dos Encuentros Nacionales de Salud Mental y otras organizaciones, en las que el duelo, el suicidio, el miedo, la ansiedad, el estrés, la angustia, los trastornos de sueño, la salud mental y otras emociones y sentimientos, que fueron abordadas y quedaron registradas sobre cada una de las emociones y sentimientos enunciados? ¡Háblenme de eso!

Pues bueno, Pandora, ¡vamos al grano! En una acción conjunta del grupo terapéutico y de investigación Caja de Pandora y el colectivo sindical y pedagógico "Somos equipo, somos propuesta", realizamos una labor terapéutica de apoyo individual al docente que así lo desee,

articulada con una acción investigativa participativa en la que se aplicó, a finales del primer semestre de 2019, una encuesta a profesores del Distrito cuyos resultados están por publicarse y que preliminarmente muestran, entre otros hallazgos, que la mayoría de los docentes manifiestan que la relación con los directivos docentes es respetuosa y tensa, sin embargo, al momento de reunirse con ellos, más de la mitad de los encuestados experimenta temor, ansiedad, prevención, agresividad y un alto porcentaje perciben que los directivos docentes no apoyan su labor. Estas circunstancias en conjunto podrían, de alguna manera, generar esa relación tensa y azarosa que en el día a día supondría un factor de riesgo para la salud mental del docente.

Las tensiones con los estudiantes y padres de familia, los ambientes escolares, las dificultades en el desplazamiento, los problemas familiares, el mísero salario, la estigmatización y la influencia de las problemáticas del entorno comunitario son variables que coadyuvan con el Síndrome de Agotamiento Profesional y con el deterioro del docente como ser social. Caja de Pandora le apuesta, en su accionar, a potenciar la resiliencia más que tratar y suprimir técnicamente síntomas, a identificar la vulnerabilidad y las posibilidades e invita al maestro a introducir cambios en su vida, a decidir, a asumir el trámite y autogestión de sus problemas, para lo cual se requiere que el ritual, en la relación entre el equipo y el maestro, sea de empatía, de escucha, de profundo respeto, confidencialidad y de esperanza.

Caja de Pandora también confirmó, documentando los hallazgos de la encuesta, que el Trastorno Mixto con Ansiedad y Depresión ocupa el cuarto lugar después de la Diarrea y Gastroenteritis, Rinofaringitis Aguda (resfriado común) y de Faringitis no especificada y, de acuerdo con un estudio publicados por la Revista Colombiana de Salud Ocupacional, en su artículo Estrés Laboral y Salud Mental en Docentes de Primaria y Secundaria, 2014, topó una prevalencia de estrés del 36,3% entre los 44 docentes participantes del estudio (jornada tarde y mañana). Dentro de las fuentes generadoras de estrés, el 95% por clima organizacional 15% tiene que ver con estructura organizacional, 15%, territorio organizacional 14%, tecnología 15%, falta de cohesión 13% y respaldo de grupo 14%. En lo atinente a las alteraciones de la salud un 57% presenta somatización, 28% perturbación el sueño y 15% depresión severa y ansiedad.

Nos quedan muchas conexidades por especificar, incluidos los forjados por las Patologías de la realidad virtual que han sido el pan diario de estudiantes, docentes y padres de familia. En la Historia de la locura en Colombia, comenzando por la locura de Epifanio, deja muchos interrogantes, a propósitos de los signos de puntuación. La organización *Médicos Sin Fronteras,* "luego de entrevistar a más de cuatro mil pacientes, concluyó que el 67% sufre trastornos relacionados con el conflicto", 34% vive con ansiedad, 38% lidia con la melancolía, millones de víctimas viven entre la desconfianza, la incertidumbre

y la incomunicación. Montes de María: "90% de las personas participantes en un estudio, realizado por una universidad, padece de depresión".

Bueno Pandora, no dudamos que tú sabes que todos estos síntomas de malestar deterioran la calidad de vida de las personas y disponen para la muerte. Acatando esto, abrimos un corchete para exponer, en su interior, una palabra que al pronunciarla quema los labios como lo precisaba Octavio Paz, en El laberinto de la soledad, Y aunque hay quienes sostienen que la pobreza, la muerte y las adversidades son Musas que inspiran a poetas y poetizas, el COVID-19 es una excepción en nuestra patria que, "si no fuera por la muerte, no daría señales de vida". Como empezarás a deducir, el mensaje de esta epístola tiene un tufillo lúgubre o, si se quiere, evocando a Milán Kundera, insignificante, a muerte; con una sideral diferencia: para el escritor de la república Checa, la insignificancia es una fiesta que finiquita con la Marsellesa, para los occidentalizados, en general, la muerte es una tragedia que se plasma en padrenuestros, avemarías, llanto, rabia e impotencia.

La nuestra es una cultura negadora de la muerte…jugamos a ser inmortales escribió Isa Fonnegra de Jaramillo, pionera de la tanatología en Colombia, en un libro con el sugestivo título: De cara a la muerte. Pareciera una "verdad de apuño", que dos de cada tres colombianos prefieren no hablar de la muerte, aunque el 99% haya tenido alguna conexión con el dolor por ese motivo. Ese estimativo para Caja de Pandora es un mecanismo de defensa, es la

negación consciente de lo que el inconsciente se niega a ocultar. De esos comportamientos nos hemos ocupado en nuestros talleres con docentes, estudiantes y padres de familia en el marco de la pandemia.

En el estado del arte, que como lo pudiste examinar, es otro de los ejercicios realizados, para documentar nuestro accionar interdisciplinario, hallamos tres referencias que nos parecen de cardinal valor cardinal, acotar en la misiva; la primera, una entrevista reciente hecha a Rodolfo Llinás, el más reconocido neurocientífico colombiano, a quien le preguntaron que, si le tenía miedo a la muerte, ante lo cual respondió: "Qué le voy a tener miedo a la muerte si nunca voy a conocerla. La única muerte que yo no voy a conocer es la mía. La muerte para mí no existe. De todas maneras, me voy a morir".

La otra, el punto de vista de un famoso filósofo quien en su adolescencia abandonó la escuela, porque "las interminables horas de clase no lo dejaban estudiar". Él sostenía que el conocimiento de la muerte *"es la condición absoluta del conocimiento de la vida; los seres que no saben que morirán tampoco pueden saber que viven, como les ocurre a los animales, por ejemplo"*. Y, como estamos entre educadores, la tercera referencia tiene que ver con educadores y estudiantes. "El educador sabe que tiene que morir como educador, para que el educando pueda nacer como educador", el alumno debe superar al maestro.

La muerte - escribe un educador acongojado ante la muerte de varios de sus estudiantes por efecto de la

limpieza social - la compañera perfecta de la vida, la dadora de vida entra y sale todos los días de las aulas de clase, posa allí cual mariposa invisible, traspasa las fronteras de la casa, los confines del colegio y hasta los contornos del ciberespacio, ríe con los transeúntes, asusta a los pájaros, sacude el agua, nos previene con su presencia cuando ocurre un accidente y con cualquier síntoma anatómico. La muerte es la sombra impalpable del profesor y de los alumnos. La escuela nace con la muerte, crece y decrece con ella, posibilita su reproducción y la transformación. La muerte está tan segura de ganar que nos da toda una vida de ventaja. Los proyectos de vida, bandera de acción de nuestros colegas orientadores, han sido devastados por el COVID-19 porque han sido levantados sin pensar en la mortalidad, pese a que haya estudiantes que lo asientan de ese desértico ideal: *Yo no sé si alcance a conocer la cédula, profe.*

Digamos, Pandora, que hasta acá no hay "nada nuevo bajo el sol", salvo la depreciación de la esperanza de vida, que entre 1980 y 2018 subió del 66,9% 77,1%; la disminución de noradrenalina, serotonina y endorfinas; la liberación de más cortisol; la debilitación del sistema inmune, por el desasosiego que provoca el abordaje de este asunto y porque el estrés, el miedo, la angustia, la soledad y la depresión van en ventaja. Sobre estas desmejoras, el equipo, en talleres y teleconferencias con los agentes señalados en las cartas anteriores, ha insistido en la importancia del autocuidado del sistema inmunológico, modulando las emociones, haciendo ejercicio físico y mental a diario, durmiendo ocho horas diarias, levantándose con el sol y acostándose con los pájaros, no

tornando la alcoba en sitio de trabajo, recibiendo el sol para procesar la vitamina D, manteniendo permanentes relaciones con los congéneres, con la naturaleza y manteniendo en alto la esperanza.

A propósito del ejercicio, Pandora, la historia auscultará las maleficencias de la pandemia y de la pospandemia en la salud física y mental, si tenemos en cuenta que solo el 51,1% de personas de 18 a 64 años cumple con las recomendaciones de actividad física, correspondiente a acumular por lo menos 150 minutos de actividad anatómica moderada a la semana o como mínimo 75 de minutos de intensidad vigorosa semanalmente. A lo anterior se adicionan los problemas de sobrepeso de la población. El 56,4% de adultos de 18 a 64 años, según la Encuesta Nacional de Situación Nutricional, 2015, se encontraba en exceso de peso. 1980 a 2018 sube del 66,9 a 77,1, 10,2 años. 6,3% obesidad en menores de 5 años. 24,4% entre 5 y 12 años tienen exceso de peso, 17,9% de adolescentes entre 13 y 17 años tiene exceso de peso. 61,9 % niñas y niños entre 3 y 4 años pasa más tiempo del recomendado frente a las pantallas con implicaciones en el Sistema Nervioso Central, taxativamente en la corteza cerebral.

Carta 4. La mejor crítica a un río es construirle un puente

Pandora

Estamos seguros de que no nos perdonaría, como deidad, que pusiésemos el punto final a esta epístola sin manifestar nuestro derrotero a seguir. Ratificamos que la salud mental, en el campo de la pedagogía, es la razón de ser de los docentes orientadores y por ese sendero la de Caja de Pandora, no por testarudez, sino porque el Ministerio de Educación así lo plasmó en 1974 aduciendo que la Orientación escolar es: el medio más indicado, para llevar a cabo la tarea de prevención primaria de las enfermedades mentales, trastornos emocionales y perturbaciones psicosomáticas. Mas claro no canta un gallo, adulamos en el argot popular.

Hubo intentos, desde principios del siglo XX, de atender la salud en la escolarización, pero fue a mediados de los años 70 que se consiguió. En 1917, por ejemplo, en el Primer Congreso Pedagógico, se dio paso a la higiene y a la creación del INSOR y luego el INCI (1955); entre 1925 y 1930, el Secretario de Instrucción Pública de Boyacá promocionó la creación de restaurantes y del médico escolar, para atender a los estudiantes suprimiendo la policía escolar; a finales del gobierno de López Pumarejo se pusieron en circulación 17 comisiones nacionales integradas por: un médico, un dentista y un inspector escolar, junto con campañas contra la tuberculosis, vacunación y desparasitación. También, se

destaca en la segunda mitad del siglo la asignatura de Comportamiento y salud, la clase Anatomía humana, Salud al colegio y el proyecto de Educación Sexual.

Siendo justos, como a ti te gusta Pandora, el discurso pedagógico, la cultura y la práctica pedagógicas no han hecho suya la salud mental de estudiantes y docentes. Desde tu inolvidable Platón, en el siglo IV a. C., hasta el "capitalismo cognitivo", pasando por la Tradición renovadora, la Escuela tradicional, la Perspectiva sociopolítica y la reconceptualización en Campo Intelectual de la Educación en Colombia, no se ausculta la salud mental, salvo en la Crítica antiautoritaria y en el aporte que hace Eloísa Vasco acerca del saber pedagógico como razón de ser de la pedagogía. Adelantamos que para el retorno a la escuela el trípode Crítica antiautoritaria, perspectiva sociopolítica y las contribuciones de la profesora vasco, serán el mejor soporte en la pandemia y pospandemia.

Para los pineros de la primera salvedad, la educación deja de ser un proceso de transmisión de conocimientos y se convierte en una actividad terapéutica o, al menos, profiláctica; su concepción del proceso educativo, con objetivos terapéuticos, es un dominio que se le disputa a la pedagogía centrada en: Manuales, maestro, disciplina, enseñanza, aprendizaje, tiempo, escuela, didáctica, método, orden, currículo, horarios, uniformes y rituales descontextualizados. El deseo de educar en la libertad y para la libertad es la característica definitoria de este grupo de críticos, entre quienes se destacan: Ferrer

Guardia, Neill, Carl Rogers, Lobrot, Oury y Vásquez, Freud y Gerard Mendel, Jung y Viktor Frank, algunos de quienes han realizado su trabajo con niños provistos con problemas mentales y sociales.

Curiosamente, Pandora, excepto unos pocos casos individuales impulsados por docentes orientadores, que se pueden contar "con los dedos de los pies" y las acciones de Pandora, en la escolarización no hay referentes, mientras que en el escenario de la salud sí encontramos. Volvemos a Boyacá para glosar que el hospital psiquiátrico de Tunja llevó a cabo, entre 1974-1984, la práctica de Hospital de Puertas Abiertas, acogiendo los aportes de la anti psiquiatría y las contribuciones de representantes de la Critica antiautoritaria y en ese marco, la Secretaria de Educación de Boyacá, establece un acuerdo con el equipo del Hospital de Puertas Abiertas, para ir a los colegios de Tunja, Chiquinquirá, Duitama, Sogamoso e impartirles una serie de conversatorios con los estudiantes de bachillerato, sobre la personalidad del llamado "enfermo mental o loco", las posibles causas de esa locura y la problemática que ella generaba en quien la padece. También se realizaron conversatorios en las universidades y se aplicó una encuesta abierta a cincuenta mil estudiantes, cuyo objetivo fue establecer el tipo de relación entre el alumno y el establecimiento educativo, entre el alumno y sus profesores, entre el alumno y sus compañeros de aula escolar, entre el alumno y su familia y, finalmente, una evaluación sobre el trabajo que se había hecho. Los resultados fueron entregados y discutidos con profesores y alumnos. Los libros: Razón de la locura

y locura de la razón y Materiales para la demolición de esta vida cotidiana son un aperitivo que Caja de Pandora recomienda.

Pandora, la segunda salvedad es muy de las mieses vernáculas. Es de una mujer estudiosa de la pedagogía, particularmente del saber pedagógico. Para la profesora Eloísa Vasco, el buen educador y la buena educadora son quienes dinamizan sus prácticas sobre la base de las preguntas fundantes de la pedagogía: ¿Qué, ¿cómo?, ¿para qué?, ¿por qué?, ¿dónde?, ¿Cuándo? y a ¿quién enseñar? Y es en esta última pregunta, que la mencionada investigadora desarrolla en su libro: Maestros, alumnos y saberes, en la que se puede auscultar la sinapsis de la salud mental en la médula espinal de la escolarización, porque responder a quién o a quiénes se enseña, pasa por atender dos dimensiones en el educando: la dimensión psicológica y la dimensión sociocultural.

En la primera, le atañe al educador/ra saber del desarrollo evolutivo, moral socio afectivo, cognoscitivo y del estado mental del educando/a. En la segunda, requiere tener claros los contextos en los que ha nacido, crecido y se mueve el estudiante y las relaciones con su ontología. Sin la articulación de las dos sinapsis expuestas y sin su relación con la médula espinal, el resto del proceso de enseñanza es inmóvil, vacuo, fallido como lacónicamente viene siendo. La respuesta a: quién o a quiénes se enseña determina la impronta del qué enseñar, cómo, cuándo, para qué, por qué y en dónde. En la tercera carta hubo una lluvia de datos entre los que se manifestaba que

52 de cada 100 estudiantes entre 12 y 17 años tienen problemas de ansiedad. Entonces ¿Cómo hace un/a maestro/a para enseñarles? Acá la salud mental deja de ser asunto del docente orientador y pasa a serlo de los docentes y de la institución.

Para finiquitar este intercambio epistolar, acerca de una pandemia por Bill Gates anunciada y por "Un mundo en riesgo" advertida, el equipo interdisciplinario que despliega tu sagrado nombre, nos despedimos seguros de dos verdades provisionales; la primera, que el Olimpo no nos perdonaría que siguiésemos haciendo, al retornar a clases, las mismas prácticas evidenciadas antes y en la pandemia; la segunda, atañe a que luego de traer a nuestra trama tantos episodios, no resultásemos con el puente para ponerle al río para cruzarlo. La apuesta, como lo has cotejado, no es rara como hoy se le está viendo a la pedagogía dentro del "apagón pedagógico" de la Cuarta Revolución Industrial, es palpable y factible de llevar a la escuela previniendo y promocionado la salud mental con la Crítica antiautoritaria. ¿Qué se requiere? Traer del exilio a la pedagogía, hay que estudiarla en la cuestión escolar e invitarla a que habite el aula de clase, junto con el arte en todas sus expresiones, porque la ciencia, esa que hoy ha sido inferior a los retos del SARS-CoV-2, como aproximación a la verdad puede ser igual pero no superior al arte. Pedagogía, arte, salud mental y crítica antiautoritaria, es el cuarteto que hoy ondea la esperanza en alto con relatos como los de Úrsula, Rebeca, José Arcadio, Macondo, Orán, el mal blanco, las vivencias de Fermina Daza, Florentino Ariza, Odiseo,

el Principito, narrativas de campesinos, comunidades nativas, poetas, poetizas y los radiolatos y 33 Cartas de la profesora Esperanza a quien pretende aprender en tiempos de pandemia, entre otras.

Nos suscribimos, Pandora, con un hasta luego, agradeciéndote el tiempo y la generosidad que has tenido con este equipo interdisciplinario de docentes orientadores, mortales indiscutiblemente, que enarbolamos tu sacrosanto nombre, y ratificamos que nuestro accionar seguirá encaminado por las enseñanzas del caracol: vivir para edificar la casa y no edificarla para vivir en ella y descubrir la importancia de la lentitud. De esa guisa, las próximas misivas que garabatearemos, entre signos de puntuación y síntomas de malestar, no serán tan sombrías, sino que tendrán otros ropajes como los que vistió Odiseo en sus viajes, primando en el fondo el verde de todos los colores, esencialmente, el verde de la esperanza que tú nos legaste a los terrícolas.

Fraternalmente,

Equipo terapéutico y de investigación Caja de Pandora:
José Israel González Blanco, María Deisy Sandoval Gaitán, Anie María Meza, Vittorino, Luis Javier Hurtado Rodríguez, Tania Fino Celis y Diana Marcela Ojeda Ojeda.

Conociendo a los **Autores**

SEMILLERO SECUOYAS

El texto incluido en esta publicación titulado **Raíces que tejen historias en época de pandemia** fue elaborado por Yaqueline Mendieta Martínez, Hermann Augusto Pava Beltrán y Jonathan Eduardo Ruíz Ramírez, docentes miembros del Semillero *SECUOYAS: Enredados con Nuestras Raíces.*

Este semillero se gesta en la localidad de Kennedy dentro la IED Prospero Pinzón. Surge de la iniciativa de sus docentes quienes buscan un trabajo transversal, que plantea trabajar desde diferentes asignaturas, en temas como la convivencia y la identidad. El objetivo principal es que, como las secuoyas, los estudiantes trabajen el arraigo hacia sus raíces y esto les permita proyectarse en su camino de vida. Por ello un eje importante de su trabajo está dirigido al conocimiento de la cultura ancestral de sus familias, así también al acercamiento a los oficios de sus padres.

Desde estos ejes construyen proyectos que logran integrar materias como la matemática o las ciencias naturales con las labores de trabajo de las familias. Así resultan proyectos como el ejercicio de experimentación del pan de sagú dentro de una panadería, o el análisis de la física en la modistería o incluso analizar la práctica de la elaboración de morcillas. Este proceso ha vinculado al semillero a docentes de diferentes materias, estudiantes de diversos grados y cursos y a la vez a sus familias.

Los proyectos también los han llevado a participar en escenarios de competencias como Intercolegiados tanto del nivel distrital como del nacional. Así mismo han llevado a sus estudiantes a mostrar sus proyectos en diversos escenarios, buscando trascender el estímulo de la nota y dando otro nivel a las sustentaciones de sus trabajos.

MAESTROS EN COLECTIVO

El texto incluido en esta publicación titulado **La vida de maestros reclama ser narrada. Cartas para maestros que buscan "ser y pensarse de otro modo"** es una producción conjunta en la que participaron Oscar León Cárdenas Forero, María Anais Moncada Rodríguez, Edith Constanza Negrete Soler, Ángela Ismaelina Prieto Acuña, Sonia Milena Uribe Garzón, Pedro José Orduña R. y Juan José Garzón Bernal, integrantes de *Maestros en colectivo*.

Este colectivo, nace el 2002, integrado por docentes de colegios oficiales que han trabajado en temas sobre el ambiente de aprendizaje en el aula. Surge en medio de una época marcada por la preocupación por cualificar la profesión de los maestros, lo cual hace necesario la gestión de espacios académicos donde se abordan temáticas relacionadas con la escuela, maestro y pedagogía.

En su trayectoria han sido reconocidos por su propuesta CERO (Convocar, Establecer, Regular y Obtener) y por ser un espacio que ha posibilitado procesos praxeológicos en el contexto de la escuela, en el cual los maestros reflexionan y son transformadores de las prácticas de enseñanza en el aula, convirtiéndose en productores de saber. En este sentido, el colectivo no solo ha aportado a los ambientes de aprendizaje sino también ha reflexionado sobre la potencia de ser colectivo, en el cual

postulan categorías interesantes como el tránsito de lo individual a lo colectivo, la subjetivación del maestro y el maestro como intelectual de la educación.

Algunas de sus publicaciones son:

- Maestros en Colectivo. Una década de actividad pedagógica.
- Los ambientes de aprendizaje en el aula.
- La constitución de los maestros en el marco de las redes y colectivos: el caso de la red "maestros en colectivo".

MESA RURALIDAD DISTRITAL

El texto incluido en esta publicación titulado **Tejer memorias en tiempos de pandemia** recoge cuatro relatos elaborados por integrantes de la *Mesa Ruralidad Distrital:*

- *La vida en la pandemia o la pandemia en la vida* por Sonia Liliana Vivas Piñeros.
- *Esa sociedad que se revelaba* por Francy Julieth Gómez Tocarruncho.
- *Mirando la ruralidad en tiempos de pandemia* por Erika Alexandra Tole Ruiz.
- *El año en que la escuela se cerró* por Diana Patricia Castañeda Cárdenas.

Este colectivo responde a la necesidad por reconocer ese 75% de espacio rural con el que cuenta Bogotá. Sus participantes vienen de procesos previos como la Mesa Nacional de Educaciones Rurales y la Mesa Distrital de Ruralidad, tod@s con el compromiso y los retos que representa desarrollar procesos educativos en estos contextos. Su objetivo principal es derrotar la brecha que separa la escuela rural de la urbana y borrar el anquilosado imaginario de los mundos rurales como antítesis de la urbanización. Igualmente buscan poner en evidencia las profundas desigualdades e inequidades que pretenden ignorar que la vida digna es derecho de todas y todos.

Este grupo reúne principalmente a mujeres maestras, quienes cruzaron su vida con la ruralidad y desde entonces han estado allí de manera comprometida y transformadora. Sus escuelas son de diferentes localidades y también de diferentes ruralidades, unas más de borde, otras en medio del campo, pero todas con realidades muy complejas. El trabajo que adelantan responde también a la diversidad de discursos que manejan ya que responden áreas de conocimiento muy diferentes.

RED DISTRITAL DE DIRECTIVOS DOCENTES COORDINADORES INVESTIGADORES (RED-DDCI)

El texto incluido en esta publicación titulado **Escuela a la carta: Prácticas de coordinación en tiempos de coyuntura** fue elaborado por Leny del Carmen Mora Rivas, integrante de la *Red Distrital de Directivos Docentes Coordinadores Investigadores.*

Esta Red surge en el año 2016, dando respuesta a los temas, que se discutieron en la mesa distrital de directivos docentes coordinadores. Tiene como propósito "reflexionar en torno a la gestión directiva, la innovación e investigación propias del rol que requieren, así como de un espacio para convocar la conformación de una comunidad de saber y práctica pedagógica que reúna los intereses, necesidades y expectativas de sus miembros." (Gallo, et al., 2018)

En este contexto, la red construye desde una visión colectiva propuestas de investigación e innovación educativa a partir de principios del trabajo colectivo, la solidaridad, el respeto y el compromiso.

Sus objetivos son:

a) Identificar la manera en que las condiciones y necesidades del contexto interno y externo de IE (Institución Educativa) incide en los estilos de

liderazgo y dirección del DDC en las diferentes áreas de gestión, tales como: directiva, académica, administrativa y comunitaria.

b) Formular líneas de acción a nivel local y distrital para fortalecer un liderazgo del DDC contextualizado y pertinente con las realidades de las IEs, los derroteros de los PEI (Proyecto Educativo Institucional), bajo el enfoque de comunidades de saber y práctica.

c) Consolidar la RED-DDCI (Directivos Docentes Coordinadores Investigadores) a través de la conformación de comunidades de saber y práctica pedagógica sobre la gestión directiva propia del ejercicio profesional del coordinador en el distrito capital.

Estos objetivos los cumplen a través de los siguientes nodos:

a) Nodo de gestión pedagógica
b) Nodo de dirección y liderazgo escolar
c) Nodo de gestión de comunidad y del entorno
d) Nodo de ethos directivo docente
e) Nodo de gestión del conflicto escolar.

Algunas de sus publicaciones son:

- Coordinadores, agentes de transformación educativa, reflexiones y provocaciones sobre la gestión educativa, desde el rol del directivo docente coordinador investigador.

- Experiencias del nivel inicial Caracterización de las tensiones en el ejercicio del rol del directivo docente coordinador y su incidencia en el liderazgo y la gestión (capítulo 3).
- Lineamientos de política pública “Un camino hacia el reconocimiento de las redes”.

SEMILLERO INCLUTEC

El texto incluido en esta publicación titulado **Bienvenidos a mi morada** corresponde a un relato elaborado por la maestra Sindey Carolina Bernal Villamarín**,** líder del *Semillero* INCLUTEC.

Este semillero surge dentro del colegio Enrique Olaya Herrera de la localidad de Rafael Uribe. Su líder es la docente de informática de dicha institución quien inicia su trabajo buscando herramientas de apoyo para estudiantes con discapacidad auditiva. Este objetivo llevó a que estudiantes de noveno a once se vincularan para diseñar, de la mano de la tecnología, herramientas que permitieran a otros estudiantes acceder al conocimiento. Su trabajo se ha ido complejizando y cada vez busca ampliar el rango de la población beneficiada.

Así mismo, los diferentes reconocimientos que han recibido les ha permitido ampliar también el campo de acción y encontrar nuevas líneas de trabajo. De igual manera, varios de los estudiantes que han egresado del colegio, han buscado continuar el trabajo que iniciaron en el semillero en su formación universitaria.

COLECTIVO PENSAMIENTO PEDAGÓGICO CONTEMPORÁNEO

El texto incluido en esta publicación titulado **Recetario para hacer de la cuarentena escolar un libro** fue elaborado Andrés Santiago Beltrán Castellano, líder del *Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo*.

Este colectivo surgió el año 2014, con el fin de orientar a docentes en el proceso de sistematización de experiencias. En este contexto, se vincula con la Red de investigadores Educadores para la Paz y el Agenciamiento Educativo Comunitario, con el objetivo de articular las reflexiones de los profesores del Distrito quienes problematizan y aportan a la transformación de la educación tradicional.

En la trayectoria del colectivo se han consolidado hitos importantes que evidencian sus aportes académicos en el contexto educativo:

- Configuración del proyecto filosofía para niños.
- Revista Transformación Colectiva en la cual se trabajan 4 líneas (Innovación y agencia miento educativos comunitarios, Infancia y corporeidad, Arte y filosofía, y Diálogo y memoria).
- Asociación con 15 semilleros en el contexto de Filosofía (Pequeños pensadores, Memorias barriales, Semillero Mafalda, Etixa performada, Pensar para ser, Deliberando ando, Morfeo, Performando, y robles entre tormentas).

Publicaciones:

- Experiencias de transformación colectiva a pie de página.
- Sopa de letras reflexiones de pensamiento pedagógico contemporáneo sobre escuela y pandemia.
- Innovar para una escuela otra, aportar del Nodo de pensamiento Pedagógico de la REDD.

NODO DISTRITAL ACTIVIDAD FÍSICA Y CUERPO

El texto incluido en esta publicación titulado **Del patio escolar a la sala de la casa r**ecoge tres relatos elaborados por integrantes del *Nodo de Actividad Física y Cuerpo de la Red de Docentes Investigadores – REDDI (*Luis Eduardo Romero Cortés, Germán Preciado Mora y Diego Fernando Cardona).

Este grupo de profesionales de la Educación, la cultura física y el deporte viene liderando desde hace varios años ejercicios de análisis, documentación, eventos y publicaciones en torno a la importancia que tienen los procesos formativos y en general el trabajo físico y corporal dentro de los contextos educativos. Su trabajo reúne a docentes de diferentes partes del país e incluso han hecho trabajo colaborativo con maestros del extranjero.

Este grupo traza 4 líneas base como son: 1. la Educación física para el siglo XXI 2. la indagación acerca de otras áreas afines al deporte y la medicina deportiva 3. el juego el deporte y la recreación 4. la actividad física y el cuerpo para la vida. Desde allí han realizado diferentes ejercicios, publicaciones y en colaboración con otros colectivos han adelantado encuentros académicos.

NODO ORIENTACIÓN EDUCATIVA

El texto incluido esta publicación titulado **Viajando entre Historias de Orientadores Escolares en tiempos de Sindemia** es una creación colectiva en la que participaron Adolfo Eleazar Rojas Pacheco, Marcela Salcedo García, Jonathan López Neira, David Pérez Céspedes y Elsa Tovar Cortes, integrantes del **Nodo de Orientación Educativa.**

Este nodo hace parte de la Red Distrital de Docentes Investigadores (REDDI). Surgido en el 2015 actualmente con 11 integrantes. Tiene como propósito promover prácticas socioemocionales, resilientes a través de constructos y estrategias de la investigación educativa, el acompañamiento a las familias, el trabajo remoto, el intercambio de experiencias y la divulgación académica.

En sentido, los orientadores, en el nodo, logran hacer explícita la realidad de la salud mental en cada una de las instituciones educativas con sus potencias y complejidades, desde allí generan procesos de investigación para el diseño de estrategias en el campo de lo emocional que inciden en la mitigación del daño y la prevención de problemáticas en el contexto individual familiar y comunitario.

Sus aportes más importantes se pueden encontrar en el libro Pasado presente de la orientación escolar en Bogotá Colombia, pedagogía historia e innovación

RED DISTRITAL REFERENTES DE DISCAPACIDAD

El texto incluido en esta publicación titulado **Un sentir inclusivo** recoge seis historias escritas por sus integrantes:

- *El recorrido de Mileydi* por Jolyma Patricia Murcia Montealegre.
- *La cocina de Maypa* por Martha Laura Gallego Vargas
- *Una reunión inolvidable* por Adriana Puello Martínez.
- *Todo esto va a pasar* por Lina Rocio Ayala Castro.
  Un espacio para soñar por Claudia M. Borda M.
- *Una batalla sostenida* por Myriam Stella Fajardo Becerra, Sandra Patricia Gómez Vaca, Luz Adriana Vargas Sanabria y José Eduardo Agudelo Mancera (Red de Docentes de Apoyo 1nclured-Usaquén).

Este grupo de profesionales relaciona la historia de su Red con el proceso mismo del reconocimiento de educación inclusiva en el distrito. En tal sentido su vivencia como colectivo está relacionada con las transformaciones que el sector ha tenido para el manejo de la población con discapacidad pasando por programas desde la Secretaría de Educación que apuntan al trabajo intersectorial e interinstitucional, la apertura de aulas especializadas, el trabajo interinstitucional con el Insor, el Inci, el programa Petrev, los Centros de Diagnóstico, todo esto un marco importante que culmina con la consolidación de un grupo de profesionales que le apuestan a la inclusión.

Iniciaron con participantes de Kennedy, luego de Tunjuelito y poco a poco se fueron gestando las redes en cada localidad hasta completar las 20 Redes de Referentes que conforman la hoy llamada Red Distrital De Referentes de Discapacidad.

Los encuentros en Red desde el 2002 permitieron en escenarios diferentes al del Colegio, socializar experiencias, hacer preguntas, buscar respuestas fortaleciendo afectos y tejiendo redes que potenciaron el diálogo de saberes en favor de los estudiantes. Su objetivo principal desde el inicio ha sido potenciar ambientes de aprendizaje favorables para los estudiantes con algún tipo de Discapacidad o Excepcionalidad vinculando de manera permanente a los Docentes Apoyo a la Inclusión.

La Red Distrital de Referentes de Discapacidad nace desde esta mirada aglutinando expertos en la línea y experiencias socializadas que fortalecen el proceso educativo.

RED DISTRITAL DE DOCENTES INVESTIGADORES (REDDI)

El texto incluido esta publicación titulado **Voces, espacios y tiempos de la escuela en estos tiempos** fue elaborado por *Paulo Molina Bolívar e Ingrid Nathalia Meneses,* integrantes de la *Red Distrital de Docentes Investigadores (REDDI).*

La Red se materializa y se consolida en los 2015 – 2016 a partir de los programas de formación posgradual que hizo la SED, su propósito es incentivar la investigación e innovación desde los campos del saber de los profesores. En la actualidad cuenta con 16 nodos, cada uno de los cuales está organizado de acuerdo a los intereses de los maestros, estos son disciplinarios o interdisciplinarios y en cada uno existe un modelo general, que está a nivel nacional. Cuenta con una revista (REEDIFUSIÓN) y una emisora.

Los nodos son: Ciudadanía, convivencia, sociedad y cultura; Orientación inclusión y diversidad; Aprendizaje y didáctica; Lenguaje y bilingüismo; TIC; Matemáticas; Ciencias y educación ambiental; Gestión educativa y políticas públicas; Artes educación física y cuerpo; y, Pensamiento pedagógico contemporáneo.

En este sentido, la razón de la RDDI ha sido posicionar tiempos, espacios y recursos para la producción de conocimientos tal como lo hicieron ahora en el contexto

de la pandemia con las charlas a nivel Latinoamericano "Tiempos virales".

Algunas de sus publicaciones son:

- Redifusión "conversemos acerca de la escritura científica en red".
- Más allá de las fronteras experiencias de docentes de la red en la enseñanza del conflicto armado en la escuela: entre la memoria y el abandono.
- Sentido crítico juvenil en la esfera mediática
- Construcción de territorios de paz: subjetivaciones, resistencias ciudadanas y pedagogías para la no violencia.
- Aprendizaje autónomo en el aula: una propuesta didáctica en el contexto de la química a partir de alimentos industrializados.

SEMILLERO PENSAMIENTO POLÍTICO

El texto incluido en esta publicación titulado **Hablar de Vietnam o del Frente Nacional** fue elaborado por José Joaquín Vargas Camacho, líder del *Semillero Pensamiento Político.*

Este colectivo surge en la localidad Ciudad Bolívar dentro de la IED Brisas del Diamante. Nace respondiendo a la necesidad de trabajar de la mano con las comunidades étnicas que llegaban al plantel, en la mayoría de los casos huyendo del conflicto armado. Con este panorama buscaron trabajar con estudiantes a través del acompañamiento y la formación desde líneas como la fotografía, la formación audiovisual al tiempo que la reflexión política. En este ejercicio el docente que lidera el semillero logró la articulación con otras instituciones para ampliar la oferta de formación dirigida a los estudiantes de bachillerato. De este trabajo han surgido videos, fotografías y otras producciones audiovisuales hechos con y para los estudiantes.

COLECTIVO CAJA DE PANDORA

El texto incluido en esta publicación titulado **La Caja de Pandora entre signos de puntuación y síntomas de malestares** fue elaborado por *Equipo terapéutico y de investigación Caja de Pandora compuesto por José Israel González Blanco, María Deisy Sandoval Gaitán, Anie María Meza, Vittorino, Luis Javier Hurtado Rodríguez, Tania Fino Celis y Diana Marcela Ojeda Ojeda.*

Este colectivo se gestó en el año 2016 y está conformado por seis docentes orientadores de Bogotá entre ellos están tres psicopedagogos, dos trabajadoras sociales y un psicólogo. A partir de su experiencia y fuerza interdisciplinar construyeron una estrategia pedagógica de promoción de la salud mental y la prevención a la tensión psicosocial, para los maestros y comunidad educativa en general.

En este contexto el colectivo tiene cuatro frentes de trabajo:

a) Grupos de apoyo terapéuticos para los maestros (La primera intención del colectivo).
b) Grupos de apoyo preventivo.
c) Pedagogía emancipadora, de ella se han desarrollado conversatorios sobre la sistematización de las experiencias de los maestros.
d) Línea de investigación.

Otras publicaciones del equipo:

- Cartas y radiolatos en tiempos de pandemia, pedagogía socio emocional para viajar, afrontar y crecer a partir de esta experiencia.

- La orientación escolar en diálogo con la salud mental: de la intención a la acción.

Escuchando a los Autores

- Semillero SECUOYAS: Enredados con Nuestras Raíces
- Maestros en colectivo
- Mesa Ruralidad Distrital
- Red Distrital de Directivos Docentes Coordinadores Investigadores (RED-DDCI)
- Semillero INCLUTEC
- Colectivo Pensamiento Pedagógico Contemporáneo
- Nodo Distrital Actividad Física y Cuerpo
- Nodo de Orientación Educativa
- Red Distrital de Referentes de Discapacidad
- Red Distrital de Docentes Investigadores (REDDI)
- Semillero Pensamiento Político
- Colectivo Caja de Pandora